

Misterio familiar

Sara Craven

Misterio familiar

De adolescente, Adrien estuvo enamorada de Chay Haddon, y se quedó destrozada cuando su familia lo obligó a marcharse alegando que había traicionado su confianza. Chay desapareció con la promesa de que se vengaría...

Se quedó asombrada cuando años más tarde las tornas cambiaron y se encontró a merced de Chay. Rico y terriblemente atractivo, era el único que podía salvarla del escándalo. Pero tenía un precio: ¡la ayudaría sólo si se convertía en su amante!

Capítulo 1

Era la hora del día que más le gustaba a Adrien, esos momentos serenos de la mañana en que disponía de la casa para ella sola. Antes de que llegaran los pintores y los albañiles y se emprendiera otra vez el trabajo para devolver a la finca Wildhurst su antigua gloria.

Le gustaba ir despacio de habitación en habitación, abriendo persianas y corriendo cortinas para dar paso al sol de finales del verano. Entonces dejaba que la imaginación la llevara al momento en que Piers y ella estuvieran casados y vivieran allí, cuando dejaría de ser solo la decoradora de interiores, y pasara a ser la señora de la casa. Y esposa de Piers.

Esa era la mejor parte, y el pensamiento siempre la dejaba algo jadeante, como si no pudiera creer en su suerte, en el modo en que su vida había encajado con tanta dulzura en su sitio.

Porque todo exhibía una simetría maravillosa. Cómo se habían conocido en Wildhurst tantos años atrás, cuando él había ido a rescatarla al estar en problemas, y luego cómo la casa los había vuelto a unir en el momento en que Piers había heredado la descuidada propiedad de su difunto tío, Angus Stretton, y necesitó una decoradora que ayudara a planificar la restauración.

«Y pronto», pensó, «estará acabada y podremos compartirla como marido y mujer». De ese modo la cadena de acontecimientos se cerraría.

Lo único que lamentaba era que Piers no se encontrara presente para observar la regeneración de su futuro hogar, ya que se hallaba trabajando en Portugal.

Yo también lo siento, cariño –había murmurado al abrazarla la última noche que pasaron juntos. – Pero hay que hacerlo. Aparte de los trabajos que necesita, no será barato mantener la finca, así que tengo que conseguir dinero suficiente para no tener que ahorrar y conformamos con algo de calidad inferior. Deseo que lo tengas todo.

Pero no necesito todo –había protestado Adrien, un poco atribulada. – Y podríamos empezar despacio... Ocupándonos de las habitaciones que vayamos a usar.

Pero Piers no quiso oír hablar del asunto. Deseaba que toda la casa estuviera terminada... «Para que no tengamos que vivir con obreros y entre cajas el resto de nuestra vida, cariño».

Suspiró y supuso que ahí tenía razón. Le escribía cada semana para enviarle concisos informes del progreso, incluyendo muestras de tela mientras él telefoneaba y le mandaba correos electrónicos y faxes.

Pero no era lo mismo que tenerlo en persona.

En cuanto la empresa esté establecida, no volveré a dejarte, lo prometo –había murmurado. – Y piensa en la maravillosa prueba de tu talento que será la mansión –había añadido con tono lisonjero. – El negocio florecerá cuando empecemos a tener invitados.

Adrien rió y lo abrazó, pero por dentro estaba decidida a que la mansión fuera principalmente y por encima de todo su hogar, su santuario privado.

En cualquier caso, no sabía si sería capaz de abarcar más trabajo. Antes de

volver a encontrarse con Piers y enamorarse, para luego involucrarse en el proyecto de restauración, su negocio ya iba viento en popa.

Básicamente se trataba de una empresa de dos mujeres... Ella misma como diseñadora, y Zelda March, una brillante costurera local. Diseños A-Z no había carecido de trabajo desde que comenzó.

Aunque reconoció que bajo ningún concepto era lo que tenía en mente cuando terminó de estudiar. Regresar a la tranquila y pequeña ciudad de la campiña donde había crecido no había formado parte de sus planes. Pero la súbita muerte de su madre tres años atrás había hecho que reestructurara por completo su futuro.

Al regresar a toda velocidad de Londres había tenido que enfrentarse al hecho de que había quedado sola en el mundo. Pero también había heredado Listow Cottage y algo de dinero del seguro de su madre, que por primera vez le había dado cierta independencia.

Con tristeza había comprendido que su vida podía cambiar. Pero no había visto cómo hasta encontrarse con Zelda en el funeral.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Habían estudiado juntas, pero no habían seguido el mismo camino. Zelda había sido la rebelde local, siempre con problemas con las autoridades por fumar, por beber siendo menor de edad y por salir de juerga con los chicos. En su último año en el instituto había sorprendido a todos al ganar el premio de Economía Hogareña con una cuna de madera, que había decorado con cortinas hechas a mano y una hermosa manta bordada, al igual que con un completo juego de ropa infantil.

Antes de cumplir los diecisiete años se había quedado embarazada de un mecánico, y su precipitado matrimonio fue seguido de un divorcio aún más rápido.

Adrien había quedado sorprendida al verla en la iglesia y, en un impulso, la invitó a ir a su casa.

Tu madre era maravillosa –confesó Zelda cuando emplear mano de obra adicional para los trabajos.

Quizá no tendríamos que haber reducido nuestro ritmo –había bromeado Adrien. – Tal vez tendríamos que habernos expandido y haber pujado por la mansión.

Con la salvedad de que no está en venta –Zelda estudió los catálogos de telas. – Qué pena... Una casa tan hermosa como esa y vacía.

Sí –Adrien suspiró. – De niña solía ir allí. Mi padre jugaba al ajedrez con el señor Stretton.

¿Qué hacías?

Oh... –se encogió de hombros. – Leer libros en la biblioteca, jugar en el jardín.

¿Tú sola?

Adrien titubeó.

No todo el tiempo. El sobrino del señor Stretton, Piers, me acompañaba a veces. Su madre se había casado con alguien que el señor Stretton no aprobaba, un brasileño, y tuvo lugar una gran pelea. Pero supongo que al cabo no le quedó más remedio que aceptar el hecho de que Piers iba a ser su heredero, y lo invitó a quedarse, aunque aún no quería saber nada de su cuñado –añadió con expresión seria. – Mis padres me contaron que lo odiaba de verdad. Lo consideraba mala hierba…

Familias –Zelda hizo un mohín. – ¿Piensas que el señor Stretton volverá alguna vez?

No lo creo. Se trasladó a España por el clima, y parece que se ha asentado allí –volvió a suspirar. – No podía creerlo. La finca lleva años en su familia. Y había llegado a conocer bien a Piers.

Tal vez también a él lo considera mala hierba.

No puede ser. Es una de las personas más amables que conozco. Me salvó de neumonía... O hipotermia, o algo peor.

¿Y eso? –Zelda dejó el catálogo.

Adrien se mordió el labio.

Había una casa en los árboles en la parte de atrás de su residencia. En una ocasión, cuando tenía unos nueve años, subí y me quedé enganchada y él me encontró. Pero llevaba horas allí, estaba helada y muerta de miedo. Hasta hoy me atemorizan las escaleras. Pero eso no es todo –añadió. – Al cumplir los dieciocho, el señor Stretton ofreció una fiesta para mí en la mansión; me regaló un colgante con un granate, muy antiguo y bonito. Durante la fiesta lo robaron y Piers... lo encontró. Pero fue terrible. Me estropeó el cumpleaños. Se mostró tan dulce y comprensivo.

Vaya con Piers... el héroe del día –dijo Zelda con sequedad. – ¿Qué fue de él?

Oh, poco después, el señor Stretton cerró la casa y se fue a vivir a España. Imagino que Piers regresó a Brasil.

Qué pena. A propósito, ¿quién robó el colgante?

Uno de los criados –indicó Adrien. – Nadie importante.

Pensó que Piers debía de tener treinta y dos años entonces. Y también el otro. Ese cuyo nombre no quería pronunciar. El que había causado aquellas pesadillas...

Bueno, todo eso pertenecía al pasado, y el pasado no podía hacerle daño. Cerró con firmeza la puerta del recuerdo.

Diez días más tarde, llegó la noticia de que Angus Stretton había muerto en su villa de España, donde sería enterrado.

Sin embargo, el vicario decidió celebrar un servicio fúnebre en la parroquia y, para asombro de Adrien, Piers asistió.

Llegó, volvieron a verse y, de pronto, todo fue diferente y maravilloso.

Abrió la puerta del dormitorio principal y entró. Era una habitación grande, con puertas que conducían a un vestidor y a un cuarto de baño propios, ambos remodelados.

Aún no había muebles en el dormitorio, que olía a pintura fresca y a paredes recién empapeladas. El suelo había sido pulido y cubierto con una alfombra verde cuadrada y mullida.

Adrien no pudo evitar desear que Piers hubiera guardado algunos de los muebles de su tío. Casi todos eran antiguos y sospechaba que valiosos; además, hacían juego con el entorno.

Pero él había insistido en empezar de cero.

Ella había encontrado la cama perfecta. La adquirió en una subasta. Una auténtica cama de dosel que necesitaba una gran reparación; sin embargo, la había conseguido barata y se la había entregado a Fred Derwent, que estaba especializado en esas cosas y se entusiasmó con la idea de remodelarla.

Imaginó que no tardaría en tenerla instalada... Sería el centro de la habitación y de su matrimonio.

«Dentro de tres meses», pensó, «dormiré en esta cama con Piers».

Un rubor feliz encendió su rostro y rió con suavidad.

Sin embargo, aún seguiría aireando la casa a primeras horas de la mañana. Pero entonces llevaría el salto de cama de seda y encaje que había comprado en

su último viaje a Londres, no el albornoz que había visto épocas mejores. Y su pelo castaño oscuro caería en cascada sobre sus hombros en vez llevarlo recogido en un moño desordenado.

Dejaría esa habitación para el final, como había hecho siempre. La mantendría como algo especial. Y en cuanto descorriera las nuevas cortinas y contemplara los jardines amplios de la parte posterior de la casa, se acercaría a la cama y despertaría a Piers con un beso. Y él la atraería de vuelta a sus brazos.

Hasta el momento, solo era una fantasía que le agitaba la sangre y sumía sus sentidos en un temblor. Pero muy pronto sería realidad.

Se dirigió despacio a la ventana y observó la vista de la que había llegado a enamorarse. Pero se detuvo y se llevó la mano a la boca abierta.

En medio del jardín, se erguía un hombre que miraba en dirección a la casa. Vestía todo de negro, con un abrigo que colgaba de los hombros como si fuera una capa mientras la bruma de la mañana se enroscaba en tomo a sus piernas y le daba un aire de irrealidad, como si procediera de otra época y hubiera quedado atrapado en una distorsión temporal.

Se hallaba tan quieto que, durante un momento, Adrien pensó que no era humano, sino una estatua que alguien había depositado allí durante la noche como una especie de extraña broma.

Pero entonces vio que la brisa alzaba el bajo del abrigo y agitaba su pelo rubio.

Al darse cuenta de que no era Piers quedó dominada por la desilusión. Piers no era tan alto como esa figura, y su cabello era negro azabache. Sin embargo, durante un segundo había experimentado una curiosa sensación de familiaridad.

«¿Quién es?», se preguntó. «¿Y qué hace aquí?» Tragó saliva. Un visitante que se presentaba sin anunciarse a hora tan temprana tenía que ser un intruso. Alguien que no tramaba nada bueno. ¿Un ladrón en potencia? Había oído hablar de casas vacías que eran desvalijadas. Y en la planta baja había una cocina nueva, al igual que la biblioteca de Angus Stretton, con las paredes alineadas de libros.

Pero esta casa no está vacía –musitó. – Y no vas a llevarte nada.

Dio media vuelta y corrió a la puerta, avanzó por el pasillo hacia la escalera de roble y bajó. El salón también se encontraba en la parte de atrás de la casa con el fin de aprovechar la vista, y los ventanales daban a la terraza. Corrió hacia allí al tiempo que sacaba las llaves del bolsillo de la bata.

Fue el frío de las baldosas bajo los pies descalzos lo que le proporcionó conciencia de lo que hacía. Titubeó, miró a su alrededor y estudió el jardín, en ese momento vacío y al mismo tiempo oyó en la distancia el sonido de un coche que se marchaba. Pensó que debía de haber aparcado en el lateral de la casa, donde nadie lo vería. Adrien se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento; lo soltó y respiró profundamente.

¿Qué diablos creía que hacía? Bajar a toda velocidad como una maníaca, con un manojo de llaves como única protección. Aparte de que solo llevaba puesta una vieja bata. Con gesto protector ajustó el cinturón. Menos mal que el desconocido se había marchado.

Después de todo, podría haber sido violento y quizá hubiera terminado herida, o algo peor.

El hombre debió suponer que no se encontraba solo, sino se habría quedado. Estaba segura de ello. De algún modo la había visto ante la ventana.

Pensó que era una locura y comenzó a temblar al comprender el peligro que había corrido. Era imposible que la hubiera distinguido desde tanta distancia. «Me habrá tomado por otra sombra en el interior de la casa». Enderezó los

hombros y regresó al salón. Se aseguró de que todo había terminado y que nada había sucedido. Pero tomaría precauciones e informaría del incidente en la comisaría local, aunque poco podrían hacer sin una descripción detallada de una matrícula de coche.

Mientras subía a darse una ducha y a vestirse, pensó que ese hombre había invadido su intimidad. Le había estropeado la primera hora maravillosa del día. Hizo que se sintiera nerviosa e incómoda, como si se avecinara una tormenta.

«Reaccionas como una niña malcriada», se amonestó con impaciencia. «Dispondrás de mañana y de todos los días futuros para atesorar, así que apenas has perdido algo».

Lo más probable era que fuera alguien que llevaba conduciendo toda la noche y que se había detenido en la puerta equivocada debido al agotamiento.

Asintió con énfasis y abrió la ducha. Se puso una camiseta y unos vaqueros y se sujetó el pelo con una banda elástica. Había que completar el suelo de la cocina y terminar la instalación de la fontanería en el cuarto para lavar la ropa. Los frisos en el comedor estaban terminados, pero el techo necesitaba otra capa de pintura.

Casi todos los dormitorios estaban acabados, aparte del que ella ocupaba en la parte frontal de la casa.

Al recordar la condición inmaculada que había tenido la casa en tiempos del señor Stretton, Adrien podría haber llorado cuando Piers la llevó para comprobar las reparaciones que debían acometer. La escayola estaba descascarillada y había manchas de humedad en algunos techos de la planta alta. Además, el olfato le había advertido de que había maderas podridas.

Dios mío –había musitado Piers. – Quizá resultara más fácil derribar toda la casa.

-No –le había apretado la mano. – Haremos que vuelva a ser hermosa. Ya lo verás.

Y había cumplido su palabra. La mayor parte del trabajo que quedaba solo era cosmético, añadir los toques finales, de modo que las últimas facturas serían moderadas.

De pronto, se le ocurrió que los obreros tardaban. Terminó de desempapelar la sección de pared en la que trabajaba y sacó el teléfono móvil del cinturón. Pero antes de que pudiera marcar, sonó, sobresaltándola.

Diseños A-Z –contestó. – Buenos días.

¿Es la señorita Lander? –era el jefe de la empresa de albañiles que había contratado. – Soy Arnold Gordon.

Suspiró aliviada.

Iba a llamarlo, Gordon. Aún no ha aparecido nadie. ¿Hay algún motivo para ello?

Se podría decir que sí –repuso despacio. – Nos ha surgido un pequeño problema.

Bueno, intente solucionarlo pronto. Todavía queda mucho que hacer por aquí.

Verá, señorita Lander –sonó raro, como avergonzado. – Realizamos el trabajo y usted nos pagó por él, como siempre. Pero en esta ocasión el banco devolvió los cheques.

Adrien se quedó muy quieta un momento. Experimentó un frío mortal.

Debe de haber algún error –manifestó, recuperándose.

Es lo mismo que dije yo –convino ansioso. – Un error. Así que fui al banco, pero no quisieron darme ninguna explicación. Dijeron que debía hablar con

usted.

Yo misma me pondré en contacto con ellos –gimió. – Debe de tratarse de un error informático –añadió confiada.

Seguro. Lo dejaré en sus manos, señorita Lander. Lo que pasa es que no podemos continuar con el trabajo hasta que sepamos que vamos a cobrar, y hay otras reformas esperando.

Sí, desde luego –acordó. – Lo habré solucionado para esta tarde, Gordon. Adiós.

No se sintió tan segura al cortar y colgarse el teléfono otra vez al cinturón. Pensó que algo había salido muy mal al dirigirse a su habitación para recoger el bolso y, debido a que aún tenía frío, una chaqueta.

Era un error. Tenía que serio. Sin embargo, no dejaba de ver la imagen de la figura oscura y silenciosa de pie delante de la casa, como un símbolo de mal agüero.

«No seas tonta, Adie», se amonestó, empleando la versión infantil de su nombre. «Simplemente ve al banco y soluciónalo».

El sistema que Piers y ella habían ideado era bastante sencillo. Él había abierto una cuenta en el banco local, con una chequera a nombre de ella, y cada mes Adrien le enviaba los detalles pormenorizados de sus gastos y Piers depositaba fondos suficientes para cubrirlos.

Eres demasiado confiado –le había comentado ella.

Te amo –fue la contestación de él. – El amor no puede ser demasiado confiado.

Durante los últimos cuatro meses el sistema había funcionado a la perfección. Pero en esa ocasión, cuando se debían cubrir algunas de las facturas más fuertes, había surgido algo.

«Supongo que tenía que pasar en algún momento», pensó al poner el jeep en marcha. «Nada es perfecto, en especial cuando se trata de un proceso automatizado. Pero, ¿por qué tuvo que ser este mes?»

Había mucho movimiento en el banco, pero mientras esperaba ante la mesa de información le dio la impresión de que la gente la miraba. Que un par de cajeras había intercambiado miradas cuando entró.

Probablemente sabían que habían metido la pata y se preguntaban cómo disculparse.

La encargada de información pareció desconcertada al verla.

Oh... señorita Lander. El director ha intentado ponerse en contacto con usted en su casa, pero siempre sale el contestador automático.

Así es –enarcó las cejas. «Dios mío, casi suena acusadora». – Me alojo en la mansión para poder supervisar las obras –«aunque no es asunto suyo».

Oh... Eso lo explica. ¿Quiere sentarse unos momentos? El señor Davidson necesita hablar con usted urgentemente.

Adrien se alegró de sentarse, ya que las piernas le temblaron de repente y se le contrajo el estómago. Aquellas frases no daban a entender que se disculparían. Todo lo contrario...

Lamentó no haberse tomado la molestia de cambiarse, de ponerse una falda y una blusa, o incluso un vestido y tacones, y algo de maquillaje. Porque experimentaba la extraña sensación de que iba a necesitar toda la ayuda que pudiera obtener. Asimismo era consciente de que con la ropa que llevaba aparentaba dieciséis años.

¿Señorita Lander? –el señor Davidson se hallaba de pie a su lado. – Venga a la sala de entrevistas, ¿quiere? –su sonrisa era forzada y apartó la vista. Una

reacción muy distinta del entusiasmo que mostró cuando abrieron la cuenta.

No por primera vez deseó que Piers hubiera recurrido a su banco, donde era una clienta conocida.

Mientras el señor Davidson cerraba la puerta, Adrien ocupó la silla que le indicó.

Señor Davidson, tengo entendido que ha devuelto algunos de mis cheques.

No me ha quedado otra elección, señorita Lauder. No hay fondos para cubrirlos.

Sintió un nudo en la garganta y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

Entonces los ingresos debieron demorarse por algún motivo. Quizá pudiera concederme un poco de margen mientras me pongo en contacto con mi prometido.

Me temo que no, señorita Lander. Verá, se nos ha notificado que no se realizarán más ingresos. ¿Él señor Mendoza no le advirtió de cuáles eran sus intenciones?

¿No más ingresos? –notó los labios embotados. –Eso es imposible.

Me temo que no –repitió, y calló unos instantes, como si eligiera las palabras con sumo cuidado – Tengo otras malas noticias que debo transmitirle. Acabo de enterarme de que el señor Mendoza ya no es el propietario de la mansión Wildhurst. Que la ha vendido a una empresa inmobiliaria.

Adrien sintió un extraño zumbido en los oídos. La sala pareció girar a su alrededor.

No... no es verdad. No puede ser. Él... no haría eso. No sin decírmelo... sin hablarlo...

Es absolutamente cierto. Tengo al director de dicha empresa en mi despacho en este momento, y... señorita Lander... ¿adónde va?

El pomo de metal resbaló en su mano húmeda, pero logró abrir la puerta y salir. La puerta del despacho del director se hallaba entreabierta. La empujó y entró, sabiendo lo que iba a ver. Temiéndolo...

Junto a la ventana había un hombre de pie. Era alto y llevaba unos pantalones de color negro y un jersey de cuello vuelto de fina lana haciendo juego. Se había quitado el abrigo largo. El pelo rubio oscuro le llegaba hasta el cuello del jersey. Tenía un rostro delgado, con una nariz aguileña y una boca y mentón marcados.

Los ojos que la miraron desde el otro extremo del cuarto eran grises como el mar del norte, e igual de fríos. En un pómulo tenía una pequeña cicatriz triangular.

Adrien la reconoció, porque había sido ella quien la había provocado. Tenía nueve años y estaba dominada por el frío, el hambre y la histeria. Porque él la había dejado adrede en una precaria plataforma durante horas en un árbol alto. Para castigarla. Para hacerle creer que se quedaría allí para siempre. Que moriría allí.

De modo que había recogido una piedra y se la había tirado. Él había echado la cabeza atrás, pero le había dado y pudo ver un pequeño hilillo de sangre bajar por su cara; eso la alegró, porque lo odiaba. Había querido hacerle daño.

En aquel momento, él la había mirado con esos fríos ojos grises, del mismo modo en que la miraba en ese momento. Con desprecio y una especie de arrogancia gélida. Y sin piedad.

Por ese entonces Adrien había estado asustada, igual que en ese instante. Demasiado asustada para hablar o correr. A pesar de que ya no era una niña. Ni una joven de dieciocho años cuyo cumpleaños se había estropeado por el hurto y

la traición.

Todos esos años lo había eliminado de su memoria, aun cuando el legado de aquellos días traumáticos seguía con ella. La acosaba cada vez que tenía que subir una escalera o ponerse de pie en una silla, dominada por la náusea y el mareo. La atravesaba cada vez que abría el joyero y veía el estuche vacío de terciopelo que otrora había contenido el colgante con el granate.

Pero había logrado convencerse de que nunca más volvería a verlo. De que podía enterrar el pasado y de que él habría hecho lo mismo.

Pero se equivocó, porque ahí estaba y una vez más se hallaba paralizada y aterrada, sin modo de escapar.

Capítulo 2

Ha pasado mucho tiempo, Adrien –su voz se había vuelto más profunda, pero habría reconocido ese timbre ronco en cualquier parte.

No pensaba desmoronarse ante él. No por tercera vez.

Dios mío –utilizó un tono casi insolente al alzar la barbilla. –Pero si es el chico de los Haddon.

No. Ya no. Me he convertido en un hombre. Y te aconsejo que tengas en cuenta esa distinción.

Una amenaza. Bueno, siempre se te dieron bien.

Y una acusación. Algo para lo que tenías genio. Incluso de pequeña. Y también más adelante –los ojos grises la inspeccionaron lentamente. – No has cambiado mucho… a lo largo de estos años.

Me temo que no puedo decir lo mismo de ti –sintió un nudo en la garganta. – Jamás te habría reconocido.

¿Estás segura, Adie? –rió en voz baja. – ¿No hubo un destello de reconocimiento esta mañana cuando me observabas desde tu torre de marfil?

La irritó que empleara su nombre infantil. Igual que la confirmación de su anterior sospecha de que él había notado su presencia.

Eres la última persona en el mundo a la que esperaba volver a ver. Y no te quedaste para presentarte.

No –corroboró. – Tenía asuntos en otra parte. Además, sabía que nos volveríamos a ver muy pronto. No quería precipitar un momento tan grato. El primero, espero, de muchos más –añadió con suavidad.

Y bien… –se mordió el labio. – ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has vuelto? No entiendo…

No hace falta –sonrió. – Quizá quería sorprenderte –miró más allá de ella.

¿Va todo bien, señor Haddon? –se asomó el señor Davidson.

Muy bien, gracias –la súbita manifestación de poder y encanto hizo que Adrien se desmoronara por dentro. – ¿Podría concedemos cinco minutos? La señorita Lander y yo querríamos renovar nuestra vieja amistad.

Sí… sí… desde luego –el señor Davidson comenzó a retroceder.

Ella permaneció en silencio y observó cómo se cerraba la puerta.

Aislándola con él. Su enemigo.

Qué solícito ha sido. Me extraña que no te llamara sir.

Probablemente lo hará… con el tiempo. Voy a convertirme en un cliente muy importante de este banco.

¿Sabe que eres el hijo del ama de llaves? –se despreció por hablar de esa manera, porque la señora Haddon le había caído bien, siempre se había mostrado cálida y amable cuando visitaba la mansión con su padre.

No tengo ni idea –repuso con voz serena. – Pero daría igual. Porque es el dinero el que habla… y tiene una voz más alta que tus anticuadas ideas del esnobismo.

Se ruborizó un poco, pero resistió.

Entonces has progresado. Qué extraño.

He trabajado mucho –enarcó las cejas. – Descubrí que eso da dividendos. Y continuaré igual para obtener lo que quiero en la vida.

¿La mansión Wildhurst, por ejemplo?

Entre otras cosas.

Bueno, no me lo creo. Piers jamás vendería su herencia… y menos a ti.

Piers vendería a su propia abuela para salir del lío en el que está metido.

¿Cómo te atreves a decir eso? Después del modo en que te comportaste. Siempre lo odiaste… Siempre tuviste celos de él…

No tenía motivos para que me cayera bien –los ojos grises brillaron. – Pero no estaba celoso. No tenía nada que yo quisiera… entonces.

Y ahora quieres la mansión. De manera que se la has robado… de algún modo –alzó la barbilla con desdén. – Bueno, quien ha sido ladrón, siempre lo es.

Qué mente tan retorcida has desarrollado, Adie. Debe de ser por tu asociación con el señor Mendoza. Estoy seguro de que te recuperarás.

No será necesario –espetó. – ¿O es que pensabas que iba a dejar a Piers porque ya no está en posesión de la mansión? –se humedeció los labios. – Pues te equivocas. Eso jamás fue importante. Piers y yo vamos a estar juntos, sin importar qué haya podido salir mal. En cuanto llegue a casa voy a llamarlo y…

Bueno, cerciórate de que calculas la diferencia horaria –miró el reloj. – Lo más probable es que en Brasil sea medianoche. Y no querrás molestarlo en su luna de miel.

El silencio súbito que reinó fue casi tangible. Adrien sintió que le

martilleaba los oídos y le constreñía el corazón. Lo miró aturdida.

Siéntate –ordenó él. – Apoya la cabeza entre las rodillas y respira hondo.

Obedeció porque sus piernas ya no parecían capaces de sostenerla.

Mientes –afirmó una vez pasado el mareo.

No, es verdad –respondió despacio. – Ha estado saliendo con una chica en Portugal, a la que dejó embarazada. Su padre es brasileño, un hombre poderoso, e insiste en que se casen. Y para él Brasil era una opción más segura que Londres o Lisboa –hizo una pausa. – ¿Me crees, Adrien, si te digo que no me brinda placer informarte de ello?

No –alzó la cabeza para mirarlo con ojos centelleantes. – No lo creo. Has esperado mucho tiempo para tu venganza, Chay Haddon. Has aguardado para castigarme por hacer que te enviaran lejos tantos años atrás. Deseo con todo mi corazón que te hubieran metido en la cárcel.

¿Solo la cárcel? –replicó con tono burlón. – Estaba convencido de que habrías preferido que mi destino fuera el infierno.

Es demasiado bueno para ti –se apartó un mechón de pelo y se puso de pie, tambaleándose un poco con los últimos vestigios del mareo.

Ten cuidado –quiso tomarle el brazo, pero ella retrocedió.

No me toques. Jamás te atrevas a tocarme.

¿Es eso un desafío? –sonrió. – Qué pena que no disponga ni del tiempo ni de la inclinación para aceptarlo. Por el momento –añadió. – Doy por sentado que pones fin a nuestra reunión. ¿Puedo preguntar adónde vas?

Sí. Voy a localizar a Piers y a hablar con él. Demostraré que eres un mentiroso y un farsante.

Yo que tú no hablaría mucho de farsante –musitó con tono sombrío. – No cuando debes dinero por toda la zona. Y que ni se te ocurra ir a Brasil, Adie, siempre que consiguieras el dinero para el billete. Estoy convencido de que a tus acreedores no les gustaría, por no mencionar a la mujer de Piers –le abrió la puerta. – Ya nos veremos.

Adrien ni se molestó en mirarlo y salió del despacho. Oyó que el señor Davidson la llamaba, diciéndole que necesitaba hablar con ella, pero tampoco le hizo caso y emprendió la carrera hacia la puerta del banco.

Solo podía pensar en Piers y en la necesidad de contactar con él. En demostrar que era una mentira lo que había manifestado Chay

Haddon. No importaba nada más.

La siguiente hora fue una pesadilla. Intentó enviarle a Piers un fax a Portugal, pero descubrió que su línea había sido cancelada, igual que sucedía con su correo electrónico. El número de teléfono que siempre había utilizado parecía desconectado.

El pánico le atenazaba la garganta y le agarrotaba los dedos al probar con todos los números de que disponía. Al final contestó alguien, un hombre en portugués. Preguntó por Piers y lo oyó decir algo con voz apagada, como si hubiera tapado el auricular con una mano. Después, hubo un estallido de risa.

Cuando volvió a dirigirse a ella, en un inglés inseguro le hizo entender que Piers se había marchado a Brasil y que no volvería. Tampoco supo decirle dónde podía contactar con él.

Buena suerte –añadió entre más carcajadas de fondo.

Colgó y clavó la vista en el vacío, consciente de que el corazón le latía de manera errática. Sin importar lo inaceptable que pudiera parecerle, Chay Haddon había dicho la verdad. Piers le había vendido la mansión y había desaparecido.

Sintió que el dolor explotaba en su interior, pero lo contuvo. En ese momento, no podía enfrentarse a la angustia y la traición personales, ya que había otras cuestiones más acuciantes.

Gracias a Piers, en ese momento debía miles de libras, además de la hipoteca Y el préstamo bancario. Por toda la zona la gente no tardaría en exigirle su dinero, que no podría pagar.

Miró alrededor del acogedor salón, con sus muebles y adornos familiares. Siempre habían formado parte de su vida, pero no tardaría en perderlo todo, junto con la casa Y su negocio.

No se engañaba acerca de lo que la esperaba. Ante sus ojos estaba la bancarrota, y también tocaría a todos los que la rodeaban. Zelda y Smudge podrían quedarse sin hogar. Y también estaban las mujeres del taller, que pensaban que tenían un empleo seguro.

Y todo porque ella se había enamorado.

Un sollozó salió de su garganta. Había confiado en Piers y la había engañado cruelmente. En la cuenta vacía figuraba su nombre y la responsable era ella. Carecía de contratos o de garantías por escrito. Nada que la apoyara ante la ley, aunque pudieran localizar a Piers.

Adrede, él lo había preparado de esa manera, Y porque lo amaba, ella había aceptado. Su ingenuidad podía costarle todo. Y no podía quejarse de que no se lo hubieran advertido. Zelda se mostró abiertamente contraria a aceptar un proyecto tan grande que absorbería todo su tiempo Y energía.

La gente no va a esperar mientras terminas con la mansión – había argüido. – Irá a otra parte. En cuanto se sepa que no estamos disponibles, se correrá la noticia. No deberíamos centrar todo en una sola operación.

Pero había querido entregarse en cuerpo Y alma a ese proyecto porque iba a ser su hogar, Y no quería que nadie más impusiera sus ideas.

Moviéndose como un autómata, fue a la cocina, llenó la cafetera y puso el agua a hervir. Necesitaba un café fuerte para que le despejara la cabeza mientras realizaba una lista. Debía conocer el alcance completo de sus obligaciones y también el trabajo que podría llevar a cabo Diseños A-Z.

También tendría que regresar a hablar con el señor Davidson, al igual que con el director de su banco. Debía tratar de conseguir un aplazamiento u otro préstamo. Y luego conseguir salir de los problemas.

Tragó saliva. Debía comenzar por alguna parte. Ver si podía resolver algo antes de que Zelda y las demás oyeran los rumores que surgirían...

«Dependen de mí y no puedo defraudarlas», pensó. «No puedo...»

Recogió un bloc de notas y un bolígrafo y comenzó a escribir.

A pesar de su valerosa fachada, de sentirse apoyada por un traje sobrio y el maletín, sus peores temores se vieron confirmados a media tarde.

El director de su banco, así como le mostró su simpatía, le informó de que estaba al límite en su línea de crédito y no podía autorizarle otro préstamo. Y el señor Davidson había suspirado mientras le preguntaba cómo pensaba pagar las deudas.

Y lo peor era que ambos le habían recomendado que «sin demora» consultara con un experto en insolvencia.

También se le había recordado que en ese momento la mansión pertenecía a Haddon Developments, que se hallaba allí sin permiso y que debería llevarse sus objetos personales de inmediato y entregarle las llaves a los abogados del señor Haddon, Frenchman & Co., con el bufete en High Street.

Al subir con gesto cansado al jeep pensó que no le daban ningún respiro. En unas pocas horas, había pasado de ser una joven feliz a cargo de su propia vida, con un negocio próspero Y un futuro con el hombre al que amaba, a una especie de marioneta grotesca, capaz de moverse solo cuando alguien tiraba de los hilos.

Y lo peor de todo era que Chay Haddon manejaba esos hilos.

¿Qué diablos lo habría hecho volver? Eso era lo que no podía comprender, ya que los recuerdos que debía tener de la mansión no podían ser felices. El hijo del ama de llaves que había sido enviado a un internado por dejarla horas en un árbol, luego echado para siempre de la casa por robarle el colgante de granate.

¿Buscaba una especie de venganza póstuma sobre Angus Stretton, responsable de echarlo de la casa y de echar también a su madre, que durante tantos años le había brindado un servicio leal?

Era una revancha completa y exhaustiva. Piers había perdido su herencia y ella... se enfrentaba a la ruina financiera.

Chay sabía muy bien lo que hacía. El ladronzuelo había regresado como un barón del hurto y en esa ocasión se había apoderado de su vida.

Quiso huir y ocultarse. Buscar algún rincón oscuro donde nadie la encontrara. Pero no podía hacerla. Tenía que ser fuerte... resistir y luchar con las armas que pudiera conseguir.

Pero primero debía despedirse de la mansión. Aún seguía sin ser capaz de encarar la pérdida más personal, aunque era algo a lo que tendría que enfrentarse pronto. Debería aceptar que Piers la había abandonado para casarse con otra mujer. Soportar los rumores Y las especulaciones inevitables. Los lugareños eran amables, pero humanos, Y su caída sería un material sensacional. Además, estaría el resentimiento de aquellos que habían trabajado en la mansión y a los que les debía dinero.

Las principales víctimas serían Gordon y sus subcontratistas.

«De algún modo les pagaré», juró en silencio. «Aunque me lleve el resto de la vida».

Una vida que prometía ser desoladora y vacía como un desierto... «E igual de peligrosa», comprendió de repente.

La mansión se veía hermosa bajo el último sol de la tarde. Adrien experimentó un nudo en la garganta y condujo hasta el lateral de la casa. Para su enorme alivio, no había ningún otro vehículo.

«No mires nada detenidamente», se aconsejó al bajar del jeep. «No puedes permitirte dar rienda suelta a tus emociones. Todavía no. Recoge tus cosas y vete mientras puedas».

Por lo general, cuando subía por la vieja escalera de roble hacia la gran entrada, sentía todo el orgullo de ser la propietaria. Ese día ni siquiera era capaz de permitirse la satisfacción por el trabajo bien hecho.

Porque Chay Haddon no solo compraba una casa. Adquiría el corazón y el alma que había vertido en ella. Todo el amor.

Lamentaba no poder derribarla, ladrillo a ladrillo, y dejarle un montón de escombros.

Se dirigió despacio hacia la puerta y trató de controlar su respiración agitada. Tenía la llave en la mano, entonces, ¿qué esperaba?

Necesitaba entrar, para luego marcharse. Por última vez.

Sintió unas súbitas arcadas, dio la vuelta y corrió, tropezando en su precipitación. Pasó por el jardín donde esa mañana había estado él Y optó por seguir el camino de grava que conducía a lo que entonces había sido un jardín cerrado junto a la cocina y que en la actualidad parecía una selva.

Continuó hasta alcanzar la cancela que había en el otro extremo Y la zona boscosa de más allá. Hacía tiempo que no iba por ahí. Durante dieciséis años se había cerrado adrede a esa parte de los terrenos. Pero en ese momento, ante la mayor crisis de su vida, necesitaba enfrentarse a aquel viejo temor de la infancia Y derrotarlo.

Buscaba el antiguo roble, un ejemplar enorme, con espacio en sus ramas para una serie entera de casas.

«¿Adónde va todo el día?», saltándose los años, la voz de Piers regresó para acosarla. «El hijo del ama de llaves. ¿Dónde se esconde? ¿Lo sabes?»

Y ella, ansiosa por complacer a ese encantador muchacho de pelo oscuro que visitaba por primera vez a su tío, había dicho: «Sí... te lo mostraré». Al tiempo que sabía, dominada por la culpa, que no debería hacerlo. No tenía derecho a compartir un secreto que no era suyo.

Durante un momento, al contemplar las ramas, pensó que se había equivocado de árbol. Estaba convencida de que el tiempo retrocedería Y que volvería a encontrarse con nueve años, con pantalones cortos y camiseta, el pelo trenzado que tanto odiaba, mirando con añoranza la plataforma que había sido el escondrijo de Chay.

Una vieja escalera había estado apoyada contra el tronco, Y después tenías que trepar por las ramas hasta llegar a la casa.

Tenía una especie de techo y paredes y suelo construidos con restos de madera, pero para Adrien había sido un lugar mágico... Un castillo, un palacio, una cueva donde podía suceder cualquier cosa.

Ella había sabido, porque él la dejaba mirar por sus prismáticos, que Chay iba allí principalmente a observar a los pájaros, aunque a veces lo hacía para leer o pensar. Guardaba sus libros ahí arriba, un

cuaderno de dibujo y una caja con galletas.

¿No es extraño... estar solo aquí? –había preguntado en una ocasión.

La miró pensativo, sin sonreír.

A veces es bueno estar solo. Necesitas encontrarte cómodo en tu propia compañía antes de poder estar a gusto con otra gente – Adrien no había sabido muy bien a qué se refería, y su rostro debió reflejarlo, porque él había reído de pronto y con suavidad había tirado de una de sus trenzas. – ¿Tan horrible es, Adie, la idea de no tener con quién hablar?

Lo odiaría –tembló al sentir la brisa y suspiró. – Me asustaría. Estar aquí sola.

«Le dije eso de verdad», reflexionó. «Puse el arma en su mano y la utilizó en mi contra. Para castigarme de forma inolvidable e imperdonable».

En ese momento, no había escalera ni plataforma. Ningún rastro de la niña pequeña que se había arrodillado ahí, llorando una eternidad, convencida de que la habían abandonado y olvidado.

Solo era... un árbol.

Su voz le llegó serena.

Hace tiempo que desapareció, Adie. Angus hizo que el jardinero la desmantelara y la quemara. Yo tuve que observarla arder.

Giró en redondo y se llevó la mano a la boca.

¿Qué haces aquí? –no lo había oído acercarse hasta que habló.

Tienes mala memoria. Ahora soy el dueño del lugar, ¿lo recuerdas? –observó su traje gris y la blusa blanca.

Me refería a cómo sabías dónde estaría. Porque nunca vengo a este sitio.

Vi tu jeep. Pero las puertas seguían cerradas. Obedecí a mi instinto.

Ella imaginó que había hecho lo mismo, y eso le molestó. Alzó el mentón.

Soy una... intrusa. Me disculpo. He venido a recoger mis cosas.

¿Has estado acampando en el bosque? –enarcó las cejas y miró alrededor. – Qué aventurera.

No. Las tengo en la casa. Iré... a recogerlas... si te parece bien.

Siéntete como en tu casa –se encogió de hombros.

Creo que eso es llevar la hospitalidad demasiado lejos –le ofreció una sonrisa fría.

Da la casualidad de que llevas bajo mi techo casi una semana.

Adrien tragó saliva y se forzó a mover las piernas para regresar por el sendero.

¿Hace tanto que se vendió? ¿Y no se me informó? Oh, supongo que tuvo lugar en Portugal.

No. Piers y yo nos reunimos en Londres. Vino a firmar los papeles necesarios antes de partir a Brasil.

Durante un momento, ella no pudo hablar. Tampoco pudo moverse al digerir ese último golpe. Angustiada, pensó que Piers había estado en Inglaterra sin que ella lo supiera. Ni siquiera la había llamado. Quiso ponerse de rodillas y aullar su desdicha al cielo.

Es obvio que no se puso en contacto contigo –Chay la estudió.

Adrien irguió los hombros y reanudó la marcha.

Es comprensible –expuso con frialdad. – Después de todo, puede que me hubiera tomado a mal descubrir que se me había dejado con una montaña de deudas. Era mejor permitir que me enterara en cuanto se encontrara a una distancia segura. Además, sabía lo mucho que te divertiría a ti darme la noticia en persona.

Tienes una idea extraña de lo que me resulta divertido –hizo una mueca. – Pero he de reconocer, Adie, que no eres una quejumbrosa.

Dame tiempo –lanzó por encima del hombro. – Planeo una queja de proporciones cósmicas. ¿Querrías comprar una entrada? Necesito todo el dinero que pueda reunir. Y no tienes que seguirme –añadió con vehemencia. – No voy a robarte el lugar.

No seas paranoica. Da la casualidad de que vamos en la misma dirección.

No. Ni ahora ni nunca. Por favor, ¿podrías esperar en alguna parte mientras recojo mis cosas? Luego abandonaré tu casa.

Lo siento –movió la cabeza. – Quiero echarle un vistazo a la mansión, ver lo que se ha hecho.

Lo tengo todo en el ordenador. Te enviaré una copia.

Podría ser de utilidad –caminaba a su lado. El sendero era estrecho y costaba evitar el contacto. – Pero preferiría un recorrido guiado y una exposición detallada de todo el proceso de restauración por la persona encargada del proyecto. Tú.

Se detuvo indignada. Había transformado la mansión para Piers y ella. Sus sueños y esperanzas estaban entremezclados en la composición de cada habitación. Demasiado íntimamente para compartido con un intruso. Sintió como si le hubiera pedido que se desnudara.

Tengo una idea mejor. Contrata a otro equipo de decoración y deja que concluya lo que falta. Aunque, si quieres obtener un beneficio rápido, podrías venderlo como está.

¿Qué te hace pensar que pienso vender?

«Mi contable», pensó. Lo había llamado y él le había informado de que la especialidad de Chay era comprar y vender.

Se dedica a identificar proyectos de construcción –había dicho Mark – metidos en problemas financieros, los compra regalados y después de terminarlos los vende con beneficios exorbitantes. Es bueno en eso. ¿Por qué lo preguntas?

Alguien me ha mencionado su nombre, eso es todo.

¿Amigo o enemigo? –había reído Mark. – Se rumorea que es un hombre al que vale la pena tener de tu lado, y no enfrentado a ti. Por lo general, no despierta opiniones tibias.

Gracias por la advertencia –«aunque llega con dieciséis años de retraso», había añadido en silencio.

En ese momento miró a su adversario.

Porque es lo que haces. Entras, limpias y sales...

No siempre, y no esta vez. Porque voy a vivir aquí.

No puedes –soltó antes de poder callar.

¿Por qué no?

Ya tienes donde vivir. Tienes un piso en un almacén convertido al lado del Támesis, y una granja en Suffolk.

Has hecho tus deberes –alabó.

«Chico local triunfa» –se encogió de hombros. – Eso siempre es noticia. Aunque se trate del hijo del ama de llaves –continuó andando.

Lamenté enterarme de lo de tus padres –comentó él al rato. – Sé lo unida que te sentías a ellos.

Es evidente que no soy la única que hace sus deberes – terminaron el trayecto hasta la casa en silencio. Ante la puerta, se detuvo y respiró hondo. – Si quieres realizar la inspección en privado, puedo volver otro día a buscar mis cosas.

No. Hazlo ahora. Si estás segura de que no quieres echar un vistazo conmigo.

Lo estoy.

¿No quieres alardear de tus logros?

No me siento muy triunfadora. En todo caso, tú eres el experto – añadió con sarcasmo. – No hace falta que te explique nada.

Solía gustarte tener compañía.

Eso depende de la compañía. Cuando haya terminado, me marcharé.

Una vez dentro, se dirigió hacia la escalera y la habitación que usaba. No había llevado muchas cosas, por lo que no tardó en llenar el bolso de viaje. Estaba enrollando el saco de dormir cuando Chay apareció en el umbral.

¿Así que has elegido este cuarto? –se quedó mirando el camastro. – Habría pensado que el dormitorio principal era el lugar apropiado para la señora de la casa. ¿No te resulta un poco pequeño para una noche de pasión? ¿O a Piers le gustaba quedarse quieto?

Canalla –el rostro se le inflamó. – No sabes nada al respecto, nada. Piers y yo estábamos prometidos.

¿De verdad? –clavó la vista en la mano izquierda desnuda. – Bueno, al menos no tienes que devolverle el anillo para... que lo recicle.

Ha sido un comentario imperdonable –musitó ella tras un silencio.

Sí –convino él. – Pero hay tantas cosas entre nosotros, querida, que han sido imperdonables. Y que no se han olvidado.

Recogió el bolso y fue hacia la puerta que él aún bloqueaba.

¿Me dejas pasar, por favor?

En un momento. Tengo que hacerte una proposición.

«Dios mío», pensó Adrien. «Va a pedirme que termine la casa». Desde luego, se negaría. Le partiría el corazón seguir trabajando allí. Sin embargo, si aceptaba, podría pasarle una factura que le permitiera pagar a sus acreedores.

¿Y bien? –instó con tono que daba pocos ánimos.

Antes de que pudiera adivinar lo que iba a hacer, o emprender una acción evasiva, las manos de él se deslizaron por debajo de las solapas de su chaqueta, la separó e inspeccionó detenidamente sus pechos redondos bajo la blusa ceñida.

Muy bien –dijo con suavidad. – De hecho, exquisitos. Te has convertido en toda una mujer, Adie.

No me llames así –sacudida hasta el alma por la súbita intimidad, se apartó, horrorizada al darse cuenta de que detrás de su barrera de seda los pezones se le endurecían. – Y no me toques –añadió con voz trémula. – No tienes derecho...

¿Ni siquiera por el derecho de pemada?

Has comprado la casa. Yo no iba incluida en el precio. Y ahora déjame pasar.

Solo porque a Piers no se le ocurrió –no hizo intención de moverse. – Pero como has sacado el tema, ¿qué valor le das a tus servicios, Adrien?

¿Te estás ofreciendo a pagar el trabajo que he llevado a cabo? –no se atrevió a albergar esperanzas.

Eso depende. Verás, se me ha ocurrido que a esta casa le falta algo. Y a mí también.

Te refieres a que no está acabada –respiró hondo. – No haría

falta mucho...

No, no me refería a eso.

Entonces, ¿a qué? –inquirió a la defensiva. I

Necesita una señora –musitó. – Y yo. Y tú, mi dulce Adrien, eres la candidata perfecta. Quizá podamos establecer un trato. ¿Qué te parece?

Capítulo 3

¿Se trata de alguna broma de mal gusto?

¿Me ves reír?

De modo que quieres añadir el insulto a la herida –intentó reír, pero el sonido se ahogó en su garganta. – El tiempo no te ha suavizado, Chay. Sigues siendo un canalla.

Yo me considero más un caballero que va a tu rescate –sonrió.

Qué generoso.

No. Soy un hombre de negocios. Tú afirmas ser una mujer de negocios, y te encuentras en problemas económicos. Te ofrezco un salvavidas –posó la vista en sus labios entreabiertos y luego en sus pechos. – Un préstamo muy personal –musitó.

El señor Davidson necesita aprender a ser discreto –se mordió el labio.

Él no me contó nada –apoyó un hombro en el marco de la puerta. – No hizo falta. Cuando antes estuve aquí, un escayolista y un electricista me mostraron unas facturas que no habían sido pagadas. Conjeturé que solo eran la punta del iceberg. Te enfrentas a serios problemas.

Si es así –espetó – me las arreglaré. Puedo sobrevivir sin tu peculiar caballerosidad.

Entonces te deseo suerte. Pero espero que no cuentes con una transferencia desde Brasil. Harías mejor en pensar en la Lotería Nacional.

Eres un cerdo. Ya tienes todo lo que querías, ¿no? Cómo debes disfrutar de este momento de triunfo.

Tuve que esperar mucho. Aunque dicen que la venganza es un plato que ha de servirse frío.

Ojala te envenene. Y ahora deja que me largue de aquí.

No eres una prisionera –se apartó de la puerta.

No. Y tampoco pretendo serlo.

¿Crees que te voy a mantener encadenada como una especie de esclava sexual? Qué imaginación vívida tienes, cariño.

No te atrevas a reírte de mí –le tembló la voz. – No puedes fingir que lo que propones es un acuerdo normal.

En tu vida cambiarían muy pocas cosas –sonó razonable. – Después de todo, ya vives aquí –continuó.

Se trataba de algo temporal –explicó con celeridad.

Que sería permanente. Sin embargo, tus deudas quedarían pagadas, aparte de que tendrías libertad absoluta para terminar la casa tal como tú quieras, con personal que trabajaría para ti. Podrías continuar con tu negocio. Y cuando tenga invitados, harías de anfitriona.

¿Y eso es todo? –inquirió con ironía.

No –expuso con afabilidad. – Viajo mucho al extranjero. Espero que en ocasiones me acompañes. Pero no siempre.

Esta conversación es surrealista –lo miró fijamente.

Antes de iniciar cualquier proyecto, me gusta establecer las reglas. Cuando esté fuera, serás libre de ir y venir como te plazca. De recibir a tus amigos. De llevar tu propia vida.

Suena demasiado bueno para ser verdad. Pero cuando terminen esos viajes de trabajo, volverías.

Desde luego –sonreía levemente.

¿Y qué esperarías?

Ya no eres una niña, Adrien –su voz exhibió una súbita dureza. – Ni una adolescente romántica que sueña con su primer amor. Esperaría que cumplieras tu parte del trato.

Esa sola idea me pone enferma.

No solías pensar eso.

¿A qué te refieres? –se puso rígida.

Era tu cumpleaños. Tenías dieciocho años. Yo te deseé muchas felicidades y tú atravesaste la habitación para ofrecerme tus labios. ¿O lo has olvidado?

Fue un momento de debilidad –repuso tras un momento de pesado silencio. – Y hace mucho tiempo.

Ah, así que lo recuerdas –musitó.

Y antes de que descubriera que eras un ladrón traicionero y codicioso.

Ay. Bueno, al menos ninguno de los dos se embarcará en esta relación con ilusiones falsas sobre el otro. Eso nos presagia un buen futuro, ¿no crees?

No deseas saber lo que creo. Y, gracias a ti, yo no tengo futuro.

¿Cómo has llegado a esa conclusión?

Dices que podría llevar mi vida, pero son tonterías. ¿Qué clase de existencia tendría viviendo aquí como tu mantenida? ¿Quién diablos querría conocerme en esas circunstancias?

Sé realista –expuso con voz cansada. – No eres una virgen victoriana, cuya reputación ha quedado arruinada por un cruel caballero. ¿Qué importaría?

A mí me importaría –replicó.

No te importó venderte a Piers Mendoza –el desprecio de su voz atravesó las emociones encontradas que bullían en el interior de ella, sacando a la superficie una cólera intensa.

Canalla –alzó la mano para abofetearlo.

Pero los dedos de él aferraron su muñeca con brusquedad antes de que el golpe diera en el blanco.

Veo que el tiempo no ha suavizado tu temperamento –comentó con tono sombrío al soltarla. – Mantén el fuego controlado, Adrien, y no abuses por ser una mujer. No funcionará.

Ella se frotó la muñeca.

Pensé que era eso lo que querías.

Tal vez –concedió. – Pero de acuerdo con mis términos, no los tuyos.

Que yo no estoy dispuesta a respetar. Así que ve a comprar a otra para que comparta tu cama. Porque por mí puedes irte al infierno –añadió con pasión.

Tienes derecho a elegir, Adie –se encogió de hombros. – Adelante... Explora otras salidas, si quieres. Pero no te sorprendas si todas conducen de vuelta a mí.

Seguro que es lo que te gustaría creer. Pero, si he de degradarme, preferiría hacerlo a mi manera.

Como desees –calló un instante. – Mi oferta sigue en pie, pero tiene un límite de tiempo. Si decides cambiar de parecer, no esperes demasiado para comunicármelo. Se me localiza en el King's Arms.

¿Te alojas en un hotel? –inquirió con desdén. – Pensé que el nuevo señor de la mansión querría tomar posesión inmediata de ella.

¿Y dormir en eso, cariño? –desvió la vista al camastro. – Prefiero la comodidad... y espacio para maniobrar –vio que ella se ruborizaba y rió en voz baja. – Esperaré tu llamada.

Lo miró con desprecio, pasó a su lado y salió del cuarto.

Volverás –predijo.

Jamás.

Aunque solo sea para recoger la bolsa que tantas molestias te has tomado en hacer –continuó él. Indignada, Adrien giró en redondo y vio que Chay la sostenía en la mano, con una sonrisa en la cara. – Toma –se la arrojó.

Le lanzó una mirada fulminante antes de volverse y dirigirse hacia las escaleras.

«Camina», se ordenó con fiereza al bajar al vestíbulo. «No corras. No dejes que piense ni por un momento que te ha alterado».

Pero a pesar de sus bravatas, temblaba al llegar al jeep. Aferró el

volante hasta que le dolieron las manos.

«Tiene que haber algo que pueda hacer», reflexionó. «Oh, Dios, tiene que haber algo...»

De algún modo debía encontrar una salida. Pero su prioridad inmediata era arrancar y largarse. Lo último que quería era darle a Chay la satisfacción de que la encontrara allí como si se hubiera convertido en una estatua.

Condujo a casa con un cuidado inmenso. No se relajó hasta que aparcó el jeep en la parte de atrás de Listow Cottage. Al apagar el motor, un pequeño grupo de mujeres salió del taller y pasó a su lado, riendo y hablando. Al veda, todas la saludaron con un gesto feliz.

«De un momento a otro tendré que decides que se han quedado sin trabajo», pensó con angustia al devolverles el saludo. Al bajar con cansancio, una pelota de fútbol avanzó hacia ella, con Smudge detrás. Su cara pequeña y más bien pálida brillaba por la excitación.

Adie... Adie, vamos a tener un cachorro. Mamá ha dicho que podemos ir a elegido este fin de semana.

Se detuvo y se obligó a esbozar algo parecido a una sonrisa.

Es estupendo –intentó no prestar atención al vacío en su interior.

Unas semanas atrás, Zelda le había preguntado con timidez si no le importaría que comprara un perro.

A Smudge le encantaría. Y a mí también. De pequeña papá jamás me dejó tener ningún animal.

Creo que es una gran idea –había aprobado Adrien de inmediato. – ¿Alguna raza en particular?

Zelda había reído.

Creo que será un chucho. Hay unas perras que van a tener una camada pronto en el albergue para animales.

«He de hablar con Zelda en el acto», decidió en ese momento. «Advertirle de que es posible que no pueda quedarse aquí. Que quizá me desalojen».

La puerta de su socia se hallaba entreabierta, de modo que llamó y se asomó. Zelda cortaba unas ver duras, pero alzó la vista con una sonrisa de bienvenida.

Hola, desconocida. He visto que Smudge te lo ha dicho. ¿Te sigue pareciendo bien lo del perro? –le indicó que se sentara a la mesa, acercó dos tazas y comprobó la cafetera.

Era una cocina increíblemente acogedora. Zelda había elegido unos ricos tonos tierra para hacer juego con el suelo de terrazo Y unos muebles de pino. Los dibujos de Smudge ocupaban sitios de honor en las paredes de terracota, Y en varios aparecían perros.

Zelda también había cambiado su imagen. Llevaba el pelo oscuro corto. Vestía unas mallas y una túnica corta. Parecía sofisticada Y relajada, una mujer joven en control de sí misma y de su entorno. Pero, ¿qué su cedería con esa seguridad recién adquirida si tenía que volver a la atestada casa familiar para oír las incesantes quejas Y prohibiciones de su padre?

¿Y cómo lo llevaría Smudge? Cuando Adrien lo conoció era un niño silencioso, casi retraído. Un niño que jamás había disfrutado de su propio espacio.

¿Te encuentras bien? –Zelda la miraba. – Estás muy callada.

Tengo muchas cosas en la cabeza.

Por supuesto –su amiga le sonrió. – Debes acabar la mansión y planear la boda. Mientras tanto, ¿puedes concentrar tu poderoso cerebro en el hotel Westbrook? Han aceptado mi presupuesto inicial para cambiar las cortinas y las mantas de todas las habitaciones, aunque ahora quieren redecorar el vestíbulo y los comedores. Maisie Reed afirma que ya no soporta todas esas rayas. Le indiqué que irías a echarle un vistazo.

Oh... perfecto. ¿Cuándo quieren que empiece el trabajo? –si fuera para el otoño, y surgieran otros encargos, quizá pudiera contener un tiempo a los acreedores. Buscar otro cabo salvavidas.

Piensan cerrar en enero y febrero –sin saberlo, Zelda ahogó todas sus esperanzas. – Quieren realizar una gran inauguración en Semana Santa. Sería una buena publicidad para nosotras.

Sí –convino. – Lo sería.

Hay un mundo de verdad fuera de la mansión, y lo necesitamos –Zelda llevó la cafetera a la mesa con una jarra con leche.

Lo siento –se preparó. – Lo que pasa... es que hay un problema.

¿Grande o pequeño? –la miró y sirvió el café.

Bastante grande –bebió un poco del líquido caliente para ganar coraje. – La mansión ha sido vendida... a un empresario llamado Chay Haddon.

Imagino que piensa derribarla para construir un parque temático –Zelda le tomó la mano. – Cariño, lo siento tanto. Sé el tiempo y el esfuerzo que has dedicado al lugar. Debes de estar abatida –entrecerró los ojos. – ¿Cuándo te lo contó Piers?

No lo hizo –retiró la mano y cerró los dedos fríos en tomo a la taza. – Delegó esa responsabilidad en el propio Chay Haddon... y en el director del banco.

¿Y dónde anda Piers ahora? –inquirió después de soltar un juramento.

En Brasil –repuso con tono apagado. – Al parecer de luna de

miel. No… No espero volver a saber nada de él.

Oh, Dios –reinó un momento de silencio. – Cariño, no me creerás si te digo que estarás mejor sin él, pero es la verdad. ¿Y quién es la mujer con la que se ha casado?

Una brasileña rica –se encogió de hombros. – Tengo entendido que Piers se metió en problemas financieros –añadió.

¿Es tan malo como suena? –preguntó Zelda.

Peor –bebió más café. – Él… canceló los depósitos que realizaba y el banco ha devuelto todos los cheques. Como la cuenta está a mi nombre, he de hacerme cargo. Por lo tanto… me encuentro en la bancarrota

¿No lo cubre todo el nuevo propietario? –Zelda palideció. – ¿No podría…?

No. Además, me he apartado del proyecto. Pero no piensa derribar la mansión. Va a vivir allí –se obligó a sonreír. – En realidad, preferiría que la demoliera.

Chay Haddon –repitió Zelda. – El nombre me suena.

Hace años vivía allí –indicó Adrien. – Su madre era el ama de llaves del señor Stretton.

Ahora recuerdo –musitó. – A veces iba a la ciudad. Rubio, sexy, aunque no hablaba mucho.

Con el paso de los años su capacidad de hablar ha aumentado –indicó Adrien con frialdad.

Debiste conocerlo bastante bien –insistió su amiga. – Si estaba en la mansión cuando tú ibas de visita.

Sí –confirmó. – Pero nunca fuimos… amigos –«no», pensó, «pero durante un tiempo, de niña, fue mi héroe. Y lo adoraba».

Es una pena –fue el comentario seco de Zelda. – Podría habemos venido bien –hizo una pausa. – Bueno, ¿qué vamos a hacer? –tragó saliva. – ¿Vender y empezar otra vez?

Espero que no tengamos que llegar a eso –comentó sin optimismo. – Encontraré alguna salida. Pero consideré que debía comunicártelo antes de que empezaran los rumores.

Sí –Zelda sonrió con esfuerzo. – Gracias.

Mientras se dirigía a la casa y entraba, pensó que había sido como si una luz se apagara en el interior de Zelda.

Y con Smudge había sido peor. Cuando entró corriendo sin dejar de hablar sobre su cachorro, su madre le rodeó los hombros con un brazo y con suavidad le dijo que quizá tuviera que esperar un poco más para tenerlo.

La mayoría de los niños habría tenido una pataleta, pero Smudge se quedó en silencio, con la carita reservada y estoica,

como si la decepción no fuera nueva para él.

«No debería ser así», pensó Adrien enfadada. «No se lo merece. Y tampoco Zelda».

Notó que el contestador automático parpadeaba. Las llamadas eran de contratistas que habían trabajado en la casa, o de proveedores, y sin excepción querían saber cuándo cobrarían. Unos pocos sonaron abiertamente hostiles.

Apuntó sus nombres; era inútil llamarlos hasta no haber conseguido una solución, y por el momento no la tenía.

Intentó realizar algunas sumas, pero ningún número parecía tener sentido, y el total que alcanzó la horrorizó. Daba la impresión de que aunque lograra vender su negocio, además de la casa y los anexos, aún seguiría en números rojos.

«Estoy arruinada», pensó con desolación. «Todos lo estamos. Y es por culpa de Chay Haddon, que emplea su dinero para irrumpir en nuestras vidas».

Tembló y cruzó los brazos.

«Piers», reflexionó angustiada, «¿por qué no me contaste que tenías problemas económicos? Podría haber frenado el trabajo en la casa. ¿Por qué no me advertiste... ?»

Una voz le recordó que no solo era el dinero. También estaba la traición personal de su aventura en Portugal, y no podía culpar a Chay por eso, aunque lo desearía.

Había sido decisión exclusiva de Piers dejarla y huir. Arruinada mientras se casaba con otra mujer sin decirle una palabra...

Hasta ese momento, parecía haber estado dominada por la incredulidad. Entonces, experimentó una oleada negra que borró todo pensamiento coherente, le atenazó la garganta y le provocó un rictus de amargura. Se oyó gemir y de pronto descubrió que caía en un lóbrego abismo de dolor y miedo.

Se sentó y apoyó la cabeza sobre la superficie de la mesa; comenzó a llorar con el cuerpo convulsionado por los sollozos que la desgarraron.

Cuando al fin se mitigaron, permaneció donde estaba. Se sentía extenuada y, al levantarse, las piernas le temblaron. Lo cual no le extrañó, ya que no había comido nada desde el desayuno.

Estaba acalorada y desorientada, y el llanto había dejado un extraño sabor metálico en su boca. Llenó la tetera, pero se dio cuenta de que no deseaba tomar té ni café.

Pensó que necesitaba algo más fuerte, por lo que bajó a la bodega. Salió unos minutos más tarde con una botella de borgoña blanco.

Buscó el sacacorchos y sacó una copa de cristal del armario del comedor, luego se dirigió al salón. Mostraba rastro de su ausencia. Había una capa de polvo en las superficies de los muebles y un jarrón con flores muertas junto a la ventana.

En el exterior, la luz decrecía con rapidez y la insinuación de frío hablaba del inminente otoño. En el curso de un día su vida había cambiado para siempre. Se habían desvanecido todas las certezas.

«En navidad solo el cielo sabrá dónde nos encontraremos», pensó con tristeza y bebió un poco de vino. Su sabor afrutado le llenó la boca y acarició su garganta seca, algo que agradeció.

Encendió la radio que tenía al lado y giró el dial hasta dar con una emisora de música clásica. El sonido invadió la estancia de melancolía.

Cerró los ojos y la dominó la desesperanza. «Voy a perder todo por lo que he trabajado. Todos los sueños que tenía».

Bebió un poco más de vino y rellenó la copa.

Tanto de su futuro había estado condicionado por Piers, que le parecía imposible que ya no formara parte de su vida. Mentalmente había creado la imagen de su relación e invertido toda su energía emocional en ella.

«Me deslumbró desde el primer instante en que lo vi. Solo era una niña. Tenía tanto encanto y era tan diferente... Después de que Chay me decepcionara, consiguió que confiara en él. Y él lo sabía. Dios mío, a su regreso debí ser un blanco perfecto. Acepté todo lo que me dijo... Entré a ciegas en su trampa».

Con su partida se sentía extrañamente embotada, hueca, como si ya nada importara. Como si cada fragmento de emoción la hubiera abandonado y la joven que había sido no existiera más.

Volvió a beber y experimentó el calor del vino por sus venas frías. Tenía una elección. No envidiable, pero sí una opción seria.

Piers no la quería, pero había otro hombre que sí la deseaba. Lo único que debía hacer era aceptar sus términos y se solucionarían sus problemas. «Bueno... casi todos», corrigió con una mueca.

Le había ofrecido un acuerdo de negocios, de modo que no tenía que fingir estar enamorada de él, ni siquiera desearlo. Chay podía quedarse con el caparazón vacío en que se había convertido. Porque no había nada más.

Vació la copa y clavó la vista en el espacio. Aceptaría su trato durante un período de tiempo limitado.

Esa era la única manera en que podría soportarlo, si cada día, y cada noche, pudiera recordarse que la situación solo era temporal,

si podía tener la certeza de que sería libre de Chay y que nunca más podría reclamarla.

Experimentó un temblor violento. Todo sonaba tan frío. Sin embargo, era el trato que le había sugerido, y era el acuerdo que sellaría. Ni más, ni menos.

De esa forma el negocio se salvaría, y también su casa. Y Zelda y Smudge también disfrutarían de seguridad.

Había tantas razones buenas para degradarse, para ofrecerse en venta, para ir en contra de todos sus principios.

«Pero no puedo permitirme el lujo de tener principios», se recordó con dureza. «He de ser pragmática. Y debo hacerlo ahora, mientras aún tengo coraje».

Se levantó con tanta rapidez que la cabeza le dio vueltas; avanzó hacia el teléfono y marcó el número del hotel King's Arms.

Recepción –respondió una joven con voz cortés. – ¿En qué puedo servirle?

¿Puedo hablar con el señor Haddon, por favor? –pidió tras aclararse la garganta.

Lo siento, señora. El señor Haddon no se encuentra en este momento, aunque cenará aquí. ¿Quiere que le deje un mensaje?

«Sí», pensó, al tiempo que sentía que una risita quería escapar de su garganta. «Dígale que me acostaré con él si paga todas mis deudas».

Hágale saber que lo llamó la señorita Lander, por favor –repuso en voz alta.

Desde luego. ¿El señor Haddon esperaba su llamada?

Sí –afirmó con dificultad. – Sí, creo que sí –colgó.

Alzó la cabeza y se observó en el espejo que había encima de la mesa del teléfono. Tenía la cara blanca y los ojos rojos por haber llorado.

Vaya pacto –se reprendió. – Pero ya lo he hecho... Y no puedo permitirme el lujo de dar marcha atrás. Las apuestas son demasiado altas –levantó la copa en una parodia de brindis. – Por el futuro.

Capítulo 4

Adrien se había clavado una astilla al subir a la casa en el árbol. El fragmento de madera estaba firmemente enterrado en su rodilla, rodeado de oscuras gotas de sangre.

Deja que le eche un vistazo –Chay la sentó en su saco de dormir enrollado y estudió el daño con leve impaciencia. – Te la puedo sacar –afirmó al fin. – Pero te va a doler. ¿Puedes quedarte quieta mientras la extraigo?

Ella asintió en silencio y se mordió el labio con fuerza, porque ya le dolía, aunque era reacia a demostrarlo. Quizá él decidiera que era una presencia molesta y nunca más la dejara subir.

Chay abrió la lata de galletas. Dentro había una brújula, una lupa, bolígrafos y lápices, una navaja multiusos y unas pinzas.

Fue veloz y hábil, pero al terminar Adrien tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque no había emitido sonido alguno. La miró y su rostro delgado se suavizó.

Has sido muy valiente –sonrió. – Pero hace falta desinfectada, Y quizá tengan que ponerte la vacuna del tétanos –sacó un pañuelo limpio del bolsillo de los vaqueros y lo anudó en torno a la herida. – Será mejor que vayas a casa para que tu madre le eche un vistazo – captó su decepción Y se puso de pie. – No te estoy castigando – advirtió con severidad. – La casa seguirá aquí mañana. Y yo también –con el dedo le tocó la mejilla en un contacto fugaz…

Dios mío –susurró Adrien al incorporarse de la silla con el corazón martilleándole con fuerza. – Debo haber soñado.

Despacio, se levantó el bajo de la falda y observó la cicatriz diminuta en su rodilla. La tenía desde hacía tanto tiempo que ya había dejado de observarla. Hasta ese momento, cuando de pronto recordó cómo se la había hecho.

De repente, pensó que sabía por qué había olvidado. Porque la siguiente vez que fue a la mansión, Piers estaba allí… Y todo cambió. La casa del árbol dejó de ser un santuario y se convirtió en una pesadilla. Y Chay ya no fue su héroe o su amigo, sino su enemigo.

Y aún no había terminado con ella.

Con un temblor se puso de pie, consciente de que se sentía vacía y algo mareada. Mientras dormitaba, había oscurecido. Y también

hacía frío.

Encendió lámparas e iba a correr las cortinas de la ventana cuando la llamada a la puerta la detuvo en seco. Permaneció quieta un momento, con la boca reseca y el pulso acelerado. De no haber encendido las malditas luces, podría haber fingido que no estaba allí.

A regañadientes, avanzó por el pasillo y abrió la puerta. Sintió una ráfaga de aire frío.

Buenas noches –dijo Chay. – Recibí tu mensaje. ¿Puedo pasar?

¿Qué quieres? –cruzó los brazos a la defensiva.

Creo que esa pregunta me corresponde formularla a mí. Tú me llamaste.

Sí –tragó saliva. – Sí... es verdad –se apoyó en el marco. – No pierdes el tiempo.

Veo que no te alegra verme, cariño –la estudió. – ¿Has cambiado de parecer?

No –desafió. – Lla... llamé porque he decidido aceptar tu oferta.

Lo imaginaba –murmuró él.

Y el vencedor ha venido a recoger el botín –espetó con mirada centelleante.

Es un poco pronto para reclamar la victoria –sonrió con ironía. – ¿Piensas mantener esta charla en la puerta?

Por aquí –indicó con rebeldía. Lo condujo al salón, y en un momento tuvo que apoyarse en la pared.

Deja que te ayude –le tomó el brazo, pero ella se apartó.

Déjame en paz. Puedo caminar por mi propia casa –frunció el ceño y respiró hondo para tratar de despejarse. Señaló la botella de vino. – ¿Quieres una copa? –alzó la botella Y la sostuvo a la luz. – Oh, no queda nada.

¿Y por qué eso no me sorprende? –volvió a observarla. – ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

No recuerdo –lo meditó unos instantes. – Además, ¿eso qué tiene que ver contigo?

Simple preocupación por tu bienestar, Adie.

¿Preocupación? –repitió ella. – ¿No está un poco fuera de lugar?

Impulsada por mi interés, cariño –rió. – te lo aseguro. Después de todo, no deseo que te mueras de inanición antes de que hayamos tenido la oportunidad de consumar nuestro pacto. Dime, ¿te encontrabas en esta condición cuando llamaste al hotel?

No sé de qué hablas –repuso con dignidad.

¿No? –se mostró divertido. – Yo diría que has ahogado bien tus penas.

Bueno, no tengo ganas de celebraciones.

Comprendo. Creo que seguiré hablando del funeral con un poco de café. La cocina está por ahí, ¿no?

Adrien lo siguió y observó con muda indignación mientras llenaba la cafetera y la ponía a hervir; luego encontró el café y dos tazas.

Ponte cómodo –soltó con frialdad.

Gracias.

¿A qué has venido exactamente? –exigió saber.

Pensé que sería mejor que charláramos sobre los detalles importantes. Es decir, cuando te encuentres lo bastante sobria.

No estoy borracha –rechazó con énfasis.

No –aplacó Chay. – Solo un poco mareada. Y de verdad prefiero que pienses con seriedad.

Y, desde luego, tus deseos son lo más importante –manifestó.

De modo que ya has aceptado eso. Excelente. Pensé que te resultaría otro obstáculo.

En realidad, pretendía ser irónica.

No lo habría adivinado –vertió agua caliente en las tazas y le pasó una. – Prueba esto. ¿Tienes huevos?

No –respondió. – El armario se encuentra vacío. No olvides que me alojaba en la mansión.

¿Cómo iba a olvidarlo? –musitó. – Está impregnada con tu fragancia. Llamaré a ese restaurante francés de Market Street y pediré que nos envíen algo.

Si te refieres a Ma Maison, no aceptan pedidos a domicilio.

Entonces tendré que convencerlos –le sonrió.

El café estaba fuerte y quemaba, y un trago le despejó la cabeza. El segundo le dio valor. Alzó el mentón.

¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no quiera cenar contigo?

Sí, pero he descartado la idea. En algún momento deberemos dar el primer paso juntos, y mejor pronto que tarde.

Cuando dices «primer paso»... –calló y depositó la taza en la encimera.

Me refiero a cenar. Solo a eso. Lo que en otras circunstancias podría considerarse una cita.

Salvo que jamás tendría una cita contigo –enarcó las cejas. –Bajo ninguna circunstancia.

Entonces me alegro de no habértela pedido. Habría sido un golpe para mi orgullo.

¿Y el papel que has planeado para mí? –inquirió con súbita vehemencia. – ¿El hecho de que me compras... cuando sabes que

amo a otra persona? ¿Eso te enorgullece?

¿Se supone que debo golpearme la cabeza y perderme avergonzado en la noche? –su sonrisa se tomó más amplia. – Ni lo sueñes.

¿Tienes escrúpulos?

Hasta ahora me ha ido bastante bien sin ellos –se encogió de hombros. – Y no pensé que fueran una prioridad contigo, si se te puede analizar por tu ex novio.

No te atrevas a criticar a Piers –espetó. – Al menos no es un violador.

Ni yo tampoco. Como tendré el exquisito placer de demostrarte dentro de poco –dejó que ella asimilara sus palabras. – Y ahora pediré que nos traigan algo de comer. Tengo entendido que su pollo al limón es magnífico.

No quiero ningún maldito pollo.

¿Preferirías un estofado?

No –alzó la voz. – ¿No te importa que todavía ame a Piers?

Reconozco que no habla a favor de tu capacidad crítica. Pero considéralo una enfermedad. Algo infantil y desagradable, como el sarampión.

Tal vez no quiera –soltó.

Siempre estuviste ciega en lo que a él respecta, pero esto es llevar las cosas demasiado lejos. Sin embargo, si de verdad es lo que sientes, ¿por qué me llamaste?

Por egoísmo –respondió. – Además, no me dejaste muchas opciones –enderezó los hombros. – Decidí que no me hallaba preparada para perder todo por lo que he trabajado, en particular cuando hay otras personas involucradas que se hundirían conmigo, y tú eras la única persona que ofrecía una solución. Pero eso no significa que me guste.

«Gustar» es una palabra pobre –musitó. – Prefiero «disfrutar» -sonrió. – Como lo harás.

Jamás –repuso con pasión. – Nunca en este mundo.

Te recomiendo encarecidamente que lo intentes –la estudió. – De ese modo te resultará mucho más fácil. En cualquier caso, no creo que sepas lo que te gusta.

¿Y eso qué se supone que significa? –el corazón le dio un vuelco.

Sé que sabrás descifrado –dijo con sequedad. – Y ahora ponte el abrigo. He decidido que cenaremos en el restaurante.

No quiero salir –desafió.

Te resultará más seguro –con una mirada devastadora la desnudó. – El impulso de llevarte a la cama y enseñarte varias

lecciones muy necesarias se vuelve abrumador –observó cómo la inundaba el rubor y asintió. – Además, es una buena política que nos vean en público. Puede que evite que tus acreedores vengan a aporrear tu puerta.

Sí –musitó insegura, enfadada por temblar. – Sí... lo imagino – bebió otro trago de café para serenarse. – ¿Tiene que ser... Ma Maison?

¿No te gusta?

Solía... ir mucho.

¿Con Piers? –suspiró.

Desde luego.

Y ahora vas a ir conmigo. Y pronto eso parecerá igual de natural.

Hay un restaurante italiano en Square...

Adie –cortó – no pienso perder el tiempo evitando lugares que has visitado con tu ex amante. La vida es demasiado corta. Recoge tu chaqueta.

Sí, mi señor –aceptó con amargura. – Tus palabras son órdenes.

Ya empiezas a entenderlo –rió. – Y date prisa, por favor. Tengo hambre.

Debería cambiarme –bajó la vista a la blusa y falda arrugadas.

Perfecto. Te esperaré aquí.

Pasó a su lado, pero al llegar a las escaleras, se volvió desde el primer escalón con la mano en la cadera.

¿ Quieres decir que no vas mirar? –imitó el asombro, con ojos desdeñosos.

Desde luego que lo haré, pero solo cuando yo lo decida. Aquí soy yo quien controla la situación, cariño, no tú. Intenta no olvidarlo. Así que no me tengas esperando ni me obligues a ir a buscarte, porque podrías lamentarlo de verdad.

No te preocupes –soltó por encima del hombro – no hay nada que pueda lamentar más que la actual situación.

No estés tan segura –manifestó con seriedad a su espalda.

Al llegar al dormitorio, tuvo la tentación de cerrar la puerta con llave, pero sabía que sería una pérdida de tiempo. Se miró en el espejo y tragó saliva al ver el rostro pálido y los ojos desolados.

La decisión de cambiarse de ropa había sido una excusa para escapar de la confrontación. Al encontrarse a solas con Chay había comprendido las implicaciones de su decisión. Hasta el momento, no la había tocado, pero eso iba a cambiar pronto. Y tendría que aceptarlo.

Y algo le advirtió de que él no iba a conformarse con una simple

aceptación. Después de todo, había aceptado ser su amante, su compañera en la pasión. Si Chay subía y la encontraba en ropa interior, con la vista clavada en el vacío, tal vez ni siquiera fueran a cenar.

Casi toda su ropa era de trabajo. La poca que tenía para salir la había comprado para Piers, ya que le encantaba arreglarse para él y oírlo murmurar su aprobación.

Nada parecía apropiado para la ocasión, salvo un conjunto que nunca se había puesto. Con una mueca, comprendió que lo había reservado para la siguiente visita de Piers.

Lo sacó y lo contempló. Era una blusa y una falda de un gris plateado con motivos en negro. La tenue falda llegaba hasta la rodilla y era ceñida, y la blusa era de manga corta con un escote pronunciado en forma de V. Demasiado marcado para el sujetador que llevaba. Buscó en el cajón otro más apropiado. Pero no tenía. «Al demonio», pensó y se puso la blusa sin sujetador.

Se maquilló con rapidez y destreza, luego se cepilló el pelo y se lo recogió con un pañuelo de seda negra. Se enfundó unos zapatos negros de tacón bajo, recogió el bolso a juego y una chaqueta negra de seda.

Al bajar, Chay se hallaba de pie en el umbral del salón.

Empezaba a impacientarme –comentó con las cejas enarcadas al observarla. – Ahora estoy impresionado.

No lo estés –soltó con brusquedad. – No me he vestido para ti. Estoy convencida de que ya todo el mundo habla de mis problemas económicos. De modo que, sin importar cuál sea el resultado de las negociaciones esta noche, no es mi intención parecer una perdedora.

¿Dudas de que nuestro trato se cierre para… satisfacción mutua? –se burló.

Hacen falta dos personas para cerrar un trato. Y tengo algunas condiciones.

Seguro que sí –se enderezó. – ¿Nos vamos?

Ma Maison no era muy grande. La atmósfera íntima y la calidad de la comida garantizaban que siempre estuviera lleno.

Adrien había esperado en secreto que les dijeran que no había sitio. Pero los recibieron con amplias sonrisas y los condujeron a una mesa aislada.

También había una cubitera con una botella de Moet et Chandon y dos copas de champaña.

¿Cuándo hiciste la reserva? –preguntó al sentarse.

Poco después de que te marcharas indignada de la mansión. Me complace haber juzgado bien la situación –añadió con tono suave.

Dios mío, estás seguro de ti mismo –dijo con los dientes apretados.

No. Solo soy bueno analizando las variables. Por eso he prosperado, mientras Piers se encuentra en Brasil con una mujer que no tardará en cansarse de él, aunque esté embarazada.

No quiero hablar de ese tema –bajó la vista al impecable mantel blanco.

Tonterías. Solo lamentas que no tenga fotografías. Puedes decirme que soy insensible, si lo deseas.

Canalla –lo miró.

Sonríe cuando lo digas. Nos están mirando –le pasó el menú. – Y no acepto que no tengas hambre –añadió. – Necesitas comer para anular los efectos de la botella de vino que te bebiste.

Gracias –dijo, dejando el menú sin mirarlo –. Tomaré un filete y una ensalada.

Como quieras. Tú te lo pierdes. Pero, ya que has venido a negociar, te vendría bien un poco de cooperación.

Tras un momento de silencio, Adrien se mordió el labio y recogió el menú.

Él tenía razón al decir que eran el centro de atención. Aunque debía reconocer que era Chay quien atraía las miradas de reojo y los comentarios apagados, no ella. Ya que eran las otras mujeres del restaurante las que miraban, en algunos casos con envidia.

A regañadientes tuvo que reconocer que exhibía una poderosa presencia física. El joven silencioso y más bien tímido hacía mucho que había quedado atrás. Y en ese momento los fríos ojos contenían un mundo de experiencia en su expresión burlona.

Quizá era eso lo que percibían las otras mujeres. Podía ser rico, pero jamás necesitaría el dinero como afrodisíaco, porque ya poseía un poderoso carisma sexual.

¿Has elegido?

Sí –musitó; le alegró que el menú la ocultara de él, para que no pudiera verle los ojos.

La comida era una especie de salvación. Una nota de normalidad en un mundo en transformación. Al final ambos pidieron una sopa de berros de primero, y de segundo Adrien optó por el pollo al limón mientras Chay se decantaba por el estofado. Incluso bebió un poco de champaña y escuchó la conversación ligera y divertida de él.

Varias personas se acercaron a la mesa para saludarla, una pareja de antiguos clientes y los demás simples conocidos, todos anhelando que les presentara a Chay.

Supuso que debía estar agradecida de no haber hecho nunca público ni oficial el compromiso con Piers. Desde luego, se había especulado con ello, pero nadie, aparte de Zelda, sabía que le había pedido que se casara con él.

Después de que les sirvieran el segundo plato y el vino, el camarero los dejó solos.

Y bien –comenzó Chay. – ¿Hablamos de negocios?

Quizá deberíamos –con dificultad tragó un trozo del delicioso pollo. – Por lo que dijiste esta tarde, estás dispuesto a pagar las deudas que he adquirido y a dejar que el resto de la restauración se lleve a cabo, si yo... me encuentro disponible para ti. ¿Es correcto?

Sí –las velas hicieron que sus ojos brillaran de forma extraña.

Bien... ¿cuánto tiempo va a durar... este acuerdo?

¿Perdón?

¿Semanas... meses... un año? –gesticuló con el tenedor. – ¿Cuánto tiempo antes de que consideres saldada la deuda: y me dejes ir?

Es difícil de evaluar –repuso tras una pausa. – Espero amortizar mi dinero.

Sí –convino con la vista clavada en el plato.

¿Has calculado el dinero que vas a necesitar?

Aproximadamente –planteó la cifra. Sonada exorbitante... y quizá lo fuera. Puede que incluso en ese momento él decidiera que no valía la pena.

Pero asintió impertérrito.

Será mejor que me des una lista completa de toda la gente con la que estás en deuda, y la cantidad respectiva. Le daré orden a mi contable de que transfiera el dinero a la cuenta que has estado empleando.

¿Cuándo? –preguntó.

Cuando hayas cumplido tu parte del trato, Adrien... y para mi completa satisfacción –le sonrió. – De modo que el tiempo depende por completo de ti.

No es justo. No puedo garantizar ser... lo que quieres... complacerte.

Vamos, cariño –se burló. – No me digas que el fuego que hay en ese pelo es solo malhumor. Estoy convencido de que Piers no pensaba eso.

Pero eso es completamente diferente –se envaró. – Yo... yo

amaba a Piers.

Y a mí me odias. ¿Es lo que intentas decir?

No puedes culparme.

Amor y odio, Adie. Caras opuestas de la misma moneda. Y en la cama, créeme, la distinción se puede tomar muy borrosa –hizo una pausa. – Pero he sido paciente mucho tiempo. Puedo esperar un poco más para que aceptes la situación.

Un año –indicó. – Pase lo que pase, debes dejarme ir en un año. Será mi límite máximo. ¿Lo aceptas?

Si es lo que deseas –se encogió de hombros. – ¿Se te ha ocurrido, Adie, que un año puede ser demasiado largo? ¿Que seis meses sería un objetivo más realista? Después de todo, me aburro con facilidad –agregó con suavidad. – Tu sufrimiento quizá termine antes de lo que imaginas.

Seis horas... seis minutos... serían excesivos para mí. Y quiero mi propia habitación... mi propio espacio. Un sitio donde pueda fingir que esto no sucede.

Puedes disponer de una suite entera. Pero la ocuparás en mi ausencia. Cuando me aloje en la mansión, compartirás mi vida y mi cama. ¿Entendido? –ella asintió en silencio. – Entonces, todo arreglado. Y ahora termínate el pollo antes de que se te enfríe.

Otro bocado me ahogaría.

Ya te gustaría.

¿Cómo sabes que no voy a vaciar la cuenta y a largarme? –inquirió despacio.

No lo sé. Cuento con que el aprecio que sientes por tus colegas y acreedores supere el resentimiento que me guardas. Si tú te fueras, el peso de la deuda recaería sobre ellos, y sé que no pretendes eso.

No –convino. – Maldito seas.

Mis muebles llegaran durante la semana –continuó con tono profesional. – Me gustaría que supervisaras su llegada y distribución, y que completes tu sobresaliente trabajo en la casa. No queda mucho.

Mencionaste personal...

Mi ama de llaves se reunirá conmigo. Me gustaría que contrataras a limpiadoras y jardineros locales. Si tienes algún problema, habla con mi contable. Se llama Sally Parfitt y puedes localizada aquí –le entregó una tarjeta de Haddon Developments. – Estaré en Bruselas hasta el fin de semana. Pero regresaré el viernes por la noche –hizo una pausa. – Y espero encontrarte allí, Adie. Amable y receptiva. Sin excusas.

Allí... estaré –aceptó con voz apagada. – Ya te lo he dicho.

Preferiría un poco más de convicción y compromiso. Aunque puedo esperar. ¿Quieres que cerremos el trato con un apretón de manos, en beneficio de nuestros espectadores?

Bajó la vista mientras los dedos de él se cerraban en torno a los suyos, pero luego alzó la cabeza sobresaltada cuando le dio vuelta a la mano y se inclinó para depositar un beso en su palma.

Durante un encendido momento sintió el aleteo de su lengua sobre su piel suave, y el cuerpo se agitó ante la fugaz intimidad del contacto Chay se irguió y sus ojos brillantes se posaron en los labios entreabiertos.

Tu sabor es como el paraíso –musitó. – Estoy impaciente por que llegue el viernes.

Yo no –las palabras apenas fueron audibles. Apartó la silla, se puso de pie y recogió la chaqueta y el bolso. – Buenas noches, señor Haddon –dijo con voz clara y serena. – Y... gracias. Será un placer trabajar para usted. Y que tenga buen viaje.

Con una sonrisa que abarcaba a los otros comensales, Adrien se dirigió a la puerta con la cabeza bien alta y salió al frío de la noche.

Capítulo 5

Jadeaba al llegar a la casa. Encendió la luz de todas las habitaciones con el fin de desterrar la oscuridad que parecía rodearla. La oscuridad que había llevado Chay Haddon.

Y aquella otra oscuridad inexplicable que había respondido al roce de su boca en su piel.

Tembló y pensó que la había pillado por sorpresa. Eso era todo. «Me sobresaltó. En el futuro estaré en guardia, y perfectamente sobria. Todo ese vino... y luego el champaña. Ese era el problema».

Asintió con vehemencia mientras iba a la cocina. Necesitaba otra taza de café. ¿Qué importaba si la mantenía despierta? Después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, dudaba de que pudiera dormir.

Puso agua a hervir cuando llamaron a la puerta de atrás. Zelda debió ver todas las luces encendidas y querría comprobar si se hallaba bien. Pero no sabía si podía hablar en ese momento, temía contar demasiado. Porque sin importar cuáles pudieran ser las consecuencias, Zelda le prohibiría que siguiera adelante. Lo sabía.

Guardó el bote con café y sacó el té de hierbas. Le diría que estaba cansada y que se estaba preparando algo caliente para beber antes de irse a dormir. Con eso la tranquilizaría. Abrió la puerta y se encontró frente a frente con el rostro serio de Chay Haddon.

¿Qué haces aquí? –preguntó con voz ronca.

No juegues –entró en la cocina y cerró a su espalda. – Fue una salida magnífica, Adie, pero no engañaste a nadie, y menos a mí. Estoy impaciente porque llegue el viernes y, por tu reacción, sospecho que tú también.

Lárgate de aquí –soltó con un nudo en la garganta. – Sal de mi casa.

No hablas en serio –movió la cabeza – y lo sabes. Sientes la misma curiosidad que yo... Te preguntas cómo será entre nosotros.

No –negó con desesperación. – Teníamos un acuerdo...

Es un mundo peligroso y en una semana pueden pasar muchas cosas. Quizá no regrese. Puede que, después de todo, tú huyas. Y necesito saberlo, Adie. Necesito saber cuánto tiempo mantendrás tus defensas después de quitarte la ropa. La sensación de tu cuerpo contra el mío. Si tu boca será miel... Como siempre he soñado – avanzó un paso y ella retrocedió, alzando las manos en un vano

intento por alejarlo.

Por favor…

¿Por qué no? –enarcó las cejas.

Es demasiado pronto –musitó –. Yo… no estoy lista.

Tarde… o temprano –se encogió de hombros. – ¿Qué diferencia hay? Diste tu palabra, Adie. ¿Reniegas de tu promesa?

No. Pero para el viernes habré tenido la oportunidad de asimilarlo. De prepararme.

No estoy de acuerdo –susurró. – Digo que es hora de dejar de pensar y… de empezar a sentir –dio otro paso y ella volvió a retroceder, pero la encimera la frenó. – Pobre Adie. No te queda adónde ir –se hallaba cerca, pero no la tocó. Ella casi podía sentir el calor de su piel, la tensión de su cuerpo musculoso. Lo miró, consciente de que las piernas le temblaban. – Cierra los ojos, cariño.

¿Por qué? –preguntó con voz espesa.

Porque es la primera barrera, y quiero eliminada.

Hizo que sonara razonable, y tras una pausa ella obedeció, sintiendo una debilidad que se extendió por todo su cuerpo a medida que lo inevitable de la situación invadía su mente consciente.

Iba a besarla, yeso no era nuevo. Fugazmente ya había conocido el contacto de su boca en la suya. Pero lo que seguiría estaría fuera de su experiencia, y notó que el pánico se cerraba en su garganta.

Chay alargó la mano y Adrien fue consciente de sus dedos en el pelo al apartárselo de la cara, antes de deslizarlos hacia su sien y bajarlos a su mejilla. El roce de sus dedos siguió el contorno del rostro, luego descubrió el leve hueco bajo la oreja, donde se demoraron para trazar una tentadora espiral. Con sorpresa, ella descubrió que casi era placentero.

Tanto como el movimiento delicado de su otra mano sobre su espalda, haciendo que la seda de la blusa temblara contra su piel.

Una excitación leve e insidiosa comenzaba a recorrerle el cuerpo, secándole la boca y desbocándole el corazón.

¿Por qué haces esto… por favor…? –preguntó con una voz que no le pareció la suya.

Sshhh –la boca tocó sus labios entreabiertos en una caricia tan fugaz que ella podría haberla imaginado. – No mires. No hables. Hablar es la segunda barrera.

Percibió la fragancia de la colonia que usaba… Cara pero elusiva. Lo suficientemente seductora como para tentarla a acercar la cara a su piel bronceada e inhalarla.

Pero con un jadeo comprendió que no podía permitirse más

tentaciones. No mientras permaneciera ciega y silenciosa en sus brazos, con el cuerpo que le hormigueaba al sentir los dedos que recorrían su piel y también excitación.

Un calor lento y sensual se extendía por sus venas, drogándola, bloqueando todas las sensaciones menos la sutileza de sus caricias.

Justo cuando creía que no podría soportar más, que tendría que suplicarle que parara, su mano descendió hasta detenerse en el ángulo de su hombro.

Ella emitió un sonido leve, que acalló al instante. Lo oyó susurrar:

Sí.

Introdujo los dedos en el escote de la blusa y apartó la tela tenue mientras le acariciaba el cuello con tanta minuciosidad que era como si lo estuviera grabando en su memoria.

Adrien fue vagamente consciente de que su postura había cambiado. Ya no se encontraba rígida en el círculo de su brazo, sino que se había apoyado un poco, permitiéndole sostenerla. Y bajo la seda de la blusa sus pechos se tensaban en anticipación del momento en el que él... Los pechos parecieron florecer con su contacto, con los pezones erguidos y ansiosos por el aleteo de sus dedos contra las cumbres duras.

Arqueó la espalda en gozo y exigencia sensuales, desterrados todos los pensamientos de resistencia. Sintió el borde de la encimera cuando la otra mano bajó hasta la esbelta curva del muslo.

Le dolían los pezones, encendidos por el placer. Quería que los besara, anhelaba sentir el bálsamo de su lengua.

Había separado un poco las piernas, invitándolo a la exploración, suplicándole que descubriera el intenso deseo fundido.

Respiraba de forma agitada, el labio inferior atrapado entre sus dientes en un intento por equilibrar el dolor de ese anhelo inesperado.

Y entonces, como un latigazo sobre sus sentidos, se terminó. Chay la soltó y con un movimiento hábil le alisó la ropa.

Creo que tienes visita –manifestó con voz ecuánime, casi inexpresiva, como si fuera un extraño con quien ella hubiera estado hablando del tiempo.

Al instante oyó la voz de Zelda desde el otro lado de la puerta de atrás.

Adrien... ¿estás ahí? ¿Te encuentras bien?

Al abrir y entrar, Chay se hallaba del otro lado de la cocina encargándose del agua, que ya hervía.

Oh –Zelda se sonrojó al verlo. – Lo siento. Vi todas las luces encendidas y me pregunté… no me di cuenta…

Está bien –la sonrisa de él fue relajada y encantadora, como si ella fuera la persona a la que quería ver en ese preciso momento. –De todos modos, ya me iba –añadió. – Solo tenía que… aclarar unos pocos detalles con la señorita Lander –se volvió hacia Adrien con expresión impersonal. – Creo que nuestra pequeña charla ha aclarado muchos las cosas, ¿no? Espero ansioso continuar la conversación el viernes. Por favor, no te muevas –añadió con presteza al verla avanzar un paso con los labios abiertos con indignación – Sabré encontrar la salida.

Sonrió a las dos y se marchó.

Bueno –comentó Zelda. – ¿De qué iba todo?

No sé a qué te refieres –repuso ella, evasiva, preguntándose si podría caminar sin que le cedieran las piernas. Su cuerpo se hallaba en shock.

¿A quién quieres engañar? Se puede cortar la atmósfera con un cuchillo.

Tonterías –logró llegar hasta el armario y sacó dos tazas y el bote con café. – Solo hablábamos de cosas de negocios.

Es el tipo de negocio que me gusta a mí –sonrió con expresión felina. – Así que ese es el nuevo Chay Haddon. En realidad, no ha cambiado mucho. Sigue siendo rubio y sexy, pero mucho más sociable –la miró detenidamente. – Tú también tienes buen aspecto. ¿No es tu nuevo traje?

Adrien se mordió el labio hinchado y sirvió el café.

Salimos a cenar. Pensé que lo mejor era que hiciera un esfuerzo, eso es todo.

Y bien… ¿funcionó? –inquirió con intensidad.

Supongo que sí –removió el café. – En cualquier caso, va a pagar el trabajo de la mansión, se encargará de todas las facturas… Y me dejará terminar el proyecto. No tendremos de qué preocupamos.

Oh, Dios –Zelda cerró los ojos. – Es Papá Noel –respiró hondo y volvió a mirarla con ojos penetrantes. – ¿Dónde está la trampa?

¿Por qué debería haber una? –le pasó una taza y bebió un sorbo de la suya.

Porque no creo en Papá Noel –repuso con tono lóbrego. –¿Dónde está el gusano en la manzana… la mosca en la miel?

Adrien titubeó. No tenía tiempo de inventar una historia, de modo que se conformaría con una verdad a medias.

Quiere que me traslade a la mansión –se encogió de hombros.

¿Por qué? –Zelda frunció el ceño.

No es nada nuevo –bebió otro trago de café, con la esperanza de que ocultara el rubor que la dominó. – Después de todo, llevo viviendo allí las últimas semanas.

Sí. Pero eso era cuando creías que Piers y tú se casarían y considerabas que la mansión te pertenecía a medias. Ya no es así. Y bien, ¿qué sucede?

Queda mucho trabajo por hacer –replicó. – Y él tiene sus propias ideas. Me quiere allí pata cerciorarse de que todo salga bien.

¿No puede hacerla él solo?

Viaja mucho. De todos modos, al pagarle a los obreros me ha salvado, de modo que quiere un favor al que no me puedo oponer. Se... se lo debo.

Espero que lo que interrumpí ahora no fuera simple agradecimiento por tu parte –dijo su amiga con ironía. – Pero no puede esperar ser tu dueño en cuerpo y alma. Recuérdalo.

No seas tonta –se obligó a sonreír.

Aún no podía creer en la reacción que había tenido. Él solo le inspiraba desagrado y desdén, sin embargo, dejó que hiciera lo que quisiera sin protestar y, de no ser por la llegada de Zelda, lo más probable era que en ese momento se hubieran entregado al sexo.

«Soy tan mala como él», pensó.

Adie –dijo Zelda con voz suave – si no quieres aceptar la oferta de Chay Haddon, dilo ahora. Nos arreglaremos de algún modo. No es demasiado tarde.

«Lo es», contradijo en silencio. Fue demasiado tarde desde el momento en que lo vio de pie en el jardín, contemplando la casa.

Todo está bien –alzó la barbilla. – Vivir en la mansión no será muy cómodo; pero se trata de una medida temporal. Pronto, muy pronto, la vida regresará a la normalidad.

Deseó poder creer en sus palabras.

«Solo unas pocas horas más», pensó Adrien mientras conducía hacia la mansión. Cuando el día terminara, su vida habría cambiado para siempre. Había sido una semana extraña. Los días cortos mientras trabajaba y las noches demasiado largas.

A pesar de sus intentos, no había sido capaz de olvidar su encuentro con Chay, ni perdonarse. Algo le decía que iba a pagar muy caro por esos momentos de traición hacia sí misma en los brazos de Chay.

Al mirar hacia atrás, podía ver que la determinación de Piers de postergar la consumación física de su relación hasta que se casaran no había sido un acto de caballerosidad romántica.

Con tristeza, pensó que tenía que convencerla para que restaurara la mansión. Eso era lo máximo a lo que pensaba llegar. El resto había sido su imaginación.

Había estado enamorada de él, pero, para su vergüenza, ni uno solo de sus abrazos la había agitado jamás como el más leve de los contactos de Chay.

Tembló. ¿Cómo había podido Chay ejercer tanto poder sobre ella y con tanta facilidad? Era como si la hubiera hechizado.

No obstante, se prometió con decisión que la próxima vez no iba a encontrar sus defensas mentales y emocionales tan frágiles.

Por el día, le había resultado más sencillo. Todos los contratistas habían vuelto al trabajo, presumiblemente con la garantía de Chay Haddon de que iban a cobrar, y aunque algunos le habían dirigido miradas curiosas, nadie mencionó los cheques devueltos, ni siquiera al nuevo propietario. Al menos no ante ella.

Incluso en ocasiones había conseguido relegar a un rincón de su mente el precio que había tenido que pagar por el abandono de Piers. Hasta que surgía algo que le recordaba la nueva situación, y lo íntimamente que se había involucrado en ella.

La llegada de la compañía del teléfono para instalar líneas nuevas había sido lo primero, y luego había aparecido un cargamento de equipamiento de oficina de alta tecnología. Y para ese día le habían dicho que esperara una nueva remesa de muebles.

La primera había arribado el día anterior. Había observado a los encargados del porte meter sillas y sofás, de piel y tapizados con brocados de color zafiro, marfil y jade. Habían quedado bien en el entorno formal del salón, pero no había estado de humor para admirar el gusto de Chay.

También había notado que las camas eran nuevas y ostentosamente grandes mientras indicaba dónde debían ponerse.

Había elegido una de relativa pequeñez para su cuarto, un dormitorio con una ducha pequeña y un salón adyacente, situado en el extremo opuesto de la suite de él.

Ese día iba a terminar de amueblar su rincón. Había llevado una mecedora de su casa, pero aún necesitaba una cómoda y una mesilla.

Dentro de la casa, los contratistas limpiaban y se preparaban para marcharse. Le había sorprendido el trabajo que habían conseguido sacar adelante últimamente, hasta que se enteró de que Chay Haddon les había prometido una bonificación si terminaban a tiempo.

Entró en la cocina y puso a hervir agua, luego recogió la llave

del sótano y bajó a investigar los muebles que allí había descartado Piers.

En el pasado el sótano había sido el orgullo de Angus Stretton, aunque en ese momento parecía más un cuarto trastero. Encendió la luz; la colección de vinos era lo primero que Piers había sacado a subasta.

«Eso tendría que haberme advertido de que andaba escaso de dinero», pensó con un suspiro. «Pero le creí cuando dijo que no quería vivir en el pasado».

Avanzó con cuidado, ya que todo el lugar estaba lleno de polvo y las arañas habían encontrado una residencia palaciega. Comenzó a investigar entre las sillas, los taburetes y alguna que otra mesa. Una de las primeras cosas que encontró fue el escritorio pequeño que otrora había estado en el saloncito, con una de sus delicadas patas arrancada.

Aunque se podía arreglar con facilidad. Quizá debería hacer un inventario de todos los objetos que había allí abajo.

Debajo de una caja con tazas y platos sueltos encontró una mesa circular de caoba, rayada pero por lo demás intacta, y una silla a juego a la que había que cambiarle el asiento. Cerca dio con una cómoda de tres cajones, también de caoba, a cuyo cajón inferior le faltaba el tirador.

Logró subir la mesa pequeña por los escalones del sótano y estaba recuperando el aliento cuando una voz dijo:

¿Señorita Lander?

Vio a una mujer pequeña y más bien regordeta enfundada en un traje azul marino, con el pelo gris bien peinado y unos brillantes ojos oscuros.

Soy Jean Whitley –anunció. – Creo que conocía mi llegada.

Sí, desde luego. Hmm... Bienvenida a la mansión Wildhurst.

Sin duda es una casa hermosa –la señora Whitley miró alrededor. – Comprendo porqué el señor Haddon se siente tan atraído por ella –asintió y recogió la maleta de cuero que tenía a su lado. – Si es tan amable de enseñarme mi habitación, iré a establecerme. El resto de mis cosas está en el coche –miró su reloj. – El almuerzo estará listo en una hora y media, señora. Me temo que solo sopa y sándwiches, pero esta noche habré recuperado la normalidad –observó la mesa. – ¿Dónde va eso?

A mi habitación. También hay unas cosas más –informó Adrien. – Voy a pedirle a uno de los trabajadores que las suba.

Seguro que habrá que limpiarlas –la señora Whitley chasqueó la lengua. – Es una pena dejar que unos objetos tan bonitos se

estropeen. Pero eso ha llegado a su fin –volvió a asentir con vehemencia. – ¿Dónde voy a dormir?

Adrien la llevó al pequeño e independiente apartamento que había en la segunda planta, que por lo general siempre habían ocupado los empleados de la mansión.

«Me pregunto si sabrá que Chay vivió aquí?», se cuestionó mientras bajaba, sintiéndose como atrapada en un torbellino.

El almuerzo consistió en sopa casera de verdura y sándwiches de salmón ahumado.

Estaba delicioso –manifestó Adrien con sinceridad cuando la señora Whitley fue a recoger la bandeja.

No ha sido más que un refrigerio –bufó el ama de llaves y estudió la silueta esbelta de Adrien. – Necesita comer, señorita Lander –añadió antes de retirarse.

Observó su reflejo en la ventana del salón. La semana de comidas desordenadas y noches de sueño inquieto había hecho que sus pómulos sobresalieran y ensombrecido sus ojos. Con ironía pensó que tal vez Chay le echara un vistazo y decidiera que no le interesaba.

La furgoneta con los muebles va a aparcar, señora –anunció el ama de llaves al asomarse por la puerta. – El señor Haddon indicó que usted le diera las órdenes a los transportistas, ya que sabe dónde va todo.

¿Que yo lo sé? –repitió desconcertada, siguiéndola al vestíbulo. – No lo entiendo –pero no tardó en comprenderlo cuando bajaron con cuidado las primeras piezas y las introdujeron en la casa. – Si son las cosas del señor Stretton... –musitó aturdida. – La vitrina... Y la mesa y las sillas. Y ese es su gran escritorio, el que estaba en la biblioteca –movió la cabeza. – Es imposible.

No si se sabe dónde buscar, señora. Y el señor Haddon insistió en tener la casa como en los viejos tiempos.

Adrien sintió un nudo en la garganta. «Incluso ha recuperado las antiguas alfombras y la mayoría de los cuadros»

Adrien abrió la caja más cercana y observó el tablero de ajedrez de Angus Stretton, con sus cuadrados de marfil y caoba resplandecientes. Al lado estaba la caja con las fichas. Se preguntó cuántas veces había visto al señor Stretton y a su padre sentados frente a frente en el estudio, concentrados en la partida. Era el mismo tablero donde ella había aprendido a jugar.

«No es solo la casa... o yo», reflexionó, sintiendo frío. «Quiere todo el legado de Piers. No se le ha pasado ni el más mínimo detalle. Debió esperar años. Y esta es su venganza... contra los dos».

Alzó la cabeza y pensó que era absolutamente despiadado. «Y no tardará en venir por mí».

Capítulo 6

Realmente no tienes porqué hacerla –comentó Zelda.

Adrien cerró la tapa de su maleta. Había sido casi de noche cuando al final los muebles quedaron colocados y fue libre para ir a su casa a buscar sus cosas. Algo que había dejado para el último minuto.

Oh, sí que lo haré –repuso con ligereza. – Santo cielo, cuando me fui allí no le diste importancia.

Era diferente. Lo sé y tú no quieres reconocerlo.

Bueno, no te muestres tan sombría –levantó la maleta de la cama. – Regresaré antes de que te des cuenta. Después de todo, esta es nuestra base de trabajo. Además, he de ver al cachorro de Smudge.

Adie, dime que no lo haces para que me hijo pueda tener un perro.

Es trabajo –afirmó. – Simplemente otro encargo. Algo temporal. No te preocupes.

Cuando Zelda se marchó de mala gana, Adrien trasladó la maleta al jeep. No había guardado muchas cosas, en parte porque tenía pocas cosas, y casi ninguna adecuada para la amante de un magnate.

Al regresar a la mansión, encontró la cama de su habitación hecha, dos bonitas acuarelas en las paredes de su salón y el mobiliario que sacó del sótano limpio y encerado. Había un cojín en la mecedora y un jarrón con rosas en la mesa. La señora Whitley incluso había tenido tiempo para fijar tiradores nuevos en los cajones

Todo está precioso –comentó ella.

El señor Haddon recalcó que debía cerciorarme de que se hallara a gusto y tuviera todo lo que necesitaba –afirmó con la cara iluminada. Miró la hora. – He de ir a preparar la cena.

No tardó mucho en sacar sus cosas. Le resultaba perturbador caminar por la casa y verla casi igual que en tiempos de Angus Stretton. Para una niña pequeña había estado llena de tesoros. Y en todo momento Chay había estado allí, una presencia silenciosa y atenta en la periferia de su visión.

El señor Stretton había sido bueno con él. Debió romperle el corazón descubrir que era un ladrón.

«Gracias a Dios que jamás podrá ver que ha ocupado su lugar y lo ha robado todo», pensó con amargura.

La tarde parecía interminable, avanzando lenta pero inevitablemente hasta el momento del regreso de Chay. Intentó mantenerse ocupada con el ordenador del despacho para trazar un nuevo diseño para el jardín, pero llegó un momento en que le dio la impresión de que las paredes se cerraban sobre ella. Miraba el reloj cada segundo. Al final decidió ir a dar un paseo.

Caminó entre los árboles sin pensar en el sitio donde estaba la casa del árbol. Debía descartar esa parte de su infancia, a pesar de que la sensación de traición siempre la acosaría.

Lo que Piers le había hecho era infinitamente peor, pero un instinto le decía que su partida no permanecería tanto tiempo en su mente. Lo cual no tenía sentido.

Se recordó que lo que debía preocuparle era el presente.

Regresó a la casa una hora más tarde, y la señora Whitley salió a su encuentro con un aire de leve reproche

Llamó el señor Haddon –anunció. – Se ha visto un poco retrasado, de modo que he postergado la cena a las ocho y media – hizo una pausa. – ¿Quiere que le prepare el baño, señora? ¿Tal vez que le lleve una copa de jerez?

«Dios mío», pensó. «Cree que voy a representar el papel en su totalidad y prepararme para la vuelta del señor». Le sonrió.

Gracias, pero me daré una ducha rápida. Y cuando baje, tomaré una copa de vino blanco... Me gusta el Chardonnay.

Como desee, señora, desde luego. Pero pensaba...

Estoy segura –cortó y subió las escaleras.

Entró en la habitación y cerró la puerta con innecesaria fuerza. Se duchó y se lavó el pelo, luego se puso unos vaqueros blancos y un jersey negro de cuello vuelto antes de recogerse el pelo. Se aplicó una crema hidratante, algo de rimel en las pestañas y un toque de lápiz de labios claro.

Se observó con ojo crítico y le gustó su aspecto. Era lo máximo que pensaba hacer.

Bajó a regañadientes al salón. Las lámparas estaban encendidas y el fuego ardía en la chimenea, desterrando el frescor de la noche. Toda la estancia parecía darle la bienvenida. Se sentó en un sofá y pensó que la única nota discordante era ella.

Al llegar el momento de la verdad experimentó tensión en su interior. Podía racionalizar sus actos hasta el día del juicio final, pero la verdad era que esa noche debía pagar una deuda. Y la transacción tendría lugar en la cama de Chay. En sus brazos.

Y no supo si sería capaz de soportarlo. Pero no le quedaba más remedio.

Agradeció el vino que encontró enfriándose en una mesa lateral. Le refrescó la garganta seca, aunque no iba a beber mucho. Eso había causado los problemas la última vez, y no podía arriesgarse a volver a perder el control de esa manera.

Mientras se preparaba, había tomado una decisión seria. Chay tendría acceso a su cuerpo, por lo que había pagado, pero a nada más. Porque su corazón y su alma solo le pertenecían a ella. Era la única manera en que podía sobrevivir, divorciándose de todo menos del acto físico.

La señora Whitley entró con una sonrisa.

El señor Haddon ha regresado, señora. Ha subido a cambiarse. Quizá quiera usted subirle su copa. Bebe whisky con un poco de agua mineral –agregó con tono confidencial.

Calló a la expectativa, y Adrien, cuyos labios habían empezado a formar una furiosa negativa, contuvo las palabras y cedió.

«Así es como comienza», pensó. No tenía sentido que protestara. Después de todo, era lo que había aceptado. Tragó saliva.

Muy bien –repuso con voz plana, y aceptó la pesada copa que la señora Whitley le tendió.

¿Aún desea que sirva la cena a las ocho y media, señora? –la pregunta era delicada, pero las implicaciones resultaban claras, y Adrien sintió que el rostro le ardía.

Sí, será perfecto, gracias –repuso con frialdad y se dirigió hacia la puerta.

Las piernas le pesaban como el plomo al subir los escalones y caminar por el pasillo hacia el dormitorio principal. Llamaría, dejaría la copa en la mesilla y luego se marcharía.

Golpeó con suavidad y abrió una fracción. El dormitorio parecía vacío; oyó el sonido de agua desde el cuarto de baño.

Cruzó en silencio la habitación. Estaba a punto de dejar el whisky junto a la cama cuando Chay habló a su espalda.

Buenas noches.

Adrien se sobresaltó con violencia y vertió unas gotas de la bebida sobre la alfombra, después se volvió con cautela para mirarlo.

Se hallaba en el umbral de! cuarto de baño, secándose los hombros y los brazos. Aparte de otra toalla que le cubría las caderas, estaba desnudo.

Me... me has sobresaltado –musitó.

Parece que es una costumbre –repuso con sequedad, mesándose

el pelo mojado. – Y tú misma eres una sorpresa. ¿Esa copa es para mí? Qué considerada.

No lo es... Quiero decir, yo no... –tartamudeó, consciente de su expresión divertida. – La señora Whitley me pidió que te la trajera.

Ah –murmuró. – Jean siempre ha tenido una vena romántica –la voz sonó risueña, y algo más, difícil de definir.

Arrojó la toalla con la que se había secado el pelo al cuarto de baño y avanzó un paso. Adrien se quedó paralizada.

Adie, voy a peinarme. Eso es todo. Y quizá te consuele saber que jamás acoso a las mujeres con el estómago vacío. Estás a salvo hasta después de cenar.

Canalla... ¿Cómo te atreves a reírte de mí?

Intentaba tranquilizarte, ya que parece que verme te ha convertido en piedra –se dirigió a la cómoda y recogió un peine. – Tendrás que acostumbrarte, Adrien.

¿A qué?

A tenerme cerca... con o sin ropa –la observaba a través del espejo. – Acércame la copa, por favor... y salúdame de forma apropiada.

Aceptó con renuencia, con un nudo en el estómago y la boca seca. Chay aceptó la copa y la dejó en la cómoda, luego sus dedos se cerraron en torno a su nuca y la hizo aproximarse.

Ya podrás fingir tu orgasmo luego, cariño –musitó. – De momento, finge que te alegra verme –su boca se apoderó de la de ella.

Permaneció en el círculo de sus brazos, luchando contra el movimiento gentilmente insidioso de sus labios, el cuerpo tenso como un arco bajo e! diestro contacto de sus manos. Chay alzó la cabeza y la contempló con ojos brillantes.

Te dije que esperaría el valor de mi dinero, Adrien. Hasta el momento no te has ganado ni un centavo. Relájate –con una mano le quitó las hebillas del pelo para dejar que cayera sobre sus hombros. Luego le tomó las manos y las colocó en sus hombros. – Tócame –dijo despacio.

Ella tragó saliva y obedeció, extendiendo los dedos sobre la piel suave, sintiendo los duros músculos. Chay volvió a besarla más profundamente, separándole los labios reacios para explorar la dulzura de su boca con la lengua.

Bajó las manos hasta sus caderas y la pegó a él con el fin de que experimentara la fuerza y el poder encendido de su excitación.

Las capas de tela que los separaban no representaron ninguna barrera. La respiración de Adrien se aceleró y cerró los ojos.

Cuando él volvió a levantar la cabeza, sonreía levemente.
No va a resultar tan imposible como crees –comentó.
Adrien lo miró. Sentía un mareo extraño, como si hubiera ingerido una droga poderosa.
Te odio –musitó con voz trémula.
Puedo vivir con eso –asintió impasible. – Al menos no afirmas haberte enamorado locamente de mí. Porque eso podría ser un problema serio. Y déjate el pelo suelto –ordenó cuando ella se agachó para recoger las hebillas. La miró con sarcasmo. – Me dará algo sobre lo que fantasear contigo mientras me visto.
¿Puedo irme ya? –preguntó con ojos centelleantes.
La elección, como siempre, es tuya, cariño –alzó la copa de whisky y realizó un brindis burlón. – Pero si te quedas, la cena se podría retrasar indefinidamente. Mi apetito parece haber cambiado –bebió un trago y volvió a dejar el vaso. Despacio, se quitó la toalla que le rodeaba la cintura. – Y bien, Adie –no apartó la vista de ella – ¿qué será?
Ella jadeó indignada y giró en redondo, dirigiéndose hacia la puerta. Para su mortificación, al huir oyó la risa de él que la seguía.
Unos veinte minutos más tarde, aún seguía agitada, sentada con el cuerpo tenso en el borde de uno de los sofás.
Desesperada, se preguntó cómo podía hacerle eso. ¿Cómo era posible que, durante un fugaz momento, no más de un segundo, se hubiera visto tentada? ¿Que, para su vergüenza, se hubiera preguntado cómo sería tener esa potente fuerza masculina insertada en su interior...?
Chay Haddon había evocado esa inesperada curiosidad sexual en ella. Había iniciado de forma deliberada esa necesidad de conocer...
Maldito sea –musitó. – Oh, maldito sea.
Espero no haberte hecho esperar -la observó desde el marco de la puerta.
Por favor, no te disculpes –alzó la barbilla con insolencia. – Debió de ser toda una fantasía.
La mejor –se dirigió hacia le mesa de las bebidas y rellenó su copa. – Recuérdame que algún día la comparta contigo –indicó la botella de Chardonnay. – ¿Quieres un poco más?
No... Gracias.
Inteligente decisión.
¿Me quieres sobria? –enarcó las cejas.
No necesariamente. Pero consciente sería de agradecer –se sentó en el sofá que había del otro lado de la chimenea.
Se había vestido de manera informal, con un conjunto vaquero, la

camisa abierta para revelar la leve sombra de vello en el pecho. Se había remangado y mostraba unos antebrazos bronceados...

Veo que sigues aquí –comentó al reclinarse contra el respaldo.

¿Lo dudabas? –clavó la vista en su copa vacía.

No estaba del todo seguro –sonrió. – Es uno de tus grandes encantos, Adie. Tu capacidad para sorprenderme.

Debo tratar de ser más predecible –espetó.

Acabas de serlo –murmuró, y ella dejó de morderse el labio. Reinó el silencio mientras él bebía su whisky y echaba un vistazo alrededor de la habitación. – La casa está estupenda. Gracias.

No me costó conseguirlo –se encogió de hombros. – Tengo una buena memoria.

Aunque selectiva –susurró él.

Parece que tú también tienes una buena memoria –continuó obstinada, sin prestar atención a su interrupción. – No has olvidado nada. ¿Cómo demonios lo conseguiste? –emitió una risa breve y áspera. – Debiste seguir a Piers durante semanas.

No fue necesario. Sabía lo que iba a hacer y los probables mercados a los que recurriría. Después de eso, resultó muy sencillo

Un botín fácil –soltó. – Como todo lo que le has quitado. No tenía ni una oportunidad contigo.

No le apunté con un arma –bebió un trago. – Eligió vender. Y me sorprende un poco que sigas defendiéndolo.

No lo defiendo –negó Adrien. – Lo que pasa es que no entiendo porqué tuviste que ir a todas las tiendas de antigüedades en busca de los muebles de Angus. ¿Qué intentabas demostrar?

Nada. Solo quería que las cosas regresaran al sitio que les corresponde. Pensé que, si él lo supiera, se sentiría complacido –hizo una pausa. – Pensé que tú también te alegrarías.

¿De que las hubieras rescatado? ¿Cuando abusaste del techo que te brindó? ¿Cuando te prohibió que volvieras a su casa por ser un ladrón? –movió la cabeza. – Creo que se sentiría asqueado al saber que estás aquí... Fingiendo ser el señor de la casa.

¿Es lo mismo que sientes tú?

Sus ojos se encontraron a través del espacio que los separaba. La mirada de él era como hielo gris, pero había algo más oscuro, profundo, que le aceleró el corazón, haciendo que fuera la primera en apartar la vista.

¿Qué otra cosa podría sentir? –declaró.

Entonces es una pena –musitó. – Porque aquí soy el señor... No lo dudes, Adrien –dejó que asimilara sus palabras y observó cómo la confusión le dilataba las pupilas. – Y ahora –continuó con frialdad –

no necesito esta conversación, ya que he tenido un día muy duro y un viaje pesado –se bebió el resto del whisky y se puso de pie. –¿Cenamos… o planeas una huelga de hambre?

Durante un momento descabellado, a ella se le pasó por la cabeza. Huir y refugiarse en su cuarto. Pero algo le indicó que la seguiría y que eso podría precipitar un desastre que la acosaría el resto de su vida.

«No quiero que sea con ira», pensó al tragar saliva de forma compulsiva. «No… no podría soportar que me tomara con ira».

Se levantó con la cabeza erguida, porque no quería que percibiera el pánico que anidaba en su interior, y lo siguió en silencio al comedor.

Capítulo 7

Las hojas centrales habían sido quitadas de la gran mesa del comedor y las velas proporcionaban una atmósfera más íntima. Pensó que la señora Whitley era una mujer decidida. O quizá tuviera órdenes...

Chay apartó la silla para Adrien y luego se sentó.

La señora Whitley había preparado una cena deliciosa. Paté casero, seguido de pato con una salsa de cerezas, para terminar con creme brúlée.

Para su sorpresa, Adrien descubrió que disfrutaba de la comida y del clarete que la acompañaba. Era irónico que su apetito hubiera elegido ese día para regresar.

No fue una cena silenciosa, aunque Chay inició casi toda la conversación, hablando de su viaje a Bruselas y de los problemas con la burocracia europea.

Con cierta melancolía, ella pensó que en el pasado siempre habían podido hablar. «Pero eso fue cuando era niña y mis conocimientos eran limitados. Cuando confiaba en él. Antes de que todo cambiara...»

Se preguntó cómo se sentiría si acabaran de conocerse por primera vez. Si en ese momento se encontrara con él por deseo propio, sin la sombra del pasado.

Pero no podía permitirse pensar eso. Era estúpido... y peligroso. Tembló.

¿Tienes frío? –no se le escapaba nada.

No... estoy bien –la dominó el alivio cuando la señora Whitley llevó el café y el coñac.

Se retiró después de desearles buenas noches.

Es muy discreta –comentó Adrien tras una pausa. – Aunque imagino que ha tenido mucha práctica.

¿Qué quieres que diga? –Chay suspiró. – ¿Qué he sido célibe todos estos años? No sería verdad.

Y, desde luego, eres la encarnación de la sinceridad –soltó con amargura.

Pero tampoco ha habido una procesión constante de mujeres en mi vida –continuó como si ella no hubiera hablado. – Una gran parte de mi tiempo ha estado ocupada por el trabajo... Para conseguir establecer la empresa tanto en el extranjero como aquí.

Oh, no olvidemos ni por un instante el éxito que has logrado –ironizó. – Sin embargo, en los viejos tiempos no parecías especialmente ambicioso.
Quizá aún estuviera decidiendo qué quería ser –se encogió de hombros.
Y descubriste que era la herencia de Piers.
A Piers lo único que le ha interesado siempre han sido los valores vendibles –sonrió con frialdad. – ¿Es que aún no lo has comprendido?
Tenía problemas y le pusiste una pequeña fortuna delante. ¿Qué se suponía que debía hacer?
En su lugar, yo no habría vendido –con más gentileza añadió: – y tú tampoco, Adrien.
El modo en que su voz se demoró en su nombre le provocó un extraño escalofrío.
¿Llevamos el café al salón? –inquirió él.
Aquí se está bien... ¿no? –se humedeció los labios secos.
¿Te refieres con dos metros de roble sólido separándonos? –preguntó divertido. – Créeme, cariño, la barricada que intentas levantar en esa mente obstinada que tienes es mucho más efectiva.
No sé de qué hablas –se ruborizó.
No mientas, Adrien –se adelantó. – En este momento, tu corazón y tu cuerpo libran una batalla. Por eso me lanzas veneno cada vez que respiras.
Es imposible que sea porque no te encuentro atractivo, ¿verdad? –dijo con sarcasmo.
En ese caso, ¿por qué no te pones sujetador en mi presencia?
¿Có... cómo te atreves? –jadeó. – Hago lo que quiero.
Pero no todo el tiempo –le sonrió. – Llevabas sujetador el primer día, pero no después... cuando salimos a cenar. Lo noté –sonrió al recordarlo. – Y esta noche tampoco lo llevas. Es interesante, ¿no crees?
Solo en una mente tan sucia como la tuya –espetó.
Vamos, Adie, qué pequeña hipócrita eres –recogió la taza de café y se levantó. – Voy a ir a sentarme en mi nuevo salón y a escuchar un poco de música. Te sugiero que te vayas a la cama. A tu propia habitación –agregó.
Pero pensé... –se quedó boquiabierta. – No entiendo.
¿Qué hay que entender? –Chay se encogió de hombros. – Libras tu propia guerra, cariño, y aunque siento interés por el resultado, esta noche no tengo la paciencia necesaria para verme involucrado en ella. Algo que deberías agradecerme. Como he dicho, he tenido un

día horrible, y no pienso convertir mi cama en un campo de batalla. Así que, cuando termine el combate, hazme saber qué lado ganó… Tu mente o tu cuerpo. Porque es importante –se detuvo camino de la puerta y giro con expresión implacable. – y perdóname por no darte un beso de buenas noches, cariño. Creo que es mejor que mantenga la distancia, o quizá olvide mis modales y te demuestre que esa mesa no es la defensa contra la pasión que tú crees que es. ¿Me entiendes?

Le hizo un gesto de remota cortesía y se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Ella se quedó sentada, tratando de darle algún sentido a lo que acababa de ocurrir.

Lo que predominó fue la incredulidad. Toda la noche había estado flirteando con los ojos, la voz, la sonrisa. Había dado por hecho que le ofrecería una expresión más física en poco tiempo y había estado preparándose para ofrecer una resistencia pasiva. Pero de repente se encontraba… con nada.

¿Qué clase de juego tramaba?

No debería hacer ninguna pregunta. Apagó las velas y caminó despacio hacia la puerta. Debería estar agradecida. Pero la gratitud no parecía predominar en su turbulencia interior.

Al cruzar el vestíbulo oyó música que salía del salón. Rachmaninov, no el frío jazz que había esperado.

«Sé sincera, Adie, ya no sabes qué esperar». Subió a su habitación. Sola.

Esa noche volvió a soñar con la casa en el árbol. El mismo sueño de siempre, donde se arrodillaba sobre ásperas planchas de madera, y, aterrada, se asomaba por el borde para mirar abajo. Pero el suelo, a cientos de metros, estaba cubierto por las nubes y la bruma, y supo que buscaba una seguridad, una reafirmación, que ya no existían. También que no era solo el aislamiento o la distancia del suelo lo que la asustaban…

Despertó sobresaltada con lágrimas en los ojos. Se sentó temblorosa y miró la hora. Apenas era la una de la mañana.

Bebió un poco de agua del vaso que tenía en la mesilla, luego se levantó de la cama y se sentó en el sillón delante de la ventana.

Acomodó los pies bajo las piernas, apoyó la frente sobre el frío cristal y clavó la vista en la oscuridad.

Llegó a la conclusión de que era el momento de darle descanso a algunos fantasmas, de obligarse a recordar con exactitud lo que había sucedido tantos años atrás. Si era capaz.

A pesar de lo joven que era, había percibido la hostilidad entre

Chay y Piers desde el día en que el recién llegado apareció en la mansión, algo que la había angustiado. Chay había sido su amigo, pero Piers era estimulante, casi un alienígena, con su ropa cara y su fácil encanto.
Así que tú eres la magnífica jugadora de ajedrez –la saludó en su primer encuentro. – Mi tío me ha hablado de ti. He de andar con cuidado.
Y cuando jugaron y ella ganó, la alabó de manera extravagante, haciéndola feliz. Cada vez que fue al mansión después de aquel día, él la buscó y se comportó como si fuera la única persona a la que quería ver.
Se esforzó al máximo por unir a los dos jóvenes. Deseaba que se cayeran bien para no sentirse desleal cuando Piers monopolizaba su compañía. Pero Chay se mantuvo distante.
Y no fue por culpa de Piers. Era evidente que se hallaba interesado en Chay, ya que no paraba de hacerle preguntas sobre él. Y al final Adrien sucumbió a su presión y le mostró la casa en el árbol.
En el acto supo que había sido un error. Permaneció de pie, incómoda y nerviosa, mientras Piers examinaba todo con ojos desdeñosos y hurgaba en la preciada lata de galletas, arrojando los ordenados dibujos al suelo de madera.
Prismáticos –los recogió. – Y buenos. ¿De dónde los habrá sacado?
Se los dio el señor Stretton –Adrien miró con gesto aprensivo hacia la entrada. – Bajemos, por favor. Chay se enfadará si nos encuentra aquí. Es su lugar especial.
Chay no tiene derecho a ningún lugar –algo en su voz la asustó. – No es nada... Solo el hijo del ama de llaves –miró los prismáticos. – Y en cuanto a esto... –echó el brazo para atrás y los tiró contra los árboles cercanos.
Ella oyó que se rompían al caer.
Los has roto –gimió con voz ahogada y comenzó a bajar. Pero al llegar al suelo Chay la esperaba, con el rostro pétreo y los ojos con expresión de amargura, cólera y condena. Ella intentó decir algo, pero él la cortó.
Vuelve a la casa, Adie. Ahora.
Corrió con la cara llena de lágrimas A su espalda, oyó voces enfadadas, luego los sonidos violentos de una pelea. Al salir de entre los árboles vio a su padre de pie con Angus Stretton en la entrada del jardín de la cocina, buscándola. Llegó a su lado sin aliento.
Chay y Piers se están peleando –soltó entre sollozos. – Oh, haced que paren... por favor.

Yo me ocuparé de ello –dijo el señor Stretton con voz lúgubre y emprendió la carrera.
Será mejor que nos vayamos a casa –indicó su padre, tratando de hacerla andar, pero ella se resistió.
No, papá, por favor. Quiero ver a Chay. Quiero comprobar que no está herido.
Los observó salir de los árboles con Angus Stretton detrás de ellos. Piers, con expresión airada, exhibía un labio partido y la camisa desgarrada, mientras Chay, que miraba al frente, tenía un ojo hinchado.
Adrien se soltó de la mano de su padre y corrió hacia él.
Chay. Chay, lo siento. No quería que pasara esto.
Él no la miró y al hablar su voz fue poco más que un susurro.
Aléjate de mí, Adie, y no te vuelvas a acercar. Te lo advierto.
Tumbada en la cama aquella noche, pensó que tenía que verlo. Debía hablar con él y explicarle lo que pasó. Decirle cuánto lamentaba que su lugar secreto hubiera sido mancillado.
A la mañana siguiente le dijo a su madre que iba a jugar con una compañera del colegio que vivía en el otro extremo del pueblo, luego partió en bicicleta y fue a la mansión por el camino posterior.
Dejó la bicicleta en el patio de atrás y se dirigió al bosque, con la esperanza de encontrar allí a Chay.
Al llegar al árbol el cielo se había oscurecido y lloviznaba. Por lo general él la ayudaba a subir, pero en esa ocasión no obtuvo respuesta al llamar, de modo que tuvo que subir como pudo y los pies le resbalaron en los peldaños húmedos.
Decepcionada vio que él ya había estado allí, pues todas sus cosas habían desaparecido. La pequeña estructura parecía desierta y abandonada. Lo único que quedaba era un dibujo, partido por la mitad y boca abajo sobre el suelo.
Al recogerlo se dio cuenta de que era un boceto de ella, tumbada boca abajo con la barbilla apoyada en las manos. Ni siquiera había sabido que la dibujaba, y con desolación pensó que había desterrado la idea de completarlo.
Estaba contemplándolo con los ojos mojados cuando oyó un sonido. Desconcertada, se acercó al borde y se asomó con cautela. Vio que la escalera estaba en el suelo y alguien se alejaba. Una figura con un chubasquero gris con capucha, tan familiar para ella como su anorak verde.
Chay –gritó asustada. – No puedo bajar. Vuelve… por favor, vuelve.
Pero él no se volvió. Siguió andando hasta perderse de vista entre los árboles. Y aunque lo llamó hasta quedarse afónica, por respuesta

obtuvo silencio.
Cuando horas más tarde Piers la encontró al fin, Chay estaba con él, y aún llevaba el chubasquero gris que lo delataba, y de algún modo eso fue lo peor de todo.
¡Tú lo hiciste! -le gritó. – ¡Yo te vi! ¡Te odio! –y tomó una piedra y se la tiró.
Vio la sangre en su mejilla y los ojos se convirtieron en fragmentos de hielo. Entonces comprendió que había perdido a un amigo para siempre.
Con un temblor, regresó al presente. Parecía que cada recuerdo aún tenía el poder de desgarrarla.
«¿Cómo pudo hacerme eso? Era una niña insensata. No merecía eso. No le importó que estuviera asustada. No pensó que habría podido caerme... resultar herida, o incluso matarme».
La habían llevado a casa, le habían dado un baño caliente y un vaso con leche, y luego la habían arropado en la cama. Pero no había sido capaz de dormir, por lo que se había levantado para ir al cuarto de sus padres. La puerta había estado entreabierta y los había oído hablar en voz baja.
El chico es peligroso –decía su padre. – Angus siempre temió algo así.
No había podido oír la respuesta de su madre, solo el comentario de su padre:
Oh, lo mandarán lejos, desde luego. No hay otra alternativa.
Y al día siguiente Chay se había ido de la mansión. Se dijo a sí misma que estaba contenta. Que no quería volver a verlo.
Pero había vuelto, con otros problemas y más peligroso que nunca. Porque la tenía en su poder, atrapada otra vez, sin medios para escapar de los términos que le había ofrecido. Términos que ella había aceptado y que debía respetar.
Se levantó con el rostro decidido. Nada podría cambiar el pasado, pero necesitaba cerciorarse de que su futuro fuera seguro. Muchas cosas dependían del trato que había establecido con Chay.
El camisón que había comprado para su luna de miel estaba en el armario. Sin darse tiempo para pensar, se quitó por la cabeza el camisón de algodón que llevaba puesto y lo dejó caer al suelo. Sostuvo durante largo rato el camisón nuevo.
Pensó que era tan frágil, tan transparente. Una vez puesto, ninguna mujer tendría defensas. Al verlo, un hombre desterraría cualquier duda.
Tragó saliva y se lo puso, atando las cintas al cuello y la cintura.
La seda susurró a su alrededor al salir de la habitación y avanzar en

silencio por el pasillo.
Pensó que lo más probable era que estuviera dormido. Y su gran gesto de capitulación se habría desperdiciado.
Pero estaba despierto, apoyado sobre un codo y leyendo. Una sábana le tapaba las caderas. Era evidente que debajo estaba desnudo, y de pronto se le ocurrió que jamás había visto a un hombre desnudo.
No creyó haber hecho ningún ruido, pero él alzó la cabeza al instante; la miró y marcó la hoja del libro con un dedo.
Parece que el insomnio es contagioso –musitó.
Sí –Adrien se ruborizó bajo su sensual escrutinio.
Las bebidas calientes están en la cocina –indicó tras una pausa. – No tomo pastillas para dormir. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, Adrien? –parecía una pregunta cortés, pero ella lo conocía...
Chay, no lo hagas más difícil de lo que tiene que ser.
El problema está en tu mente –se apoyó sobre la almohada. – Siempre ha sido así. Desde que decidiste que era tu enemigo.
Era una niña –manifestó.
Tú no, cariño. Desde que naciste has sido una mujer. Recuerda que te vi crecer –con gesto burlón se llevó una mano a la mejilla. – Me dejó una cicatriz para toda la vida.
No eres el único con cicatrices. Las horas que pasé en la casa del árbol aún me provocan pesadillas. Tu... tuve una antes.
Si has venido para que te consuele, piénsalo de nuevo –afirmó con un toque de dureza.
Sabes para qué he venido.
Pareces una novia en su noche de bodas. Pero las apariencias engañan.
Eso es para ambos –un nudo le atenazó la garganta. – Ya no sé quién eres.
Soy un hombre cuyo dinero necesitas. Pensé que lo habíamos dejado claro –cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla, luego sacó una de las almohadas debajo de su cabeza y la depositó al lado. Apartó la sábana en invitación. – Bueno, te toca mover, cariño. Soy todo atención.
¿Quieres... apagar la lámpara... por favor?
No. Deseo mirarte. No puedes entrar aquí con algo tan revelador encima y luego pretender mostrar modestia. Quítatelo y ven hacia mí. Despacio.
No lo entiendes –vaciló con la mano en la cinta al cuello. – Yo jamás... quiero decir, no me entrego a un sexo casual.
¿Quién dijo que iba a ser casual? –los ojos grises la quemaron. – Y

ahora ven aquí, ¿o tengo que ir a buscarte?

Nunca había estado desnuda ante un hombre. Soltó las tiras y pensó que había sido una locura imaginar que podría mantenerse al margen... enfocar la situación como algo rutinario.

Quería que reinara la oscuridad para no tener que ver el ansia en su rostro. Quería silencio, para no tener que oír el aliento contenido de él cuando dejó que el camisón se deslizara por sus hombros. Quería que se terminara, para no volver a sentirse jamás tan desvalida y... estúpida.

Fue consciente del martilleo de la sangre en sus venas. Al llegar junto a la cama, se dejó caer con las manos cerradas en el borde del colchón. Inclinó la cabeza para que el cabello le ocultara el rostro acalorado. Y aguardó.

Pensó que lo oía suspirar, luego sintió un movimiento y se dio cuenta de que estaba de rodillas tras ella. Se puso tensa, pero los dedos de Chay fueron suaves al apartarle el pelo del cuello y dejar al descubierto la sensible nuca al calor de sus labios. Se agitó, sorprendida y perturbada por el temblor que la recorrió; notó las manos de él cerrarse sobre sus hombros, para aquietarla.

La boca de Chay descendió despacio sobre la piel tensa de sus omóplatos, luego comenzó a seguir con sensualidad la larga y delicada línea de su columna.

Adrien soltó el aliento que contenía en un jadeo que solo en parte era sorpresa y arqueó la espalda en respuesta a su caricia. Él la pegó a su cuerpo y el calor que emitió penetró en su pánico y vergüenza, disolviéndolos despacio.

La rodeó con los brazos y sus manos bajaron para disfrutar del involuntario adelantamiento de sus pechos; los dedos largos moldearon su suavidad mientras las palmas se movían en una dolorosa provocación contra sus pezones duros.

Ella echó la cabeza atrás y la apoyó en su hombro, dejando que le besara el cuello para luego sentir el ardiente aletear de la lengua en la oreja.

En ese momento, temblaba dominada por unas emociones desconocidas. El cuello le palpitaba bajo la caricia de su boca. Los pechos se le inflamaban y florecían por la excitación bajo el juego sutil de sus dedos. No era así como lo había planeado.

Aturdida, comprendió que no había contado con su propia curiosidad, con las frustraciones acumuladas en su relación con Piers. Eran esos sueños, esos anhelos, los que la habían despertado. No podía ser otra cosa.

Porque no podía tratarse de las manos y los labios del hombre que

la abrazaba, que la hacía girar despacio para tumbarla a su lado, debajo de él, rozándola con su desnudez.
Chay le tomó las manos y las alzó por encima de su cabeza, para darse un festín con la piel satinada de la parte inferior de sus brazos, mientras con la pierna cubría las dos de ella y la inmovilizaba a la cama, para que no pudiera moverse aunque lo hubiera deseado.
Entonces comenzó a besarle los pechos, adorando su fragante redondez, tirando con suavidad de los pezones, atravesándola con haces de sensaciones que recorrieron su inquieto cuerpo como lenguas de fuego.
Adrien descubrió que se alzaba hacia él en súplica silenciosa de la dulce agonía de su lengua sobre las rosadas cumbres.
Chay volvió a suspirar, en esa ocasión con satisfacción, y su aliento le refrescó la piel mientras le daba placer. Le había soltado las manos para acariciarle el cuerpo y descubrir cada curva y ángulo en su camino descendente.
Le aferró las caderas y continuó hacia el centro de su feminidad, donde se detuvo.
Ella pendía sobre un abismo no imaginado. Intentó decirle que no, pero lo único que pudo emitir fue una especie de gemido, que también él acalló con un beso.
Chay tenía la mano en la unión de sus muslos, acariciándole el sedoso triángulo de vello, excitándola para que le permitiera el acceso más íntimo que deseaba. Adrien sintió que su cuerpo se fundía y una oleada de calor abrasador que le dio la bienvenida al primer avance de sus dedos.
Soltó el aire de forma entrecortada a medida que él profundizaba la exploración, lo que le creó una reacción que no pudo controlar. Abrió el cuerpo, exigiendo su presencia, de manera que cuando Chay se puso encima y le alzó las caderas para que salieran al encuentro de la encendida fuerza de su posesión, la negativa resultó imposible.
Era tan idóneo, tan imperativo, que no supo que su cuerpo inexperto pudiera oponerse a la invasión inicial. El dolor súbito e inesperado le provocó un leve y aturdido grito, y sus ojos se dilataron cuando, demasiado tarde, intentó apartarlo.
¿Adrien? –musitó Chay con urgencia, luego el desconcierto se transformó en una especie de comprensión horrorizada.
Volvió a gemir su nombre, pero esa vez en una súplica de perdón a medida que su cuerpo, estableciendo su propiedad más allá de toda duda o control, se veía obligado a avanzar hacia el punto de no

retorno.
Ella cerró los ojos y se llevó el puño a la boca cuando experimentó los espasmos que desgarraron a Chay y lo oyó exclamar en una especie de agonía.
Entonces todo terminó y hundió el cuerpo sobre el suyo en pesada quietud; la respiración agitada comenzó a normalizarse.
Adrien permaneció inmóvil, incapaz de diferenciar entre el dolor de su cuerpo exhausto o el dolor más agudo de la decepción que se enroscaba en su interior. Una lágrima escapó de sus párpados cerrados y se abrió paso por su mejilla.
Lo vio hacer una mueca y luego, en silencio, tomar el extremo de la sábana para secarle la lágrima. Se levantó y estableció espacio entre ellos en la cama.
¿Por qué no me lo dijiste, Adie? –preguntó tras una prolongada pausa.
No pensé que debieras saberlo –se mordió el labio. – Y creí que no importaría.
Te equivocas. Porque supone una gran diferencia, en todos los sentidos.
No... no veo cómo –respiró hondo. – Esto es lo que acordamos.
Al menos podría... haberlo hecho más fácil para ti –tensó la boca. Después de otro silencio, dijo despacio: – Di por hecho que te habías acostado con Mendoza.
Pidió que esperáramos –le tembló la voz. – Dijo que quería una boda de blanco... Y una noche nupcial que significara algo.
Y eso es lo que tendrías que haber tenido, Adie –asintió con el rostro pétreo. Suspiró. – Oh, Dios, qué desastre.
Ella giró la cabeza y lo miró. Tenía tanto cuidado de no tocarla. Sin embargo, era lo que necesitaba. Que la abrazara, que la consolara... y la amara...
«Santo cielo, ¿qué digo? ¿En qué estoy pensando?»
Nunca fue en serio –explicó con voz inexpresiva. – Solo quería a alguien que trabajara para él en la casa. No me amaba... Y tampoco quería hacer el amor conmigo. Ahora lo comprendo.
Entonces los dos sabemos más que hace una hora –apartó la sábana y se levantó de la cama, haciendo que Adrien apartara la vista con rapidez.
Nada iba a borrar jamás el recuerdo de su cuerpo, desnudo sobre el suyo, aunque no necesitaba ningún recordatorio visual.
Desapareció en el cuarto de baño y volvió al rato mientras se anudaba el cinturón de un albornoz blanco.
Te estoy preparando un baño –anunció. – ¿Te he hecho mucho

daño?
Sobreviviré –intentó sonreír. Lo miró a la cara – Chay... tenía que suceder en algún momento. No es... importante.
Ahí no estamos de acuerdo –se agachó y recogió el camisón arrugado. – Tenía razón cuando dije que parecías una novia –sus ojos reflejaron frialdad. – Imagino que compraste esto para Piers.
Sí –alzó el mentón. – Pero me lo puse para ti.
Es extraño –hizo una mueca. – Solo recuerdo cuando te lo quitaste. Iré a comprobar la bañera.
No necesito un baño. Pero me gustaría dormir un rato.
Si es lo que quieres –depositó el camisón en la cama junto a ella. – Será mejor que te lo pongas.
¿Para dormir? –preguntó desconcertada.
No –repuso. – Para regresar a tu habitación.
¿No... no quieres que me quede aquí? –lo miró fijamente mientras se pegaba el camisón al cuerpo.
Creo que ya se ha hecho suficiente daño, ¿no te parece? –comentó con sonrisa gélida. – Además, los sacrificios de las vírgenes jamás han sido de mi gusto –le ató las tiras con toque impersonal. – De modo que sería mejor que te marcharas mañana de la mansión.
Pero... –comenzó muy quieta –Chay... –tuvo que callar mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.
¿Te preocupa que no te pague si me retracto del trato? –enarcó las cejas.
«No», pensó desolada, eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Sus intentos de protesta se basaban en algo mucho más complejo, que aún intentaba comprender y que la asustaba encarar.
Por supuesto –desafió. – ¿Por qué otra cosa podía ser?
Bueno, no te preocupes, cariño –manifestó con tono casual. – Recibirás el dinero.
Si la hubiera abofeteado, no habría estado más humillada y dolida. Había esperado una reafirmación, y a cambio se encontraba con el rechazo.
Piers no la había querido, y en ese momento también Chay la dejaba. De pronto sintió como si muriera por dentro.
«Santo cielo», tragó saliva. «¿Qué me está pasando?»
Pero no podía analizarlo en ese momento. Lo más importante era salir de la habitación con lo poco que le quedaba de orgullo. Antes de que suplicara algo que luego lamentaría. O de que incluso se pusiera a llorar como un bebé.
Desde alguna fuente oculta de coraje logró sonreír, se puso de pie y enderezó los hombros.

Gracias –comentó con ligereza. – De algún modo eso confirma que valgo la pena.
Sin mirar atrás se dirigió hacia la puerta y se marchó.

Capítulo 8

Con paso lento y firme fue a su habitación, pero una vez que cerró la puerta a su espalda, se hundió contra ella y jadeó como si acabara de correr una maratón.

Podía racionalizarlo hasta el día del juicio final. Podía pensar en un montón de excusas. Pero la verdad era que había ido al cuarto de Chay esa noche porque lo había deseado. Y no solo con el cuerpo, también se habían rendido su corazón y su mente.

Se preguntó porqué lo había hecho, porqué había decidido torturarse otra vez. No tenía sentido.

Sin embargo, incluso con el recuerdo de su trauma infantil, que hacía que lo odiara, había ido a su lado. Se había ofrecido y había sido tomada… Y luego despedida.

Era inútil recordarse a sí misma que ya era libre para marcharse. Que, en esencia, lo había vencido. Porque, si eso era una victoria, no quería enfrentarse jamás a la derrota.

Se quitó el camisón y lo metió hecho una bola en el armario. No deseaba volver a verlo. El cuerpo le parecía extraño. Llevaba el aroma de su piel, y si pretendía volver a cerrar los ojos alguna vez, debía deshacerse de él. Junto con algunos recuerdos más poderosos.

Comprendió que no había creído posible anhelar tanto a alguien. Y decirse que solo se trataba de un caso crónico de frustración sexual resultaba un engaño.

Porque Chay siempre había sido parte de su vida. Había sido su amigo, su enemigo y, esa noche, su amante. Era como si cada minuto de su existencia la hubiera estado preparando para eso.

Se metió bajo la ducha y se frotó hasta que le hormigueó todo el cuerpo. Se secó, luego se puso el viejo albornoz verde. Se sentía demasiado inquieta para dormir, por lo que se acurrucó en el sillón, tratando de calmarse. De establecer algún tipo de plan.

Se recordó que tenía el futuro arreglado, pero debía considerar su paz mental, con Chay viviendo casi al lado.

Evitar la mansión no sería muy difícil. Ese no era el problema. De algún modo tenía que aceptar que ya no formaba parte de su vida. Que todo lo que le había sucedido bajo su techo era parte del pasado.

De lo contrario, pasaría toda la vida pensando en lo que podría haber sido. Lo cual sería insoportable.

Casi al amanecer terminó por quedarse dormida y despertó, con frío y entumecida, por la lluvia contra la ventana. Comprobó que eran las diez de la mañana.
Se vistió a toda velocidad con una falda negra hasta las rodillas y una blusa a juego de mangas largas; bajó a toda carrera.
Lamento haberme despertado tan tarde –se disculpó al encontrarse con la señora Whitley en el vestíbulo.
El señor Haddon dijo que la dejara dormir, señora. ¿Qué le sirvo para desayunar?
No... no tengo hambre. Solo un poco de café, por favor –titubeó. –¿Dónde está el señor Haddon?
Salió a primera hora, señora. Y no dijo cuándo volvería –su voz manifestó desaprobación. – Le llevaré el café al comedor.
Al hacerlo, a Adrien le sorprendió que lo acompañara con un plato de huevos revueltos y una tostada, que comió obediente porque le planteaba menos problemas que discutir.
Al terminar, se levantó y se acercó a la ventana, donde contempló la lluvia con indecisión.
Qué día tan desagradable –comentó la señora Whitley mientras recogía la mesa. – Espero que el tiempo mejore para el próximo fin de semana, por las visitas del señor Haddon.
¿Espera invitados? –Adrien se volvió, sorprendida.
Oh, sí, señora. Unos conocidos de negocios, tengo entendido. Esta planeado desde hace algún tiempo. Cuando el señor Haddon le entregue la lista final, podemos planificar los dormitorios que ocuparán y los menús –asintió feliz y desapareció.
«Tendría que haberle contado que no iba a estar aquí», pensó con un suspiro. Aunque en realidad no importaba. La señora Whitley podía ocuparse de una casa llena de gente.
Tampoco tenía idea de lo que iba a decirle a Zelda.
Alguna aproximación resumida de la verdad, tras lo cual el tema sería tabú. El timbre hizo que se detuviera al dirigirse hacia las escaleras.
Está bien, señora Whitley –llamó. – Abriré yo.
Había una furgoneta aparcada ante la entrada y un hombre con un chubasquero le sonreía.
Encantado de verla, señorita Lander. Le he traído la cama.
Durante un instante, lo miró sin comprender, luego fue como si le cayera un ladrillo en la cabeza.
Oh, Dios –musitó. – La cama con dosel. Lo había olvidado.
Eso era lo que había tratado de recordar toda la semana. La cama que había comprado hacía algún tiempo para Piers y ella. Que Fred

Derwent se había encargado de restaurar y en ese momento intentaba entregarle. Había olvidado cancelar el pedido.
Fred... –se obligó a sonreír – Debería haberme puesto en contacto contigo. Me temo que ha habido un cambio de plan. La mansión se ha vendido, y el nuevo propietario no quiere una cama con dosel, de modo que si quisieras venderla por mí... en tu tienda.
Es una pena –su expresión se tomó abatida. – Es una cama estupenda y he hecho un buen trabajo de restauración. ¿El caballero está seguro de que no la quiere?
Absolutamente. Fred, no tendrás problema en venderla...
¿Vender qué? –la voz de Chay interrumpió con brusquedad. Había aparecido por el lateral de la casa sin que nadie notara su presencia y se hallaba con las manos en los bolsillos de la gabardina.
Una hermosa cama con dosel, señor –Fred se volvió ansioso hacia él. – Una auténtica antigüedad que la señorita Lander encontró y quería para esta casa. Tengo entendido que para el dormitorio principal. Y si es usted el nuevo dueño, eso hace que sea el suyo – añadió con una risita.
Desde luego –repuso tras una pausa. – ¿Quiere meterla, por favor? ¿Sus hombres podrían trasladar la cama que ya hay al desván?
Será un placer, señor –aseveró entusiasmado. – Ha tomado la decisión correcta.
Al pasar junto a Adrien, esta le agarró el brazo. El señor Derwent había regresado a la furgoneta para supervisar la descarga, y no había nadie que pudiera oírlos.
Chay, no la quieres. No puedes...
¿Por qué no? –enarcó las cejas. – ¿Porque pensabas consumar tu pasión por Piers en ella? –movió la cabeza casi con desdén. – Eso no perturbará mis sueños, Adrien.
Entonces no hay más que decir –le soltó el brazo.
No estoy de acuerdo. Ven a la biblioteca en quince minutos, ¿quieres? Pídele a Jean que sirva café, por favor. Voy a quitarme esta ropa mojada.
Era la voz de un hombre acostumbrado a ser obedecido y, furiosa, descubrió que, obediente, iba en busca de la señora Whitley. No había hablado alguien que la hubiera poseído la noche anterior. Al parecer deseaba olvidar más que ella todo el desastroso episodio.
Después de hablar con el ama de llaves, subió a su habitación y comenzó a sacar cosas del armario y a guardarlas en la maleta, ajena a los ruidos que hacían al montar la cama.
Transcurridos los quince minutos, bajó a la biblioteca y llamó a la puerta.

Adelante –indicó con una nota de exasperación.
Se hallaba sentado detrás del gran escritorio de Angus Stretton y repasaba el correo de la mañana.
He venido para decirte que me marcharé en una hora. Si te parece bien.
Dejó sobre la mesa la carta que sostenía y la observó con ojos inexpresivos.
Siéntate, Adie –indicó. – Creo que necesitamos hablar.
Todo lo necesario se dijo anoche –permaneció de pie. – Dijiste que debería marcharme.
Y ahora te pido que me des un mes.
Lo siento. Me temo que las condiciones de empleo son inaceptables.
Imagino que es en referencia al fiasco sexual de anoche –musitó. – Sin embargo, como ya te he indicado, te puedo prometer que no se repetirá –hizo una pausa. – Supongo que Jean te habrá indicado que el próximo fin de semana tendré invitados. Son hombres con los que hago negocios, acompañados por sus esposas. Necesito a alguien que las reciba y haga de anfitriona con ellas. Me gustaría que fueras tú.
Dame un motivo por el que deba hacerlo.
Podría mencionar miles –repuso con suavidad. – Pero me gustaría pensar que eres lo bastante generosa como para ayudarme.
Haz que sea solo una semana y me lo pensaré.
Ha de ser un mes –movió la cabeza. – No es negociable.
¿Por qué? Quiero continuar con mi vida.
Y yo quiero cerciorarme de que puedas –volvió a hacer una pausa. – Dime, Adie, ¿tomas la píldora?
Claro que no... –frunció el ceño y abrió los labios consternada al encontrar su mirada sarcástica. – No... no es posible. No puede ser... –de pronto necesitó sentarse. Tanteó la silla que él había indicado y se dejó caer en ella.
Practicamos sexo sin protección –se encogió de hombros. – Repito que no había contado con tu estado extremo de inocencia. Pensé que, si te acostabas con Mendoza, estarías preparada.
¿Cómo te atreves?
Fue un error sincero, Adie –hizo una mueca. – Me habría gustado que te hubieras mostrado igual de sincera –le dio un momento para asimilarlo. – Pero, como puedes ver, tengo buenos motivos para mantenerte aquí hasta cerciorarme de no haberte dejado embarazada.
Si lo estoy, será mi problema, y yo me ocuparé de él.
No –cortó. – También me atañe a mí, así que contén tu espíritu

combativo –la miró con ojos burlones. – Desde luego, no quiero presionarte…
Pero lo harás si es necesario –concluyó por él.
Quizá. Aunque preferiría que aceptaras por propia voluntad. ¿Es pedir tanto?
«Mas de lo que puedes saber». Al instante desterró el pensamiento de la cabeza.
Su… supongo que no –clavó la vista en sus manos apretadas. – Además, solo estarás los fines de semana –«¿por qué he dicho eso?», pensó de inmediato. Lo miró con gesto aprensivo y vio que su rostro se endurecía.
Estaré aquí –espetó él – tanto como dicte mi estado de ánimo. Ahora esta es mi casa, y no pienso mantenerme lejos para proteger tus sentimientos, Adrien. No obstante, tomaré tu respuesta como una aceptación. Además, ahora he de pagar una factura adicional… por la cama que tan convenientemente olvidaste.
No tenías porqué quedártela. Iba a devolverla.
De hecho, estabas ansiosa –sonrió. – Pobre Adrien. ¿Revivió demasiados recuerdos desdichados?
Ninguno en absoluto. Como tú sabes.
Él se levantó, rodeó el escritorio y se plantó ante ella con expresión inescrutable.
¿Te encuentras bien, Adie? –musitó.
Estoy bien –se ruborizó. – ¿Podríamos olvidar ese asunto, por favor?
Tú, sí, no me cabe duda –sonrió sin humor. – A mí no me resultará tan fácil –alargó la mano y recogió una hoja de papel de la mesa – ¿Es tu trabajo?
Sí –tragó saliva, contenta de pasar a un terreno impersonal. – Es algo en lo que trabajaba ayer… un plan para el jardín de la cocina. No debí dejarlo por aquí.
Es bueno. Cuando lleguen los obreros la semana próxima me gustaría que se lo mostraras… Que se pongan a trabajar en él.
Es un proyecto a largo plazo –se puso de pie. – No… no debería involucrarme.
Pero ya te has involucrado, Adrien. Lo sabes, y yo también –regresó a su sillón y recogió otro sobre. – Te veré en el almuerzo –comentó.
Adrien cerró la puerta de la biblioteca a su espalda y respiró hondo. Daba la impresión de que, a pesar de todo se había comprometido a pasar otro mes bajo el techo de Chay. Cuatro semanas. No era una vida. A menos…
Llevó la mano al vientre. «No», se dijo con determinación. «No es verdad. No puede ser verdad».

Pero, al mismo tiempo, no tendría un momento de quietud hasta que lo averiguara con certeza. Despacio subió a su habitación para sacar la ropa de la maleta.
La lluvia había parado y un sol débil atravesaba las nubes cuando llegó a su casa.
Llevaba ausente menos de veinticuatro horas, pero ya percibía una extraña atmósfera de abandono. Recogió el correo, apuntó los mensajes del contestador y se preparó un poco de café para beberlo con el sándwich de jamón que había comprado en el pueblo.
Luego, cerró la casa Y atravesó el patio para ir al alojamiento de Zelda.
Hola –saludó su amiga al abrir. – No te esperaba hoy.
Pensé pasar para recoger las cortinas que preparaste para la cama. Ha... llegado hoy.
¿No cancelaste el encargo? –Zelda la miró fijamente.
Lo olvidé –se mordió el labio.
Creo que eso es lo que llaman un desliz freudiano –Zelda sonrió.
Nada parecido. Lo que pasa es que tenía otras cosas en la cabeza. ¿Me dejas las llaves del taller, por favor?
Zelda la acompañó y la ayudó a cargar las pesadas telas en el jeep.
¿Te encuentras bien? –frunció el ceño.
Nunca he estado mejor –mintió. – Todo va a salir bien.
¿De verdad? –la estudió. – ¿Por qué no voy contigo y te ayudo a colgar estas cosas? Sabes cómo reaccionas con las escaleras.
Ya no –afirmó. – He dejado todas esas tonterías a mi espalda.
Entonces deja que vaya como apoyo moral.
¿No es hoy cuando Smudge tiene que ir a buscar su cachorro? –subió al vehículo.
Puede esperar hasta mañana.
No –movió la cabeza. – Ya ha tenido que esperar bastante. Vendré a verte muy pronto.
Algún día –indicó Zelda, – espero que me cuentes qué está pasando.
«Ojala yo misma lo supiera», pensó al arrancar el jeep y despedirse con un gesto de la mano.
La mansión parecía desierta cuando regresó. Requirió varios viajes para subir el pesado material al dormitorio de Chay, y luego tuvo que buscar en los anexos un par de escaleras adecuadas.
«No subas demasiado», se repitió mientras las transportaba a la primera planta. «Empieza despacio y ve progresando, así todo saldrá bien».
Mordiéndose el labio, subió con cuidado con el haz de tela sobre el hombro

No mires abajo –musitó. – Simplemente no mires abajo.
Diez minutos más tarde, se preguntaba qué le había hecho pensar que esa tarea era para un solo par de manos. A pesar de sus mejores esfuerzos, el pesado dosel se negaba a quedarse en su sitio mientras fijaba las esquinas.
Maldita sea –murmuró, adelantando el torso para enderezarlo, y notó que la escalera comenzaba a tambalearse al alterar el equilibrio. Soltó un grito y se aferró al poste más cercano de la cama para afianzarse.
¿Qué demonios crees que haces? –preguntó la voz sombría de Chay.
Bajó la vista y lo vio a su lado. De pronto, la antigua pesadilla se apoderó de ella y la alfombra verde se transformó en hierba, y fue una niña aterrada que comprendía lo grande que podía ser la caída.
No me toques –elevó la voz con histeria. – No toques la escalera.
No seas tonta, Adie. Te tengo. Baja.
No –cuando las manos de él le asieron la cintura, le soltó una patada.
Chay maldijo, la alzó de los escalones y la giró en sus brazos de modo que quedó pegada a él, con los pechos aplastados contra la parte superior de su torso, los ojos dilatados clavados en los suyos. La sostuvo así hasta que dejó de debatirse y desaparecieron los débiles sollozos.
Sigues sin entenderlo, ¿verdad, Adie? –dijo con dureza.
Luego, con infinita lentitud, comenzó a bajarla al suelo, sin apartar la vista de sus ojos, dejando que cada centímetro de su cuerpo se frotara contra el suyo.
Ella experimentó un oscuro escalofrío de excitación. Se oyó gemir al echar la cabeza atrás y entreabrir los labios para invitarlo a que la besara.
En ese momento oyeron el sonido de unos pasos que se acercaban y unas disculpas. Cuando Adrien se volvió, vio retroceder a la señora Whitley avergonzada.
Jean... aguarde un minuto –pidió Chay. Dejó sin prisas a Adrien en el suelo. – ¿Puede colgar estas cortinas, por favor? –calló y luego añadió con suavidad. – La señorita Lander tiene miedo a las alturas –dirigió una sonrisa impersonal a las dos y salió de la habitación.
Tendría que habérmelo pedido, señora –la reprendió la señora Whitley. – Si está blanca como la pared...
Pensé que me iba a caer –musitó sin dejar de mirar en la dirección de la puerta. ¿Por qué de pronto la partida de Chay le resultaba tan perturbadora?
Entonces yo me subiré y usted podrá pasarme las cosas –afirmó la

otra mujer. Acarició la tela. – Qué colores tan bonitos… Y una magnífica confección.

Mantuvo una charla intrascendente mientras colgaba las cortinas alrededor de la cama y ajustaba el dosel; Adrien respondió distraída mientras intentaba racionalizar la sensación de incomodidad que había activado la marcha de Chay.

Una vez terminado todo, después de que la señora Whitley regresara a sus tareas, Adrien escapó a su cuarto. Se acurrucó en el sillón frente a la ventana y contempló el jardín mojado.

Se había asustado, pero ya había acabado todo; además, ahí había estado Chay para rescatarla. Igual que tantos años atrás, cuando la guiaba para bajar de la casa en el árbol, intentando corregir el daño que le había causado al dejarla aislada en ella. O fingiendo que él no había sido el causante, sin saber que Adrien lo había visto alejarse.

«Salvo… salvo que nada encajaba», comprendió con el ceño fruncido. La figura que se alejó de ella, grabada en su memoria, había tenido un andar más corto. Su porte había sido diferente. No era tan alta.

Angustiada pensó que lo conocía todo de Chay. Que siempre había sido así. Y ese conocimiento la había acompañado a lo largo de los años, sin importar lo mucho que doliera. «Entonces, ¿cómo no pude ver que no era él… sino alguien que se había puesto su chubasquero gris?»

Con extraña calma, reconoció que tenía que ser Piers. El futuro dueño de la mansión, a quien le había molestado la presencia de Chay, que adrede había roto sus prismáticos y había tomado la determinación de destruir su santuario privado. Que quería que le echaran la culpa a él y lo mandaran lejos.

«¿Por qué?», se preguntó desconcertada. «¿Por qué una reacción tan extrema ante el hijo del ama de llaves?»

No lo entiendes –le había dicho él.

«Pero ahora sí», pensó. «Sé exactamente cómo pasó». Y quizá el propio Chay pudiera explicarle el porqué.

Tenía que encontrarlo, explicarle el autoengaño al que se había sometido todo ese tiempo. Y pedirle que, de algún modo, la perdonara.

Bajó, sin darse tiempo a pensarlo más y llamó a la puerta de la biblioteca. No obtuvo respuesta y volvió a llamar con más fuerza.

¿Señorita Lander? –habló la señora Whitley a su espalda. – Ahora mismo iba a decirle que le he llevado una taza de té al salón.

Oh, gracias –titubeó. – ¿El señor Haddon ha vuelto a salir?

Sí, señora. Por desgracia, ha tenido que regresar a Londres. Me pidió que le ofreciera sus disculpas y que le dijera que la vería el próximo fin de semana.

Cuando espera a sus invitados –musitó. – Sí, por supuesto –logró sonreír. – Gracias, señora Whitley.

Comprendió que Chay se había alejado de ella para siempre.

«He dejado que fuera demasiado tarde», pensó desolada, «y ahora se ha ido. Lo he perdido». Un sollozo brotó de su garganta.

Capítulo 9

Si no tenemos cuidado, no podremos cubrir todos los pedidos –comentó Zelda contenta.
Eso parece –convino Adrien. – ¿Qué ha provocado este torbellino de actividad?
Las tarjetas de navidad en las tiendas –indicó Zelda con solemnidad. – La gente se da cuenta de que, aunque solo estamos en Septiembre, la cuenta atrás al infierno ha comenzado, y quiere cambiar la decoración de su casa antes de que empiecen a llegar los familiares. Al menos en la mansión no tendrás ese problema. Espero que los invitados de Chay queden impresionados.
Y yo –convino con tono seco. – Pero lo dudo. Todos parecen demasiado ricos. Los hombres querrán jugar al golf y las mujeres al tenis, nadar o ir de compras. Algunos de los habitantes de aquí han sido invitados el sábado a un cóctel en la casa.
¿Alguien interesante?
Sally Parfitt mandó las invitaciones desde la oficina de Londres. Creo que en su mayor parte son de otra generación. Gente que conocía a Angus Stretton –frunció el ceño. – Lo cual es raro.
O astuto. ¿Querrá meterse en el bolsillo a las personas que importan? –sugirió Zelda. – En cualquier caso, espero que el señor de la casa aprecie tus esfuerzos. ¿Cuándo piensa regresar?
A eso del mediodía de mañana –se encogió de hombros. – Los invitados comenzarán a llegar por la tarde, y querrá estar presente para darles la bienvenida –titubeó. – Siento como si te dejara en la estacada con tanto trabajo. Pero no será por mucho tiempo.
En el patio, Smudge jugaba con su nuevo cachorro. Adrien pensó que parecía diferente esos días. Quizá había salido algún bien de esas últimas semanas.
Adie... mira –Smudge la había visto. – Bugsy sabe ponerse patas arriba.
Adrien ocultó una sonrisa cuando el cachorro se tumbo de espaldas y agitó las patas en el aire.
Vaya –se arrodilló para acariciarle el suave vientre. – Es un perro muy inteligente.
Hay que ponerle algunas inyecciones –informó el pequeño. – Puedo llevarlo a dar paseos. ¿Tú también vendrás, Adie?
Siempre que pueda –volvió a levantarse.

Ahora vives en la mansión –insistió Smudge. – ¿Por qué? Me gustaba cuando vivías aquí. ¿Cuándo vas a volver? Te echo de menos –la rodeó con los brazos y enterró la cara en su falda.
Yo también te echo de menos –le acarició el pelo. – Y volveré muy pronto –oyó un leve sonido y alzó la vista. Chay se hallaba a unos metros y la observaba con expresión fría. – ¿Qué haces aquí? –inquirió, consciente de que se le había acelerado el corazón. –Llegas con un día de antelación…
No estabas en la casa –repuso. – Vine para cerciorarme de que no te habías ido.
Adrien se separó con suavidad de Smudge.
Dijiste que podía continuar con mi negocio –le recordó. – No funciona solo.
No lo he olvidado. Sin embargo, este fin de semana es importante para mí, y tu principal papel es el de ser anfitriona en mi casa.
Has comprado mis servicios, y no te fallaré. Creo que encontrarás todo a tu gusto.
Eso espero.
Adrien se preguntó porqué se atacaban de esa manera. No había querido que fuera así.
¿Te vas a ir con ese hombre? –preguntó Smudge de repente.
He de hacerlo. Es mi jefe.
¿Por qué no puedes dejar a Adie en paz? –el niño lo miró con ojos rebeldes.
Porque necesito que trabaje para mí –dijo Chay.
Cuando termine el trabajo, ¿podrá regresar aquí?
Creo que tendremos que esperar para verlo –musitó él. Miró a Adrien. – ¿Vas a la mansión?
Primero he de ir a la oficina de correos con un gesto de la mano se despidió de Smudge.
Te acompañaré –caminó a su lado.
Parecía cansado. Ella quiso desterrar con un beso la tensión alrededor de su boca y cerrarle los ojos con los dedos. Quería abrazarlo. Apoyar su cabeza sobre sus pechos y dejarlo dormir.
El anhelo de tocarlo se retorció en su interior como un cuchillo en una herida.
Tienes un admirador –comentó él con voz inexpresiva.
Es un chico magnífico –se obligó a sonreír. – Las cosas no han sido fáciles para él.
Fue una de tus preocupaciones cuando aceptaste nuestro acuerdo –afirmó.
Sí –tras un momento de silencio, agregó: – ¿Por qué viniste a

buscarme?
Protegía mi inversión, cariño –respondió con tono cínico.
Chay, –se mordió el labio – el fin de semana va a ser bastante difícil sin necesidad de que nos lancemos a la yugular del otro.
Pensé que lo tenías todo bajo control.
No me refiero a eso. Me pregunto cómo van a considerarme tus invitados. Como vivo en tu casa, pensarán cosas.
¿Te gustaría que llevara una placa? –su tono mordía. – «No me acuesto con esta mujer».
No seas ridículo –repuso cansada. – Olvida que lo mencioné. Ya hemos llegado a Correos.
Ahí enfrente hay una cafetería –indicó con tono desdeñoso. – ¿Por qué no tomamos una civilizada taza de té mientras se nos ocurre algún modo de mitigar tu bochorno?
«Civilizada» no es la palabra más adecuada para describir nuestra relación –dijo mientras metía las cartas en el buzón.
Quizá tú sacas el bárbaro que hay en mí, Adie –sonrió. – Pero quiero que este fin de semana sea relajado, y ello no será posible si te dejas llevar por tu resentimiento.
Tal vez podrías presentarme como a otra secretaria personal, igual que Sally Parfitt –sugirió. – Deja que llame poco la atención.
Se detuvieron delante de la cafetería; la mano de Chay se cerró en su hombro y la giró un poco para que pudiera ver su reflejo en el cristal.
Mírate bien, Adie –espetó. – Mira tu pelo, tu piel, tus ojos. Ni aunque lo intentaras podrías evitar llamar la atención. Además, no engañarías a nadie.
¿Por qué no?
Por esto –la atrajo. El beso fue breve, pero hambriento y explícito en su exigencia. No empleó ninguna fuerza, pero cuando la soltó, Adrien experimentó la absurda impresión de que tenía los labios hinchados.
Lo miró al tiempo que buscaba algo que decir y trataba de leer su expresión. Pero los ojos grises estaban velados.
Ahora que hemos alimentado los rumores, tomemos una taza de té –añadió él. Sin ser capaz de negarse, se encontró en el interior de la cafetería. Chay pidió té y unos sándwiches. – Jean dice que comes poco –comentó cuando se marchó la camarera.
Estoy bien. Jean se preocupa demasiado.
Dejaré que se lo digas tú misma –manifestó con distante cortesía, como si la súbita oleada de deseo jamás hubiera existido.
Chay, –respiró hondo – necesito hablar contigo de algo.

¿Seguro que es necesario? –la miró.
Para mí… es importante –tragó saliva. En ese momento, llegó el té, lo cual les proporcionó una leve distracción. Al pasarle la taza, inquirió: – ¿Por qué no me dijiste que fue Piers quien me dejó aislada en la casa del árbol y no tú?
Porque era más fácil de esa manera –repuso tras una pausa. Se llevó la mano a la cicatriz en el pómulo. – Al menos lo era antes de que empezaras a usarme de blanco.
Pero te enviaron a un internado –expuso ella. – Debió de ser terrible para ti. Y estropeó tu relación con Angus. Después de aquello, rara vez se te permitió volver a la mansión, ni siquiera en las vacaciones. Y cuando iba había más problemas. ¿Es ahí adonde quieres llegar?
Intento comprenderlo –hizo una mueca. – Puedo imaginar lo enfadado y amargado que estarías.
Me mandaron a uno de los mejores colegios del país y luego a la universidad –informó con tono seco. Le ofreció un sándwich y tomó uno para sí mismo. – No se puede considerar un castigo.
Oh –recordó la conversación que le había oído a sus padres. – Pero yo pensaba…
Sé lo que pensabas –cortó. – Y lo que aún piensas. ¿De qué va todo esto, Adie?
Pensaba que ya era hora de que me disculpara por la parte que yo desempeñé en ello –bajó la vista a la mesa.
Considéralo hecho –sonó indiferente. – Fue hace mucho tiempo.
Pero todavía tiene repercusiones… en la vida de los dos –musitó. – ¿No compraste la mansión por eso?
Sí. Siempre tuve la intención de que me perteneciera.
¿Y… Y yo formaba parte del plan?
Sí –sonrió con ironía. – Lo que demuestra lo tontas que son algunas ambiciones –guardó silencio un momento. – Yo también tengo que contarte algo, Adrien.
«Va a confesar porqué robó el colgante», pensó con tristeza. Y no podría soportarlo. Porque nada justificaría el daño que le había hecho a Angus y a sí misma, y no era capaz de oído reconocer que era capaz de infligir tanto daño.
Miró la hora y urdió una explicación.
Tengo una cita con una clienta. Su salón es muy oscuro… Bueno, te veré más tarde en la casa –vio que el rostro de él volvía a poner la máscara de inexpresividad.
Como desees –murmuró y se puso de pie. Adrien esbozó una sonrisa forzada y huyó.
Salió del pueblo y adrede eligió un camino opuesto a la dirección de

la mansión. Necesitaba distanciarse para poder aclarar el torbellino que bullía en su mente.
Aparcó en un camino comarcal, se reclinó en el asiento y cerró los ojos, dejando que su memoria buceara a lo largo de los años.
Se había sentido conmovida y sorprendida cuando Angus Stretton anunció que iba a dar una fiesta en la mansión para celebrar su decimoctavo cumpleaños.
Siempre quise tener una hija para consentirla –le había explicado. – Y tus padres son muy amables al permitirme compartir con vosotros esta ocasión especial –le sonrió con ternura. – Además, es hora de que esta casa cobre un poco de vida.
Adrien pensó que era una pena que no tuviera una familia que viviera con él en la mansión. Algunos comentarios aislados de sus padres le habían informado de que el señor Stretton estaba casado, pero su mujer era inválida y estaba en una residencia.
Menos mal que Piers le iba a hacer una de sus esporádicas visitas el fin de semana de la fiesta. Ninguna de sus amigas lo conocía y sabía que iba a causar sensación.
Pero no esperaba que Chay estuviera presente.
Hacía dos años que no lo veía. Y antes de eso se había esforzado en evitarlo, manteniéndose lejos de la mansión durante sus breves regresos.
Pero cuando le sonrió y pronunció su nombre, le costó mantener la hostilidad. Además, el desconocido alto y de ojos serenos no se parecía en nada al muchacho que de amigo había pasado a ser enemigo. Y que parecía que deseaba volver a ser su amigo.
Adie... ¿Sigo siendo el monstruo de tu infancia? –había preguntado con suavidad.
A pesar de tener dieciséis años y legalmente ser una adulta, se vio dominada por un intenso rubor y logró negarlo. Se marcharía al día siguiente, pero le fue imposible desterrar de la mente su fugaz encuentro.
Al mirar hacia atrás, pudo ver que no había pasado ni un día sin que pensara en él. Sin que se preguntara dónde estaba y qué hacía. Y cuándo volvería...
Lenta pero firmemente, su recuerdo se había implantado en su corazón y mente, para empezar a florecer.
De modo que cuando el día de su cumpleaños fue por la mañana a la mansión y lo encontró de pie en el salón, corrió hacia él dominada por una felicidad que la condujo a sus brazos. Y entonces su boca tocó la suya, cálida, sensual y muy segura.
Vaya... –musitó él cuando al fin levantó la cabeza.

Entonces oyeron que Angus se acercaba con su padre y se separaron. Al verlos, Angus se detuvo y observó a Chay casi con expresión de cautela; él lo miró con una leve sonrisa en la cara.
Se pusieron a discutir los últimos detalles para la fiesta y el momento mágico se olvidó.
¿No es maravilloso que Chay haya vuelto a casa? –le preguntó a su padre al regresar a casa.
No especialmente –repuso. – Porque eso significará que las interminables exigencias de dinero se reanudarán. Y Angus merece un poco de paz.
Esas palabras la sorprendieron. ¿Era esa la verdadera causa por la que había regresado Chay? La dominó la decepción.
La pregunta había permanecido todo el día como una sombra, pero no pudo estropear el espíritu de la fiesta. Aparte de sus amigas del colegio, iba a asistir mucha gente del pueblo, y Angus había contratado a un pinchadiscos y organizado un magnífico bufé.
Adrien se puso un vestido color crema de seda, con el reloj de oro que sus padres le habían regalado, a juego con unos pequeños pendientes de oro.
Estaba desesperada por ver a Chay, por sentir otra vez sus brazos alrededor de su cuerpo y buscar la reafirmación que necesitaba de su beso, pero él parecía mantener la distancia. Todo el mundo quería bailar con la joven del cumpleaños, y Chay dio la impresión de conformarse con eso. Se dijo que luego estaría a solas con él y todo sería diferente.
Desde luego, Piers hacía notar su presencia, lo cual no le importó demasiado, ya que era un bailarín fantástico y le había murmurado que estaba hermosa. Además, quizá eso hiciera pensar un poco a Chay.
Angus ya le había regalado una colección de discos de música clásica, pero durante el transcurso de la velada había solicitado silencio para presentarle un estuche de terciopelo.
Para la joven que desearía que fuera mi hija –le sonrió mientras todo el mundo reía y aplaudía.
Cuando Adrien lo abrió, encontró un resplandeciente colgante de granate. Las piedras se hallaban engastadas en un delicado óvalo de oro y supo que se trataba de una pieza muy antigua y, probablemente, valiosa. Se quedó boquiabierta y tartamudeó las gracias; Chay lo alzó de su fondo de satén y se lo puso al cuello.
Sintió el roce de sus dedos en la nuca e inclinó la cabeza para ocultar el rubor de excitación que invadió su rostro.
El cierre no parece muy fiable –comentó. – Será mejor que tengas

cuidado, Adie.

Con posterioridad, esas palabras la acosarían. Luego, la preocupación de que se pudiera abrir mientras bailaba la impulsó a guardarlo de nuevo en el estuche, que dejó con el resto de los regalos en la biblioteca.

Pero cuando la fiesta terminó y fue a recoger sus cosas, no pudo resistir echarle otro vistazo, pero descubrió que el estuche estaba vacío.

Se quedó con la vista clavada en él. ¿Solo había imaginado que se lo quitaba? ¿Estaría en el suelo en alguna parte, roto?

¿Qué sucede, cariño? –Piers había entrado detrás de ella en la biblioteca. En silencio y con los ojos muy abiertos, Adrien le tendió el estuche. – De modo que tenemos un ladrón entre nosotros –musitó Piers. – Hay que comunicárselo a mi tío –la tomó por el brazo y la llevó de vuelta al salón. – Han robado el colgante de Adrien –anunció con brusquedad, indicando el estuche vacío que sostenía ella. – Creo que habría que llamar a la policía.

«Es una pesadilla de la que despertaré pronto», pensó ella.

Reinó un silencio breve y terrible. Vio que sus padres se mostraban horrorizados y que el rostro de Angus, de pronto viejo y derrotado, se volvía para mirar a Chay.

Será mejor que vayas a buscarlo –dijo con voz cansada. – Supongo que está en tu habitación.

Sabe que sí –repuso Chay con ojos desafiantes.

Tráelo –Angus asintió. – Luego dejarás esta casa y no volverás jamás. De lo contrario, no respondo de las consecuencias.

¿Eso es todo? –demandó Piers enfadado. – Vuelve aquí, intenta robar a una invitada bajo este techo y lo dejas ir? Habría que hacer que lo arrestaran.

Tú no eres todavía el señor de esta casa, Piers –la voz de Angus sonó amarga. – Llevaré este asunto como me plazca. Chay me devolverá el colgante a mí y luego se marchará.

¿Podemos irnos ya... por favor? –Adrien tiró de la manga de su padre. – No soporto más esto.

Sí, por supuesto –aceptó de inmediato.

Su madre fue a su lado y con un brazo alrededor de los hombros la instó a salir.

De vuelta en su casa, se tumbó en la cama sin quitarse el vestido.

¿Por qué lo hizo? –preguntó.

Angus se negó a darle más dinero –musitó su padre. – Esa fue su venganza. Lo que lamento es que eligiera involucrarte a ti. Fue demasiado cruel –hizo una pausa. – Recuperarás el colgante, por

supuesto.
No –comenzó a llorar y los sollozos le sacudieron el cuerpo. – No, no quiero volver a verlo. Está mancillado... todo está mancillado.
Siempre le recordaría a Chay al ponérselo al cuello. Y no quería pensar en aquello jamás. No solo se había estropeado la fiesta, sino también su vida. Porque Chay, a quien amaba, era un ladrón.
Se agitó y abrió los ojos, obligándose a regresar a la realidad. Durante un momento, contempló el parabrisas y pensó que llovía otra vez. Hasta que se dio cuenta de que tenía los ojos empañados y la cara mojada por las lágrimas mientras el antiguo dolor la desgarraba.
Su cuerpo se moría por él, lo anhelaba, pero eso solo era una parte del todo. También su corazón y su mente lo querían, tratando de esconderse detrás de barricadas de amargura y desdén. Con la esperanza de que si no paraba de repetirse que lo odiaba, de algún modo eso se convertiría en realidad.
Pero en ese momento supo que todas sus negativas habían sido inútiles. Desesperada, pensó que lo había amado entonces y que lo amaba en ese momento. Aunque sabía que no podía quedarse con un hombre en el que no confiaba.
«Y hasta que no me permita marcharme, tendré que aguantar».
Cuando no le quedaron más lágrimas, arrancó el motor y volvió a la mansión, para enfrentarse al tiempo que les quedaba.

Capítulo 10

Por suerte no había nadie cuando regresó a la mansión. Se dio una ducha y se lavó el pelo con vigor. Sintió como si se estuviera desprendiendo del pasado como si fuera una piel. Se secó y se puso unas braguitas de encaje con un sujetador a juego. Luego, se enfundó la vieja bata verde y se sentó en el sillón para peinarse con ayuda del secador.

Casi había terminado cuando una llamada a la puerta la distrajo. Apagó el secador y fue a responder. Chay esperaba con impaciencia apenas velada. La observó de arriba abajo y tomó un mechón de pelo entre los dedos.

Pareces tener dieciséis años, Adie, ¿lo sabías?

«Y cuando me miras de esa manera siento como si los tuviera», pensó acalorada.

¿Querías algo? –preguntó en voz alta. – ¿Hay algún problema?

Vine a darte esto –se inclinó y recogió una caja plana atada con unas cintas que había apoyado en la pared.

¿Qué es? –Adrien la miró con incertidumbre.

Ábrela –la siguió al interior de la habitación.

Después de quitar las cintas, levantó la tapa y separó los pliegues del papel fino que la cubría. Vio que se trataba de un vestido rojo de satén. Lo sacó y los sostuvo ante sí. Tenía el escote bajo y mangas largas, con una falda corta

Me gustaría que te lo pusieras para el cóctel del sábado.

Es... precioso –se le secó la boca. – Pero no hace falta que me compres ropa. Eso no forma parte del trato.

Considéralo una bonificación por todo el trabajo que has realizado para este fin de semana –se encogió de hombros.

¿Cómo sabías qué talla uso?

¿Creerías si te dijera que fue por instinto?

¿Y el color? –continuó. – Jamás uso el rojo.

Pruébatelo para ver cómo te queda.

Él aún tenía puesto el traje oscuro que había llevado antes. Se dirigió al sillón y se sentó, aflojándose la corbata y desabotonándose el ceñido chaleco.

¿Delante de ti? –sintió un nudo en la garganta.

Aquí... y ahora –asintió. Extendió las largas piernas.

Sabía que esperaba que protestara. Pero decidió alzar el mentón y

soltarse el cinturón de la bata, mirándolo a la cara en abierto desafío mientras se la quitaba y la arrojaba al suelo.
Un vistazo al escote amplio y bajo del vestido le había indicado que no podría ponérselo con sujetador.
Sin dejar de observarlo, se lo quitó. Durante un momento lo sostuvo delante de ella, utilizando las copas como un escudo antes de quitárselo con premeditada lentitud. Ya no se sentía incómoda ni tímida delante de su escrutinio. Quería que la mirara. Que hiciera algo más que mirarla. Que la tocara y la tomara. Como ella lo tomaría.
Alzó los brazos para apartarse el pelo de la cara y vio cómo él contenía el aliento al mantener esa postura unos segundos. Luego recogió el vestido y se lo pasó por encima de la cabeza. Lo sintió voluptuosamente fresco contra la piel encendida. Experimentó un dolor dulce en los pechos cuando el satén acarició las cumbres que se endurecían y supo que el cuerpo de Chay estaría experimentando una reacción similar.
Introdujo los brazos en las mangas e hizo una pausa, casi sobresaltada, al observarse de pronto en el espejo largo de pared. Ella no se habría atrevido a elegirlo, pero en ese momento vio cómo el intenso color realzaba el tono de su cabello y convertía su piel en leche. Como él debió saberlo.
Se sentía diferente, exótica, carente de inhibiciones. Se volvió y caminó hacia Chay, descalza, sosteniendo el corpiño sin cerrar contra su cuerpo, mientras sentía el susurro de la falda en tomo a sus piernas.
Necesito ayuda con la cremallera, por favor –musitó y le dio la espalda.
Hubo una pausa y se puso tensa, casi sin atreverse a respirar, a la espera...
Él suspiró y enterró la cara en su pelo, dejando que las manos se deslizaran bajo la tela del vestido para cerrarse sobre sus pechos. Adrien se apoyó contra él y movió lentamente las caderas, dejando que el cuerpo lo rozara con deliberada tentación, ciego a todo menos a la urgente exigencia de su propia sensualidad.
Las manos de Chay pasaron por sus inflamados pezones y le provocaron un gemido suave. La hizo girar en sus brazos para saciar la fiereza de su beso en la húmeda aceptación de los labios entreabiertos de Adrien.
Cuando alzó la cabeza, ella oyó su respiración agitada y alzó la mano para volver a atraerlo. Pero él movió la cabeza y esbozó una sonrisa.

Sería tan fácil, Adrien, –murmuró – y tan imposible. Porque necesito más que lo que estás dispuesta a dar. Y no me conformaré con menos.
La apartó con gentileza y determinación y se dirigió a la puerta. Ella pegó el vestido a su cuerpo y con los ojos muy abiertos por la incredulidad lo observó irse. Al llegar a la puerta, Chay se volvió.
Como intenté decirte antes, este fin de semana llegará otra invitada –calló un instante y con fría rotundidad añadió: – Le he dicho a lean que la instale en la habitación contigua a la mía.
Y se marchó.
Pasó largo rato hasta que se movió para quitarse el vestido y colgarlo, antes de que consiguiera que sus brazos y piernas la obedecieran y obligara a su mente desconcertada a reconciliarse con lo que acababa de suceder.
Desde el espejo la contemplaba una desconocida, desnuda salvo por un escueto triángulo de encaje, con el rostro demacrado en la creciente oscuridad de la habitación. Alguien que parecía solitaria y aterradoramente vulnerable.
Observó a esa joven, tratando de veda tal como la había visto Chay unos minutos antes... los pechos pequeños y erguidos, la cintura estrecha y las piernas esbeltas. Con los ojos llenos de promesas. El cuerpo semidesnudo una invitación en sí mismo.
Pero, ¿deseable? Ya no estaba segura de nada. Y menos aún de su propia sexualidad.
Recogió la bata y dio media vuelta, como si con ello pudiera desterrar la imagen de su mente.
Sintió un nudo en la garganta al descubrir que, después de haber encontrado el valor para decide a Chay lo equivocada que estaba, él había tratado de informarle de que eso ya no importaba.
Que había encontrado a alguien con quien compartir un futuro en vez de un pasado. Alguien que lo valorara por el hombre en que se había convertido en vez de la figura vengativa que ella había creado en su mente.
Sabía que la había deseado, pero al final se había ido, porque estaba rehaciendo su vida y ella no tenía cabida en ella. Porque le resultaba más importante mantener la fe en la mujer nueva que había encontrado que en ceder a un momentáneo impulso físico.
Y en ese momento, cuando era demasiado tarde, supo con sorprendente claridad que ya no le importaba lo que Chay hubiera hecho ni lo que había sido. Que no tenía sentido seguir dudando de él.
Porque era suya para toda la eternidad y lo deseaba con todo su ser.

Y ni el tiempo ni la distancia iban a cambiar eso. Emitió un gemido bajo y se llevó las manos a la boca.

Llegaría un momento en que lamentaría lo que había perdido, pero en ese instante necesitaba de toda su determinación para pasar el fin de semana. Para sonreír y atender a los invitados de Chay. Para ganarse, con encanto y eficacia, el dinero que le había evitado el desastre. Y para marcharse con elegancia cuando llegara la nueva señora de la casa. El orgullo le exigía como mínimo eso.

Aunque quizá él prefiriera que se marchara de inmediato, con el fin de deshacerse de un molesto recordatorio del pasado.

Se ajustó con firmeza la bata y salió de la habitación. En el otro extremo del pasillo, vio que la puerta del cuarto de invitados próxima al dormitorio principal estaba abierta, y mientras permanecía allí de pie, vacilante, vio que la señora Whitley salía del cuarto de la ropa con toallas en las manos.

Tengo entendido que vendrá otra invitada –logró esbozar una sonrisa brillante.

Oh, el señor Haddon se lo ha dicho, señora –pareció aliviada. – Creo que ha sido una decisión de último minuto, y le preocupaba que eso nos trastocara los planes.

Seguro que nos arreglaremos –siguió a la mujer mayor por el pasillo. – ¿Puedo ayudarla en algo?

No, gracias, señora –le sonrió. – Ya estoy acostumbrada a las costumbres de la invitada.

Comprendo –fue lo único que logró manifestar. De modo que se trataba de una relación establecida. Sabía que la dama en cuestión iba a pasar poco tiempo en su habitación. Sin duda, dedicaría sus noches a estar con Chay en la gran cama con dosel, respondiendo extasiada a sus caricias, escuchando cómo le susurraba su amor. Carraspeó. – Me duele un poco la cabeza, señora Whitley. ¿Cree que podría cenar en mi habitación?

Desde luego, señorita Lander. ¿Preferiría una cena ligera? ¿Le traigo una aspirina?

Tengo – ¿qué analgésico podía aliviar la agonía que la carcomía? Dio la vuelta para marcharse. – Algo sencillo será perfecto, si no es una molestia –titubeó. – Si le dice al señor Haddon que no bajaré...

Oh, acaba de decirme que va a cenar fuera.

«Qué desesperados estamos por evitamos», reflexionó al regresar a su habitación. Aunque quizá también eso fuera lo mejor.

Deseó con todo su corazón poder creerlo. Le pareció imposible poder dormir; no obstante, lo consiguió. Al despertar el sol entraba por las cortinas y durante un momento fugaz el día pareció lleno de

promesas. Hasta que recordó.
Al salir de la cama pensó que solo debía sobrellevar la mañana. Por la tarde llegarían los invitados de Chay, y no dispondría de tiempo para sus propios pensamientos.
Al bajar dispuso del comedor para ella sola, pues vio una taza y un plato usados, lo que le indicó que Chay ya había desayunado.
Bebió un poco de café y solo comió media tostada. Al terminar, puso los platos en una bandeja para llevarse a la cocina. Al salir del comedor vio que el personal de limpieza había llegado y estaba trabajando.
Pensó que nunca había visto la mansión tan hermosa. A pesar de todo lo que había sucedido desde entonces, había sido un privilegio restaurar la casa y ver cómo volvía despacio a la vida.
Hay un fax para ti –anunció Chay desde la puerta del despacho con un papel en la mano. Llevaba unos pantalones negros y un polo a juego. Tenía los ojos pesados, necesitaba afeitarse y parecía de malhumor.
A Adrien le dio un vuelco el corazón por el amor y el anhelo.
Gracias –repuso con frialdad cuando él dejó la hoja en la bandeja. El mensaje era breve: Ven a la hora del café. Tengo una sorpresa para ti. Zelda.
Tendrías que haberle explicado que yo tengo prioridad este fin de semana –manifestó Chay con igual frialdad.
Todo está listo –alzó la barbilla. – Creo que se me debería dar media hora libre por buen comportamiento –titubeó. – De hecho, me preguntaba si me necesitabas realmente.
¿Qué demonios significa eso? –apretó los labios.
Tu… otra invitada. ¿No querrá actuar como anfitriona?
Lo odiaría –negó. – Es tímida –añadió con ironía. – Así que espero que vuelvas a tiempo.
Sí –se mordió el labio. – Por supuesto.
Fue a la cocina a poner los platos en el lavavajillas y antes de las once se marchó en el jeep. Zelda la esperaba con el café ya preparado.
Bien, ¿cuál es la sorpresa?
Decidí que el vestido negro necesitaba algo –su amiga le entregó una caja plana. Cuando Adrien la abrió, encontró un chaleco de brocado negro y plata.
¿Cuándo lo has hecho? –se lo puso sobre la camisa clara. – Es magnífico.
Anoche. Es de un tapizado que sobró del saloncito que decoramos para lady Gilmour –le sonrió. – Espero que no esté invitada a la

cena.
No, solo para el cóctel de mañana. Aunque quizá yo no asista.
¿Por qué? –Zelda la miró. – Pensé que debías permanecer todo el fin de semana.
Las cosas no paran de cambiar –se quitó el chaleco y lo dobló con cuidado. – Zee, –musitó – creo que ya no soy capaz de soportarlo más.
Oh, querida –Zelda suspiró. – Era lo que me temía. Te has enamorado.
Lo he amado toda la vida –repuso con sencillez.
Adie, hace unas semanas planeabas casarte con Piers Mendoza.
Me engañaba –bajó la cabeza consternada. – Jamás lo habría llevado a cabo. Amaba más la casa que a Piers. Pero él estaba allí, y era un vínculo con el pasado y parecía desearme –añadió con dificultad. – Además, me había convencido de que Chay jamás regresaría y de que lo odiaba. Ne... necesitaba odiarlo por todo lo sucedido en el pasado. De modo que construí ese engaño de que amaba a Piers.
Dios mío –Zelda alzó la vista al cielo. – y entonces Chay regresó.
Sí –Adrien esbozó una sonrisa triste. – y ahora lo he perdido. Tie... tiene a otra persona.
Eso empieza a convertirse en una epidemia. ¿De quién se trata?
No lo sé. Pero la ha invitado para el fin de semana y la ha instalado en la habitación contigua a la suya. No creo que pueda soportarlo.
¿Estás segura de que no es todavía por el efecto de la casa? –preguntó con tono seco.
Por supuesto –le tembló la voz. – Siempre ha sido Chay. Solo que me hallaba tan confundida... –intentó sonreír. – Era más fácil odiarlo.
Oh, cariño –la abrazó. – Bueno, creo que tienes dos opciones. Podemos vender el negocio e irnos muy lejos para que no vuelvas a verlo.
Sí –convino Adrien. – ¿Y la otra?
Si lo quieres, –se encogió de hombros – pelea por él.
No creo que disponga de las armas adecuadas.
Vamos –soltó Zelda. – Es un hombre; tú una mujer. Por lo general funciona muy bien –la miró fijamente. – Después de todo, de eso trata el asunto. Desde el primer día que lo viste has parecido un árbol de navidad encendido. Y eso jamás te pasó con Piers.
No sabía que fuera tan transparente –se ruborizó.
Cariño, nunca antes habías reconocido tus verdaderos sentimientos, ni siquiera ante ti misma. Y ahora ve a la batalla... y gana.

Cuando Adrien entró en su casa para recoger el correo, sonaba el teléfono. Contestó, pero nadie habló, y al rato colgaron.

Con una mueca, se puso a repasar las cartas, tirando la publicidad a la basura y haciendo a un lado las facturas y las cartas personales.

Intentaba descifrar una postal de Grecia de una vieja amiga del colegio cuando alguien llamó a la puerta de entrada. Con el ceño fruncido, se dirigió a la puerta y abrió.

Hola, preciosa –Piers Mendoza le sonrió. – ¿Te sorprende verme? –rió, la abrazó y le dio un beso.

Capítulo 11

Durante un momento, el asombro la inmovilizó, luego se apartó y con furia se pasó el dorso de la mano por la boca.
¿Qué demonios haces aquí?
Andaba por la zona.
¿Fuiste tú quien llamó hace un rato?
Comprobaba que estuvieras aquí. Después de todo, no podía aparecer por la mansión, y tengo entendido que últimamente vives allí –puso voz casi de súplica. – Tenía que verte, Adrien. Tenía que explicártelo, arreglar las cosas entre nosotros.
Pero estabas en Brasil –lo miró incrédula.
No me lo recuerdes. Tenía algunos asuntos que debía cerrar en Londres, por eso vine hace dos días.
Deberías haberte quedado en Londres –afirmó con sequedad. – Adiós, Piers –fue a cerrar la puerta, pero él se adelantó y pasó a su lado. Cerró la puerta y se apoyó en ella.
Al menos podrías oír lo que tengo que decir –le reprochó.
No hay nada que oír. Me engañaste, Piers, y podría haberme quedado en la bancarrota.
Estaba desesperado, Adrien. Aquí todo es tranquilo, pero en la ciudad es una jungla. Y Chay Haddon es uno de los tigres. No tuve elección. Me vi obligado a salvar el pellejo.
A costa del mío.
Uno hace lo que debe con el fin de sobrevivir, Adrien –se encogió de hombros. – Como sin duda tú misma ya has descubierto. Estoy seguro de que Chay puso un precio elevado por rescatarte.
No sé de qué hablas –se mordió el labio.
No mientas, cariño –rió. – Puedo ver en tus ojos que ya no eres la pequeña inocente que dejé atrás. Solo espero que hiciera que disfrutaras de tu iniciación –musitó. – Ha esperado bastante para ello.
Eres repugnante. Me gustaría que te marcharas.
Cariño, lo siento –alzó las manos en capitulación. – Imagino que son los celos. Siempre he estado celoso.
¿Por qué? –movió la cabeza desconcertada.
Porque mi tío lo prefería a él –repuso con súbita dureza. – El bastardo de un ama de llaves por encima de su propio sobrino. ¿Puedes creerlo? Estaba en la mansión en todo momento, y yo solo

venía de visita, de modo que siempre existía la posibilidad de que lograra robar mi herencia.
¿Así que había que enseñarle una lección? –inquirió con gravedad.
¿Puedes culparme? –sonó casi dolido. – Quería que desapareciera de la escena. Jamás se me ocurrió que tu héroe observador de aves se convertiría en el magnate del milenio.
Y, de todos modos, se quedara con tu herencia –espetó.
Sí. Pero hice que pagara por ella. Y añadí una bonificación por ti, cariño –la miró con ojos entrecerrados. – Tú siempre has sido una de sus debilidades. Eso facilitó... las negociaciones.
Chay carece de debilidades. Ya no las tiene. Así que no esperes ningún favor.
Ah –la estudió. – ¿Qué ha sucedido, Adrien? ¿Al final has perdido la adoración que sentías por él? ¿O no conseguiste.. hmm, satisfacer sus expectativas? –sonrió. – Bueno, eso siempre era posible. Eres una joven hermosa, pero no tan especial. Y Chay Haddon puede permitirse el lujo de pagar por cualquier mujer que desee... por un amplio abanico de servicios.
Lárgate... ahora –se acercó a la puerta y la abrió.
Parece que he tocado un punto delicado –comentó impasible. – Bueno, no todos somos tan quisquillosos... ni tan ricos como el gran señor Haddon. Y a partir de ahora, pienso venir a Londres a menudo. ¿Por qué no regresas a la ciudad y alquilas un apartamento? Deja que te muestre lo divertido que puede ser el sexo.
Me pones enferma, y no puedo creer que alguna vez permitiera que te acercaras a mí. No me llames jamás.
Duras palabras –se encogió de hombros. – Pongamos a prueba tu determinación –la tomó en brazos y la besó.
El impulso de ella fue pelear, oponerse y marcarle la cara con las uñas. Pero una voz le advirtió de que la furia lo volvía peligroso, que quizá fuera mejor mantenerse pasiva y sufrir la presión de sus labios y su asquerosa lengua intentando invadir su boca.
Terminó pronto. Le sonrió, pero la expresión en sus ojos era desagradable.
No te preocupes, Adrien. No volverás a oír hablar de mí. Además, ¿quién necesita a una zorra fría como tú?
Se dirigió al Mercedes aparcado delante de la casa, le lanzó un beso insolente y se marchó a toda velocidad.
Con un escalofrío, ella pensó que necesitaba lavarse a cara. Se volvió para entrar en la casa y, a unos metros, vio a Chay. En su rostro, había una expresión glacial.

Cuando sus ojos se encontraron, Adrien pensó que se le paraba el corazón. Pareció quedar paralizada, observándolo caminar hacia ella.
¿Así que esa era la sorpresa de la que hablaba tu amiga? –musitó.
No –movió la cabeza con violencia. – No tenía más idea que yo de que Piers hubiera vuelto.
Suenas como si no hubiera sido una visita bienvenida –tenía la boca apretada. – Por desgracia para ti, presencié la tierna despedida.
No –repuso. – Creíste verla. Igual que yo creí verte en la casa del árbol.
No te opusiste demasiado.
Lo miró y percibió su reprobación, su desdén. Y sintió que su ira se encendía.
¿Cómo te atreves a juzgarme? Además, ¿en qué te afecta a ti? Estoy trabajando en la mansión, Chay Haddon, y no tienes derecho a interferir en mis asuntos privados.
Dime que no está sucediendo, Adrien –manifestó con dureza. – Dime que no sé te pasa por la cabeza algún tipo de relación con esa basura.
Y él habla tan bien de ti –se burló. – Mí vida es mía, Chay, y yo tomo mis decisiones. No necesito tu aprobación.
¿Vas a volver a verlo? –cerró la mano en su brazo. – Respóndeme.
Me lo pidió. Quiere que nos veamos en Londres.
¿Y lo vas a considerar? Dios –movió la cabeza, el rostro repentinamente demacrado. – Eres una tonta, Adrien.
Y tú un hipócrita –espetó. – No olvides que has sido tú quien me ha puesto en el mercado. No puedes quejarte si hay compradores.
Y no podré olvidarlo –estaba blanco. – Me va a acosar el resto de mi vida. Pero no puedes hacer esto, Adrien. No sabes cómo es Piers de verdad.
¿Y tú eres mucho mejor? –desafió con desprecio. – No, Chay. Tú tienes tu vida y yo la mía. Tomaré mis decisiones y no vas a frenarme.
En última instancia, quizá no. Pero mientras trabajes para mí, no irás a vedo a Londres. Tengo el coche más abajo en el camino. Te vienes conmigo.
Tengo mi jeep...
Puede quedarse aquí. Este fin de semana pienso mantenerte encadenada a mi muñeca. Cuando haya terminado, serás libre para arruinar tu futuro del modo que mejor te parezca. Hasta entonces, aún me perteneces.
¿Oh? ¿Y cómo piensas explicárselo a tu invitada?

Ella lo entenderá. A diferencia de ti, Adrien, confía en mí.
Y tú me llamas tonta –rió.
Piers es un hombre casado. Yo no.
Todavía –el cuchillo que sentía en sus entrañas se retorció despacio, pero no vaciló. – Pero piensas casarte. ¿No?
Sí –respondió. – Pero cuando lo haga, mi mujer jamás tendrá motivos para dudar de mi fidelidad. Seremos el uno del otro hasta que la muerte nos separe –hizo una pausa. – Y ahora vayámonos a casa.
Yo ya estoy en casa.
Desde luego –sonrió sin alegría. – Lo he expresado mal. ¿Necesitas algo antes de regresar a tu lugar de trabajo?
Mi bolso y algunas cartas –entró y los recogió de la mesa del vestíbulo, luego se volvió y lo vio de pie detrás de ella. – El mundo perdió a un gran policía cuando decidiste convertirte en un magnate de las propiedades –soltó con los dientes apretados.
La falta de confianza es mutua, cariño. Y ahora, ¿existe la posibilidad de declarar una tregua... al menos hasta que se marchen mis invitados?
Tregua declarada –convino. – Siempre que yo pueda marcharme en cuanto lo hagan los demás.
Concedido –aceptó cansado. – No volveré a tratar de detenerte.
Supuso que debería ser una victoria, pero al seguirlo al coche le pareció una derrota aplastante.
Mientras regresaban del Club de Campo el sábado Adrien tuvo que admitir que, fueran cuales fueren sus sentimientos, el fin de semana estaba yendo bien. Para su sorpresa, tuvo que reconocer que le cayeron bien las tres parejas que Clay había invitado, aunque aparte de madame Byron, que tenía treinta y pocos años, las demás eran bastante mayores que ella.
La mayor de las mujeres, Arlena Travis, era rellenita y con el pelo cano exquisitamente peinado, con un acento sureño de los Estados Unidos dulce como la miel.
Bárbara James vivía en Londres, pero le confesó que su ambición de toda la vida era convencer a su marido de regresar a Suffolk, donde había nacido y crecido, ya que echaba de menos la campiña.
El inglés de Nathalie Byron era peor que el de su marido, y la primera noche habló poco durante la cena. Cuando pasaron al salón a tomar café, Adrien recurrió al francés que había estudiado en el colegio y comenzó a hablar lentamente con la elegante parisina, hasta que las otras dos mujeres se unieron a ellas con muchas risas y pausas para corregir la gramática y pronunciación.

Adrien se había preguntado cómo la considerarían, a pesar de que Chay la había presentado como su asociada. Dieron la impresión de aceptarla sin ningún titubeo.
Otra sorpresa fue el aspecto deslumbrante de Chay con esmoquin. Era la primera vez que lo veía vestido así, y se quedó asombrada.
Se sintió contenta cuando la velada llegó a su fin y nadie quiso quedarse levantado hasta tarde. El día había sido ajetreado y se sentía agotada. Se había soltado el pelo cuando oyó una llamada a la puerta de su habitación.
Al abrir vio que se trataba de Chay. Se había desabrochado los botones superiores de la camisa y de los dedos colgaba la pajarita negra.
Quería darte las gracias por el esfuerzo que dedicaste con Nathalie Byron –comentó con voz grave. – Henry quedó muy impresionado. Le preocupa que a veces se sienta aislada –la sonrisa no le llegó a los ojos. – Te estoy... agradecido.
Ha sido un placer. Es una mujer encantadora.
Lo hiciste bien. Y se te veía muy hermosa y relajada –pasó las yemas de los dedos por el hombro del chaleco de brocado de Adrien. – Buenas noches –añadió.
Ella lo siguió con la mirada. Toda la noche le había mostrado la misma cortesía educada, algo que la aterraba.
Porque le mostraba el vacío de un futuro en el que jamás sabría lo que era ser realmente una mujer. Ya que solo Chay podía despertar su sensualidad. Y sin él se hallaba condenada a la esterilidad física y emocional.
Al cerrar la puerta recordó que Zelda le había dicho que peleara por él. Sin embargo, y debido a Piers, había terminado por luchar con él. En ese momento eran como dos desconocidos que se miraban desde lados opuestos de un interminable abismo.
Y al día siguiente casi no lo había visto, porque los hombres habían ido a jugar al golf. En el Club de Campo había jugado al tenis con Nathalie. Luego todas nadaron un rato en la piscina, se dieron un masaje y visitaron el salón de belleza.
Santo cielo, tengo ganas de cenar –comentó contenta Arlena Travis cuando el coche entró en la mansión. – No hay nada como un día completo para abrirte el apetito.
Adrien estuvo de acuerdo, aunque sentía un nudo de nervios en el estómago. Al ver un coche rojo en el exterior de la casa, supo que la otra invitada había llegado.
Sin mucha esperanza pensó que quizá la fría cortesía con que se trataban Chay y ella podría ayudarla a sobrellevar las siguientes y

difíciles horas.
Está en su habitación, señorita Lander –respondió la señora Whitley cuando le preguntó el paradero de la recién llegada. – Ha tenido un viaje agotador y se encuentra descansando.
Al subir a cambiarse para el cóctel, con ironía pensó que no solo era tímida, sino frágil. ¿Era eso lo que de verdad quería Chay?
Se dio una ducha, se secó el pelo y volvió a recogérselo. Se maquilló con sumo cuidado para ocultar las ojeras. Necesitaba una máscara para ocultarse detrás de ella esa noche.
Titubeó largo rato delante del armario, luego eligió una falda negra ceñida y una blusa blanca de seda. Estaban acabando de abotonársela cuando llamaron a la puerta y oyó la voz de Chay.
Adrien... ¿estás lista ya? La gente comenzará a llegar pronto.
Casi –se calzó unas sandalias de tacón alto. – Bajaré en dos minutos.
Esperaba que se hubiera marchado, pero cuando abrió la puerta seguía allí; la observó con el ceño fruncido.
Te pedí que te pusieras el vestido que te compré.
Preferiría no hacerlo –respondió con voz tensa.
Adrien, –el tono de él se suavizó – es la última noche que trabajas para mí. Compláceme... por favor. Siempre puedes considerarlo un uniforme.
Como desees –aceptó al fin y volvió a la habitación.
Esperaré –indicó él. – Por si necesitas ayuda con la cremallera.
Podré arreglarme... –movió la cabeza y cerró la puerta.
El vestido de seda se ciñó a sus curvas. Logró cerrar la cremallera con esfuerzo, pero no se atrevía a arriesgarse a mantener un contacto íntimo con Chay.
Se miró en el espejo y pensó que el vestido era precioso; probablemente el más sofisticado que jamás se había puesto.
«Al menos me marcharé con estilo», reflexionó.
Suspiró y bajó para reunirse con los demás. Al titubear ante la entrada del salón, todos se volvieron para mirarla, y el murmullo involuntario de alabanza hizo que se ruborizara. Solo Chay permanecía en silencio, estudiándola con el rostro inexpresivo.
Cariño, estás preciosa –dijo la señora Travis, esplendorosa con un vestido de seda nacarado. – Ese color parece salido de un cuadro antiguo.
Se llama rojo veneciano –avanzó, recuperándose al ver que en la estancia había rostros conocidos.
Ah, Venecia –la mujer mayor suspiró. – Una de mis ciudades predilectas. Ideal para una luna de miel –añadió con tono de conspiración

Adrien, consciente de la mirada cínica de Chay, murmuró algo apenas discernible y escapó para hablar con Nathalie Byron.
Se hallaba con la espalda hacia la puerta cuando oyó la voz de Chay, a rebosar de cálido afecto, decir:
Ahí estás, querida. Ven para que te presente a todo el mundo.
Durante un momento, sintió que se quedaba paralizada, luego esbozó una sonrisa demasiado brillante, giró y miró a la mujer que había en el umbral. Entonces abrió mucho los ojos por la incredulidad.
La recién llegada era alta y esbelta, elegantemente ataviada de negro. Su cabello plateado estaba recogido en un moño y lucía un collar y unos pendientes de perlas.
A todos no, Chay –dijo con voz clara y serena. – Veo a una antigua amiga –atravesó la estancia y tomó la mano sin vida de Adrien entre las suyas. – ¿Cómo estás, Adrien?
¿Señora Haddon? –musitó ella aturdida. – No entiendo...
En realidad ahora soy la señora Stretton –unos ojos grises como los de su hijo la observaron. Había tristeza en sus profundidades, y una red de arrugas en la piel. – Angus y yo nos casamos justo después de irse a España.
No lo sabía –movió la cabeza perpleja. Miró con ojos acusadores a Chay. – No me lo dijiste.
Nunca lo preguntaste –repuso con frialdad.
Avergonzada comprendió que era verdad. No le había preguntado si su madre seguía viva, menos aún qué había sido de ella.
Me alegro de verla de nuevo, señora Stretton.
¿Debemos ser tan formales? Preferiría que me llamaras Margaret – volvió a mirarla y asintió en dirección a Chay. – Tenías razón con el vestido. Es perfecto para ella –le palmeó el brazo. – Y ahora, por favor, preséntame a tus otros invitados.
Aturdida, Adrien aceptó.
Todo fue mejor cuando comenzaron a llegar los demás y se ocupó de que a ninguno le faltara nada. Y en todo momento mantuvo la distancia con Chay.
Con una sonrisa aceptó las alabanzas y las invitaciones para cenar y para jugar al bridge que le llovieron, permitiendo que pensaran que podría aceptarlas.
Qué sorpresa tan maravillosa –comentó lady Gilmour al arrinconarla. – Sabía que la primera esposa de Angus Stretton había fallecido, pobrecita, pero desconocía que se hubiera vuelto a casar -suspiró-. Era una inválida y nadie lo culpó porque encontrara la felicidad con Margaret; además, ambos fueron muy discretos. Ella

fingió ser una viuda con un hijo y todos fingimos que lo creíamos. Habría sido terrible si Ruth se hubiera enterado de algo, aunque creo que jamás lo supo.
¿Clay es hijo de Angus Stretton? –la miró atónita.
Sí, claro, querida –el rostro de lady Gilmour reflejó su sorpresa. –Pensé que lo sabías, ya que tu padre y Angus eran buenos amigos y tú... Bueno, casi eras de la familia –le sonrió con calidez. – Y a todos nos alegra saber que estás otra vez en la mansión. Qué bien ha terminado todo al final. He de hablar con la señora Grimes sobre el Club de Jardinería. No creo que la nueva tesorera sea idónea... –desapareció.
Adrien permaneció con la copa que no había tocado; la mente le daba vueltas al intentar asimilar lo que le habían dicho. Chay era el hijo de Angus, pero, a pesar de ello, lo habían echado dos veces de la casa de forma vergonzosa y Angus lo había permitido, dejando que Piers fuera su heredero oficial. ¿Por qué?
La gente empieza a marcharse –musitó Chay.
Chay, –dijo con tono urgente – necesito hablar contigo. Acabo de enterarme de que tú... y Angus...
¿Qué pasa con ello?
¿Cómo puedes preguntarlo? –lo miró fijamente. – Eso lo cambia todo.
No, no cambia nada. Y creo que todo lo necesario ya ha sido dicho. Y ahora, ayúdame a despedirme de todos.
Lo acompañó en silencio. Pensó que acababa de sacarla definitivamente de su vida. Que estaba destinada a permanecer fuera el resto de sus días.
Eso la llenó de terror

Capítulo 12

El éxito del cóctel continuó durante la cena. La señora Whitley se había superado a sí misma. Después de la exquisita ensalada de mariscos, tomaron pollo al vino y, de postre, un soufflé de amaretto. La llegada de Margaret Stretton proporcionó un nuevo foco de atención y, lejos de ser tímida, lo encaró con gran encanto y aplomo.

Las risas y la charla le dieron a Adrien la oportunidad perfecta para concentrarse en sus desdichados pensamientos. Era como si, durante todos esos años, hubiera estado contemplando un espejo distorsionado. Y en ese momento, por primera vez, era libre para ver las cosas tal como realmente eran.

Y también darse cuenta de lo necia que había sido. De repente reinó el silencio a la mesa y alzó la vista. Vio que Chay se levantaba.

Me gustaría proponer un brindis por Adrien –dijo – que se encargó de una casa descuidada y la convirtió en un hogar. Ha trabajado como mi asistente para cerciorarse de que todo estuviera listo para darles la bienvenida este fin de semana, y ahora ha llegado el momento de que siga adelante con su propia vida y su carrera –alzó la copa. – Qué tengas éxito y felicidad, Adrien.

Todos bebieron por ella. Adrien vio que Adena enarcaba las cejas y que las otras mujeres intercambiaban miradas sorprendidas con sus maridos. Ruborizada, inclinó la cabeza. No había esperado un rechazo tan público.

Una cosa más –Chay introdujo la mano en un bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un estuche plano. Se dirigió al lado de ella. – Tengo un regalo de despedida para ti. Algo que te recuerde todo el tiempo que pasamos juntos –depositó el estuche frente a ella con ojos inescrutables.

A Adrien le temblaron los dedos al abrirlo, porque sabía lo que iba a ver. Emitió un leve sonido ahogado cuando las oscuras piedras rojas del colgante de granates aparecieron a su vista; Chay lo alzó y colocó la fina cadena de oro alrededor de su cuello.

El cierre original era defectuoso –indicó. – Pero lo hice arreglar. Casi había olvidado lo hermoso que era.

Gracias –su voz era de una desconocida. – Jamás esperé... algo así – lo miró con la súplica silenciosa de una explicación, pero él dio media vuelta y regresó a su asiento.

Es una joya preciosa, querida –Arlena Travis se adelantó y la examinó con ojos conocedores. – Y muy antigua, aparte de valiosa. ¿Posee alguna historia?
Oh, sí –comentó Margaret Stretton con voz reflexiva. – En un principio, la compró un joven para dársela a la mujer con la que quería casarse. Pero los padres de él, bien o mal, consideraron que ella era muy joven para establecer un compromiso tan serio, y que la sola mención del matrimonio la asustaría.
Adrien se dio cuenta de que casi había dejado de respirar. Observaba a la mujer mayor como hipnotizada.
Había otros obstáculos, también –continuó Margaret. – Bastante serios. De modo que se acordó que sería más seguro ofrecerle el colgante como un simple regalo familiar, sin ataduras, y que el joven comenzara a cortejarla con gentileza y sin presiones –suspiró. – Pero por desgracia todo salió mal, y se separaron con gran amargura –sonrió a la mesa. – No es una historia muy feliz, pero todo forma parte del pasado. Desde luego, ya no tiene importancia. Y me alegro de que el colgante al fin encontrara una buena receptora.
«¿Y qué pasa conmigo?», quiso preguntar Adrien en voz alta. «¿Yo tampoco importo ya?».
Tenía la respuesta en el cuello. El colgante era un regalo de despedida. Miró a Chay, deseando que él también la mirara, pero hablaba con Nathalie Byron y solo pudo ver su perfil, fuerte pero remoto.
Echó la silla hacia atrás y se incorporó.
Señoras, creo que nuestro café ya debe de estar en el salón. ¿Vamos?
Una vez servidos los cafés, Arlena Travis se le acercó.
He venido a echarle un vistazo al colgante –anunció mientras se ponía las gafas. – Las joyas antiguas son mi pasión –emitió un suspiro de aprecio. – Vaya símbolo de amor, querida. Yo habría hecho lo convencional y elegido esmeraldas para combinar con tu pelo. Pero estos rubíes te sientan tan bien... y con ese vestido... estás magnífica.
Adrien dejó con cuidado la taza sobre la mesa que tenía delante.
Lo siento, señora Travis –contradijo con cortesía. – No lo entiendo. Se trata de granates.
Oh, vamos, querida, ¿estás loca? Son rubíes, y muy buenos, por cierto –palmeó la mano de Adrien. – Pero si no quieres aceptar mi palabra, que te los evalúe el seguro. Ya lo verás.
Lo haré –logró balbucir aturdida. Esbozó una sonrisa y se puso de

pie. – ¿Me disculpa, por favor? –se dirigió hacia donde estaba Margaret Stretton. – ¿Quiere hacer de anfitriona por mí, señora Stretton? Me... me duele la cabeza y me gustaría ir a mi habitación –no aguardó una respuesta y murmuró una despedida general antes de huir.

Al llegar a su habitación cerró la puerta y se apoyó en ella. «Rubíes», pensó con la mente sumida en el caos. Le había permitido pensar que el colgante era una joya sin valor.

No podía robar su propio regalo, entonces, ¿por qué había desaparecido y había aparecido en el cuarto de Chay?

Con un nudo en la garganta comprendió que había sido Piers. ¿Cómo no había podido verlo antes? Además, él habría conocido el verdadero valor del colgante. Y al ser evidente que había salido de Angus Stretton, lo consideraría una parte de su herencia, y estaría resentido porque se hubiera desprendido de la joya.

Era obvio que no había tenido idea de que Chay era su primo. Había sido y siempre sería el «bastardo del ama de llaves».

Robarlo y ponerlo en la habitación de Chay le habría parecido la manera ideal de deshacerse para siempre de un rival odiado. Debido al valor de las piedras, sin duda lo arrestarían. Así era como habría razonado Piers.

Sin embargo, ¿por qué, cuando todo el mundo conocía la verdad sobre el colgante, se le permitió salirse con la suya? No tenía sentido.

¿Por qué Angus Stretton no lo había desenmascarado y lo había expulsado a él? ¿Y por qué echó a Chay cuando era inocente?

Recordó las conversaciones fragmentadas que había oído entre sus padres, los comentarios duros que había considerado dirigidos contra Chay. Pero habían aludido a Piers. Era este quien siempre exigía dinero, quien era peligroso.

Aún había tantas cosas que no sabía. Y lo más probable era que jamás descubriera la verdad.

Se desvistió y se puso la bata, aunque sin meterse en la cama. Se sentía demasiado inquieta para dormir. Se acurrucó en el sillón ante la ventana y contempló la oscuridad.

Al rato, oyó voces a medida que el resto de los huéspedes subía a acostarse. Poco después, llamaron despacio a la puerta.

¿Adrien? –era la voz de Margaret. – ¿Te encuentras bien? ¿Puedo pasar?

Durante un momento, tuvo la tentación de no responder y fingir que estaba dormida, pero se dio cuenta de que la luz sería visible por debajo de la puerta, de modo que fue a abrir.

Nos tenías preocupados –entró en la habitación. – Me preguntaba si querrías tomar un poco de chocolate caliente.
Es… es muy amable –repuso. – Pero, no, gracias.
Pobre niña –musitó con gentileza. – Has tenido demasiadas sorpresas este fin de semana. No me sorprende que te fueras.
No puedo creer que no lo haya adivinado –susurró, como si hablara consigo misma. – Que no pudiera ver que Angus y Chay eran padre e hijo… Cuando pensé que los conocía tan bien.
No eras la única –la consoló. – Y se suponía que no debías saberlo… No entonces. De hecho, era de vital importancia que nadie lo descubriera.
¿En particular… Piers Mendoza?
Sí. Él por encima de todos.
¿Por qué?
Ven a sentarte conmigo –tomó la mano reacia de Adrien y la llevó junto a la ventana. – Nunca conociste a Helen, la hermana de Angus –comenzó. – Era una joven muy hermosa y apenas tenía dieciocho años cuando conoció a Luiz Mendoza, el padre de Piers, y se casó con él en contra de lo que le dijo Angus. Este desconfió de él desde el principio. Creía que bajo todo ese encanto y atractivo anidaba el mal auténtico. Algo que nunca antes había visto. A través de algunos contactos poderosos lo investigó y descubrió que Luiz era un estafador, metido en todo tipo de asuntos desagradables en Brasil, y también un jugador empedernido, que perdía más que ganaba. Cuando Piers aún era bebé, Helen murió en un accidente de tráfico… Al parecer atropellada por un conductor que se dio a la fuga. Su marido había contratado un fuerte seguro de vida a su nombre el año anterior.
Oh, Dios… ¿quiere decir…? –se llevó la mano a la boca. La señora Stretton asintió.
Jamás se pudo probar, pero Angus sabía que Luiz lo había arreglado. Ya se había gastado el dinero de Helen y le debía mucho a gente desagradable –hizo una mueca. – De tal palo, tal astilla –guardó silencio unos momentos. – Luiz sabía que la mujer de Angus se hallaba en un hospital privado y que jamás le daría otro hijo, y que Piers era su único heredero. Angus estaba convencido de que no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino, por lo que no podía correr riesgo alguno de que amenazaran a su familia. De modo que Chay, por su propia seguridad, tenía que ser el… hijo del ama de llaves. Al morir Luiz, Angus estaba preparado para darle una oportunidad a Piers, por el recuerdo de Helen, aunque no tardó en descubrir su error –movió la cabeza. – Puede que Piers no

tuviera la naturaleza implacable de su padre, pero era aficionado a los trucos sucios... Y a la extorsión. No adivinó la verdad, pero reconoció el afecto que había entre los dos y se puso como meta destruirlo. Cualquier persona a la que quisiera Angus era considerada una amenaza para sus planes. Por eso fingió que nos había echado a los dos y se trasladó a España. Para hacerle creer a Piers que había ganado.
Ha mencionado el chantaje...
Piers adivinó lo que había entre Angus y yo y amenazó con contárselo a su mujer. Ruth se hallaba tan enferma... No solo físicamente, sino mentalmente. Solía tener ataques terribles de histeria y depresión, e incluso intentó suicidarse en una ocasión. Angus pagó para protegerla.
Debió de ser muy duro para Chay... tanto como para usted.
Chay es realista, como yo –sonrió. – Y siempre estuvo decidido a labrar su propio camino hacia el éxito. También sabía que Piers jamás se quedaría con la mansión. Solo debía ser paciente.
Sí –Adrien se mordió el labio. – Ha sido muy... paciente.
Intenta dormir ahora –la señora Stretton se incorporó. – Y no te preocupes por levantarte mañana. Me vaya llevar a Arlena y a las demás a la feria de antigüedades. No hace falta que lo hagas tú.
¿Significa eso que puedo marcharme?
Desde luego, –en la puerta le sonrió – si eso es lo que de verdad quieres. Y solo tú lo sabes, Adrien. Es tu decisión. Buenas noches, querida, que duermas bien.
Pasado un rato, recogió el estuche original del colgante, metió la joya y marchó en silencio por el pasillo en dirección a la habitación de Chay. Entró directamente sin llamar.
De pie ante la ventana, se volvió despacio y la miró. Se había quitado la chaqueta y la pajarita.
¿No es un poco tarde para una visita social?
Es la última, lo prometo. No volveré a molestarte; he venido a darte esto –le tendió el estuche de terciopelo. – No puedo aceptarlo, Chay –le tembló un poco la voz. – Ha costado demasiado, en todos los sentidos.
Dios mío, ¿has guardado ese estuche todo este tiempo? ¿Por qué, Adrien? ¿Para recordarte lo mucho que me odiabas?
Algo parecido –hizo una mueca. – Pero ya no es necesario. De modo que te lo devuelvo, junto con los rubíes.
Considéralos una bonificación de productividad –no intentó aceptarlos.
Ya no pienso seguir con tus juegos.

¿Juegos? –replicó con furia. – ¿Quién diablos eres tú para hablarme de juegos? –movió la cabeza. – Pensé que habías acabado con Piers, que al fin habías podido verlo tal como era. Pero, no. A la primera oportunidad que surge vuelves a sus brazos. Guarda el colgante. Lo necesitarás cuando te vuelva a abandonar. O cuándo tengas que comprar su silencio.

Ese era el momento para mostrar valor.

Solo te he necesitado a ti, Chay. Siempre te he deseado a ti.

No es verdad, y los dos lo sabemos. Por el amor del cielo, planeabas casarte con él.

Eso no me enorgullece. Jamás miré más allá del encanto superficial. Quizá no quería hacerlo. Estaba tan sola... Mi corazón esperaba y esperaba que tú regresaras. Pero nunca lo hiciste. Y él era una cara familiar. Alguien de los tiempos anteriores a la soledad.

¿Fue la soledad lo que ayer te impulsó a sus brazos? –inquirió con dureza. – Estaba allí, Adrien. Te vi besarlo.

No. Lo viste besarme. Es algo muy diferente. Y creo que su intención era que lo vieras. ¿Qué otra cosa justifica tu presencia allí?

Jean recibió un mensaje –repuso despacio, con el ceño fruncido. – Decía que te habías reunido con un viejo amigo y que llegarías tarde.

Desde su móvil me llamó a mi casa para cerciorarse de que estaba. Luego debió llamar a la mansión –movió la cabeza. – Puso la trampa, y una vez más caímos en ella.

Los ojos de él reflejaron una gran tristeza y una extraña vulnerabilidad.

Ha sido una pesadilla... esperar que dejaras de odiarme. Anhelar el momento en que me miraras y volvieras a sonreír. Cuando al final sucedió, sentí como si naciera otra vez –suspiró. – Había empezado a ganar dinero de verdad cuando vi el colgante. Supe que debía comprarlo para ti. Quería que fuera un talismán, que te mantuviera a salvo hasta que estuvieras dispuesta a casarte conmigo. Iba a pedírtelo aquel fin de semana. A decirte que esperaría hasta que te encontraras preparada. Nadie sabía que Piers iba a presentarse para tu cumpleaños. Pensé que lo habías invitado tú.

No –negó con vehemencia. – Jamás.

De modo que tuve que cambiar el plan. No podía arriesgarme a que supiera lo que sentía por ti. Porque estaba seguro de que intentaría destruirlo, o arrebatármelo. Cuando robó el colgante y lo puso en mi habitación, supe que Angus tenía razón, que era capaz de cualquier cosa. La siguiente vez pondría drogas. No podía

involucrarte. Eras demasiado joven y vulnerable. Me dije a mí mismo que no era nuestro momento de estar juntos. Que algún día regresaría para reclamarte. Pero cuando te volví a encontrar, estabas prometida a él. ¿Puedes imaginarte cómo me sentí? No podía ver nada ni pensar en otra cosa que no fueras tú en sus brazos. En su boca, sus manos... tocándote, poseyéndote –tuvo un escalofrío. – Me volví loco. Me dije que le habías pertenecido, pero que ahora eras mía, en todos los sentidos. Planeé cómo llevarte a la cama, cómo te haría el amor para expulsarlo de tu mente para siempre, hasta que solo pudieras verme, probarme y respirarme a mí. Sin embargo, a cambio me impuse a ti y lo estropeé todo. Y no puedo perdonarme por eso.
¿Es el motivo por el que no has vuelto a hacerme el amor? –abrió mucho los ojos. – ¿Por la convicción de que me habías herido la primera vez?
Adie... eras virgen. Debí saberlo, debí haberte tratado de manera diferente... con más consideración.
Chay, no buscaba más consideración. Quería ser amada. Necesitaba que con tus besos desterraras el dolor y me mostraras cómo debía ser todo entre nosotros. Pensé que te había decepcionado. Que ya no me deseabas más.
Te he deseado toda mi vida –expuso con pasión. – Has sido la meta que ha marcado mi vida. Solo anhelaba mantenerte a salvo, y únicamente he conseguido echarte de mi lado.
Tu madre dijo que la elección era mía –movió la cabeza y se soltó el cinturón de la bata. – Y elijo quedarme. Oh, amor mío, dejemos de castigamos y seamos felices. Soy tuya... si me quieres.
Temblaba al alzarla en brazos y la boca surcó un camino de fuego sobre su piel desnuda. El estuche de terciopelo cayó al suelo al llevarla a la cama, depositaria en ella y quitarse la ropa con salvaje energía.
Adrien lo rodeó con brazos y piernas. Gritó con placer cuando su boca tiró de un pezón. Las manos de Chay le acariciaron los muslos con trémula urgencia y se abrió a él, arqueándose voluptuosamente mientras lo guiaba con los dedos.
Gimió cuando la llenó. No hubo tiempo para palabras tiernas. La necesidad mutua era demasiado intensa y los consumía. Se movió con él, atrapada y poseída por ese ritmo abrumador. Con cada embate, parecía tenerlo más y más dentro, su cuerpo en tomo a Chay como pétalos oscuros alrededor de un tallo. Se sintió arrastrada al borde de un abismo de emociones vertiginosas, donde el miedo se mezclaba con el placer.

En lo más hondo de su ser sintió las primeras pulsaciones de placer, como el aleteo de un pájaro, que crecieron hasta abarcar todo su cuerpo. Con un suspiro, se alzó hacia él en una exigencia que apenas entendía. Bebió con salvajismo de su boca y lo arañó, mientras con voz irreconocible lo instaba a continuar.
Su cuerpo se convulsionó en una dulce agonía al quedar aturdida y extasiada por la felicidad desgarradora del clímax.
Cuando él alcanzó la liberación, se aferró a Adrien como si se ahogara. Ella experimentó el calor definitivo de su posesión.
¿Seguimos vivos? –preguntó él un rato después.
¿Cómo has podido saber de manera tan completa lo que deseaba? –lo besó y le acarició el pecho húmedo por el sudor.
Porque eres mi otra mitad –profundizó el beso, incitándola con la lengua. – ¿Cómo no iba a saberlo? –hizo una pausa. – Cásate conmigo, Adie, mi verdadero amor. No puedo vivir sin ti.
¿Tenemos que casamos? –se acomodó entre sus brazos y sonrió con picardía. – Empezaba a disfrutar siendo tu amante.
No hace falta que nada cambie –le besó el pelo. – Esposa de día, –susurró – y amante de noche. Ese es el trato, amor mío. Y no hay negociación. Esta vez es para siempre.
Para siempre –repitió somnolienta, y se volvió, llena de ternura y confianza, para dormir al fin en los brazos de su amor.

Sara Craven - Misterio familiar (Harlequín by Mariquiña)